

¿Quién
soy yo?

Tercera edición:
Revisada y aumentada

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 84-607-6927-5
Depósito legal: P. M. 584-2003

Edicions Cort
Can Troncoso, 3
Tel. 971 71 27 80 – Fax 971 72 00 36
07001 Palma de Mallorca – Islas Baleares

Autor: Manuel Alfaro Conde

Impreso en España – Printed in Spain

CAPÍTULO I

LA HISTORIA DEJA HUELLAS DIFÍCILES DE BORRAR

LA CREACIÓN DEL NUEVO TESTAMENTO

A día de hoy, el nivel de información de la mayoría de los cristianos sobre los resultados obtenidos de los últimos estudios críticos realizados a las *Sagradas Escrituras* es sorprendentemente bajo. Dichos estudios llevan realizándose desde finales del siglo XVIII hasta hoy, produciéndose consecuencias sumamente reveladoras: tanto la crítica del *Antiguo* como del *Nuevo Testamento* es demoledora para las creencias establecidas, calificando de mitos o invenciones literarias, cuando no exageraciones, muchos de sus pasajes. También los estudios han demostrado fuera de toda duda las manipulaciones y añadidos posteriores que trufan el *Antiguo* y *Nuevo Testamento*. Estos documentos, además de ser el resultado de múltiples reelaboraciones, adiciones, mutilaciones y falsificaciones, en el transcurso de los siglos han sufrido un incesante proceso de traducción e interpretación que ha ofrecido la oportunidad de tergiversar su texto aún más. Por todo ello, la *Biblia* es para la ciencia académica, tal como constataremos a lo largo

de este primer capítulo, una fuente de información muy poco segura.

Lo primero que deberían saber los cristianos es que los cuatro evangelios canónicos son en realidad obras anónimas escritas originalmente en griego, en vez de en la lengua de los judíos: el arameo y el hebreo. En el siglo primero de la era cristiana la lengua predominante de Judea, y que casi con toda seguridad habló Jesús, era el arameo; en cuanto al hebreo, empezaba a ser una lengua muerta. Harold Bloom, escritor y profesor de la Universidad de Yale, nos invita a la siguiente reflexión:

*– «Si creyeras en la divinidad de Jesús, ¿no desearías que se hubieran conservado las auténticas frases en arameo que pronunció, y que para ti serían las palabras de Dios? Pero lo que se conservaron fueron traducciones griegas de sus dichos y no los propios discursos en arameo. ¿Se perdieron y aún han de encontrarse en alguna cueva de Israel? ¿O es que, para empezar, nunca se escribieron y los textos griegos se redactaron de memoria? Durante años he formulado estas preguntas siempre que me he reunido con algún estudioso del Nuevo Testamento y sólo he encontrado perplejidad» (citado en Jorge Blachke: *Las Mentiras del Cristianismo*, p. 9, 2006).*

Para más señas, cabe decir que se escribieron en su totalidad, sin excepción, en letras mayúsculas, sin títulos, sin divisiones en capítulos y versículos, y prácticamente sin puntuación ni espacios entre las palabras. Según los expertos, la naturaleza de estos documentos, escritos en tercera persona y con frecuencia contradictorios, es ante todo teológica y no necesariamente histórica. Los expertos coinciden casi plenamente en afirmar que los *Evangelios* no proceden de testigos oculares, sino que éstos se basan en una tradición oral o en una reconstrucción mitificada de la vida de Jesús. Otro dato a tener en cuenta es su datación, ya que, aunque ésta no se ha dilucidado de manera definitiva, hoy día se conviene que el *Evangelio de Juan* se escribió alrededor del año 120, por lo que no podría ser la crónica de un testigo presencial. No mucho antes, ya se habría escrito el *Evangelio de Marcos* entre el año 70 y el 110, así como el de *Mateo* y el de *Lucas* entre el 90 y el 135. Como dice A. N. Wilson:

– «Uno de los detalles más curiosos de la erudición neotestamentaria es el hecho de que unos letrados que vienen dando vueltas a los documentos desde hace siglos no hayan logrado resolver siquiera por encima de toda duda cuestiones tan sencillas como las fechas en que se escribieron los *Evangelios*, ni

dónde se escribieron, ni menos aún quiénes los escribieron» (Jesus, p. 48, 1992).

El descubrimiento del *Evangelio de Tomás* (una colección de dichos de Jesús) en 1945 sirvió para reforzar una teoría que la mayoría de los estudiosos había formulado desde casi un siglo antes: los evangelios de *Mateo* y *Lucas*, los únicos que nos cuentan la infancia de Jesús, tuvieron como fuentes a dos evangelios anteriores. Para las historias y leyendas de la vida de Jesús tomaron como modelo el *Evangelio de Marcos*, agregando los relatos sobre la infancia y la resurrección que el original de *Marcos* no poseía; por otro lado, para incorporar las máximas y proverbios de Jesús utilizaron un documento compuesto por sus dichos escrito antes del año 70 d.C., hoy perdido, al que los expertos llaman «Q», de la palabra alemana «quelle» (fuente).

Sobre los *Evangelios* ya sólo resta destacar un hecho lamentable: no se conservan los textos originales, sólo copias. Los manuscritos completos más antiguos que se conservan son del siglo IV. Hay algunos fragmentos que son del siglo II o III; el más antiguo corresponde al *Evangelio de Juan*, y su datación lo sitúa entre 130 y 150. En realidad, no se conserva ningún manuscrito original del *Nuevo Testamento*. Todos se encuentran en copias hechas con posterioridad que, con excepción de algunos fragmentos, no datan de antes del siglo IV. Es evidente que durante tres siglos, desde que

la probable redacción original tuviera lugar, se han podido introducir todo tipo de cambios.

En relación con el resto de documentos neotestamentarios: dada la complejidad del lenguaje simbólico empleado en el *Apocalipsis* es improbable que su autor sea un sencillo pescador de Galilea. Estudios recientes han demostrado que las epístolas que se atribuyen a los apóstoles Pedro, Santiago y Juan son falsas y que se escribieron entre los años 177-220 para combatir las ideas heréticas. *Hechos de los Apóstoles* se descarta como documento histórico del cristianismo en su camino desde el centro de Jerusalén hasta el centro de Roma, y por consiguiente como prueba de la autenticidad histórica de los apóstoles. Este documento, el cual legitima a los obispos como sucesores de los discípulos de Jesús y que aparece de pronto a finales del siglo II en Roma en manos del obispo de Lyon San Ireneo, probablemente se escribió entre los años 150 y 177.

En fin, por desconcertante que resulte, hoy por hoy no hay ninguna prueba concluyente que confirme la existencia histórica de Jesús de Nazaret y la de sus discípulos; es más, no hay una sola historia de la *Biblia* que pueda comprobarse científica o documental, así como no hay una sola prueba arqueológica de la existencia de cualquiera de los grandes profetas del *Antiguo y Nuevo Testamento*. Todo lo contrario ocurre con

San Pablo, conocido como «El Apóstol» o «El Apóstol de los Gentiles», cuya condición de personaje histórico es indiscutible. Pablo, tal como se daba a conocer, o Saul según su nombre judío, nació en torno al año 10 en la ciudad griega de Tarso, en el seno de una familia judía bastante acomodada. Sus cuatro últimas epístolas, 2 *Tesalonicenses* y las calificadas como «*Epístolas Pastorales*» (1 y 2 *Timoteo* y *Tito*), al igual que las epístolas atribuidas a los demás apóstoles, se escribieron a finales del siglo II o a comienzos del III. En relación con las *pastorales*, que se llaman así porque se preocupan principalmente por cómo debe organizarse la Iglesia, G. Lüdemann, profesor de Estudios del Nuevo Testamento en la Universidad de Gotinga, escribe:

– «*El consenso entre los estudiosos de hoy es que el Pablo histórico no puede ser el autor de las pastorales, ya sea directa o indirectamente*» (*Heretics*, p. 288, 1995).

Respecto a las nueve epístolas anteriores, cuya redacción original se ha perdido, la mayoría de los eruditos está de acuerdo en que siete son auténticas en su mayor parte (*Romanos*, 1 y 2 *Corintios*, *Gálatas*, *Filipenses*, 1 *Tesalonicenses* y *Filemón*), manifestando muy serias dudas acerca de la supuesta autenticidad de las dos restantes (*Efesios* y *Colosenses*). Una de las más destacadas

autoridades académicas en materia de cristianismo antiguo sugiere que los cristianos eclesiásticos quizá hubieran preferido excluir las epístolas de Pablo, «*pero era demasiado tarde, ya era un apóstol principal y gozaba de gran consideración*» (Elaine Pagels: *The Gnostic Paul*, p. 161, 1975).

Sea cuales fueren, las epístolas auténticas fueron escritas o dictadas por San Pablo entre los años 51 y 63, lo que las convierte en los documentos cristianos más antiguos que se conservan. Dicho esto, es desconcertante que, salvo en las *epístolas pastorales*, Pablo no diga nada sobre el Jesús histórico, ni vincule a éste con ningún periodo ni lugar histórico, puesto que únicamente se ocupa del Cristo místico que muere y resucita. G. A. Wells comenta que «*el silencio total de Pablo sobre el Jesús histórico sigue siendo un problema sólo para aquellos que insisten en que había un Jesús histórico sobre el que cabía guardar silencio*» (*Did Jesus Exist?*, p. 21, 1975).

Como todo el mundo sabe, la tradición cristiana presenta a Pablo como ortodoxo, pese a ello, llama la atención que los gnósticos (disidentes cristianos con los que la Iglesia mantuvo encarnizadas batallas) llamaran a Pablo «el Gran Apóstol»; es más, afirmaban que era su padre fundador, por lo que muchos se llamaban a sí mismos «paulinos». Elaine Pagels hace la siguiente observación:

– «*Si el apóstol era tan inequívocamente antignóstico, ¿cómo podían afirmar los gnósticos que era su gran maestro pneumático? ¿Cómo podían decir que seguían su ejemplo al ofrecer enseñanzas secretas de sabiduría y gnosis a los iniciados? ¿Cómo podían afirmar que la teología paulina de la resurrección era el origen de la suya y citar las palabras de Pablo como prueba decisiva contra la doctrina eclesiástica de la resurrección del cuerpo?» (The Gnostic Paul, p. 9-10, 1975).*

Lo cierto es que entra dentro de lo posible que Pablo fuese el padre fundador del movimiento gnóstico, y por tanto del cristianismo original, ya que hoy día se estima que los *Evangelios* fueron redactados después de que Pablo evangelizara muchos de los países del Mediterráneo oriental. Los gnósticos decían que las epístolas de Pablo encerraban enseñanzas secretas cifradas. Un dato significativo es, según los expertos, que cuando se traducen correctamente sus epístolas auténticas es ineludible su fuerte contenido gnóstico.

EL ORIGEN DEL CRISTIANISMO

Ya poseemos un mínimo conocimiento sobre el origen del *Nuevo Testamento*, pero ¿qué sabemos sobre el origen del

cristianismo? ¿De qué fuentes pudo beber el cristianismo? Quienquiera que fuese su fundador (San Pablo, Simón *El Mago*, Juan *Bautista*, Jesús de Nazaret...), expertos en historia antigua, mitología, teología, etc., durante más de un siglo y de diferentes maneras, han propuesto, siempre sin que nadie les hiciera caso, que el cristianismo se asentaba en la espiritualidad pagana que lo precedió; hecho que ha llevado a muchos a poner en tela de juicio la historicidad de Jesús. Otros, en cambio, la han rechazado de plano, como es el caso del historiador del cristianismo Albert Schweitzer (1875-1965), que a principios del siglo XX escribió:

– «*No hay nada más negativo que el resultado del estudio crítico de la vida de Jesús. El Jesús de Nazaret que se presentó públicamente como el Mesías, que predicó la ética del reino de Dios, que fundó el Reino de los Cielos en la Tierra, y murió para dar a su obra la consagración definitiva, nunca existió*» (citado en I. Wilson: *Jesus: The Evidence*, p. 37, 1984).

Antes de entrar en materia conviene recordar la historia oficial sobre «el origen y apogeo del cristianismo», la cual cuenta que hacia el año 30 de nuestra era surgió en Palestina un movimiento mesiánico en el seno del judaísmo. Esta nueva doctrina religiosa, muy minoritaria en el Imperio romano, va a

conocer con el paso del tiempo un éxito considerable. El hecho de que su fundador fuese crucificado por los romanos y repudiado por el pueblo judío, no impidió que sus discípulos difundiesen sus enseñanzas (la Buena Nueva) por la cuenca del Mediterráneo, ganando así las diferentes capas sociales del Imperio, cuyos adeptos se hacían llamar a sí mismos «cristianos», por referencia a «Cristo» (título otorgado por los cristianos a Jesús después de resucitado).

En el año 64, Nerón (37-68), emperador romano desde 54 hasta que se suicidó, desencadenó la primera persecución de cristianos, acusándolos del gran incendio de la ciudad de Roma.

El llamado «periodo apostólico», que dio como fruto la primera generación de cristianos, termina por el año 70 con el martirio de Pedro y Pablo (últimos miembros del ministerio de Jesús) en Roma. Pese a las numerosas y cruentas persecuciones anticristianas por parte de los romanos, en el siglo II se formaron las primeras comunidades cristianas, de entre las cuales surgieron los primeros conflictos, debido a las inevitables discrepancias en torno a los hechos mismos de la vida de Jesús, al sentido de sus enseñanzas y a la postura que debía adoptar su Iglesia. Ante esta divergencia de opiniones, el cristianismo primitivo se abrió paso principalmente con dos corrientes de pensamiento, una tradición pública y otra

secreta: la ortodoxia y el gnosticismo. El término «gnosticismo» es moderno, ya que fue acuñado en el siglo XVIII.

Hasta aquí, hay quienes sostienen que lo leído sobre el origen y apogeo del cristianismo ha sido de liberadamente falseado, como es el caso de Barbara Walker, de quien recojo lo siguiente:

– *«La totalidad de la historia europea fue corregida por una Iglesia que pretendía convertirse en la única y exclusiva depositaria de los archivos históricos y literarios. Con todos los documentos importantes custodiados en los monasterios y un pueblo llano degenerado al más absoluto analfabetismo, la historia cristiana pudo ser falsificada con total impunidad» (The Woman's Encyclopedia of Myths and Secrets, 1993).*

Algunos investigadores (como los mitólogos Albert Churchward y Joseph Whelless) han llegado a la conclusión, tras descubrir las más que casuales semejanzas entre la mitología pagana y la muy posterior historia de Jesús, que el cristianismo no fue una revelación nueva y excepcional, ni que la historia de Jesús es la biografía de un mesías histórico, sino un mito judío basado en leyendas paganas. Si bien es cierto que son muy pocos los estudiosos actuales que nieguen rotundamente la existencia de un Jesús histórico, todos señalan las dificultades que

ofrece el hecho de que haya tantos elementos de los cultos a los dioses paganos en el relato de la vida de Jesús. Entre los estudiosos que consideran exagerada la tesis que apunta a que Jesús jamás existió, la opinión generalizada es que muchos de estos claros paralelismos entre su vida y las leyendas paganas no formaban parte de la narración originaria, sino que fueron añadidos conforme la cristiandad iba extendiéndose entre los gentiles y judíos helenizados.

En los primeros siglos de nuestra era, estas notables semejanzas resultaban obvias tanto para los paganos como para los cristianos; sin embargo, durante casi dos mil años ha prevalecido en el mundo occidental la idea de que el cristianismo es sagrado y único, mientras que el paganismo es primitivo, idólatra y politeísta. Ciertamente había entre el vulgo muchos cultos paganos dedicados a dioses diferentes, pero según el gran egiptólogo sir Wallis Budge, que era conservador de antigüedades en el British Museum de Londres, estos llamados «dioses» representaban las múltiples naturalezas del ser único y supremo que todo lo abarca. Curiosamente, la palabra hebrea para «Dios» es *Elohim*, la cual implica una pluralidad dentro de la divinidad, ya que literalmente significa «dioses».

Donde se alza el Vaticano había en otro tiempo un templo pagano, en el que los sacerdotes celebraban un ágape ritual

consistente en pan y vino que simbolizaban el cuerpo y la sangre de su redentor, el cual antes de morir y resucitar había declarado: «A- quel que no coma de mi cuerpo ni beba de mi sangre, pa- ra ser uno conmigo y yo con él, no conocerá la salvación» (inscripción mitraica citada en J. Godwin: *Mystery Religions in the Ancient World*, p. 28, 1981). En el Mun- do Antiguo –esto es, la mayor parte de Europa, Asia y África durante el periodo histórico que comprende hasta la caída del Imperio romano en el siglo V– eran muchos los mitos relativos a un dios hombre que moría para luego resucitar. En Egipto era Osiris; en Grecia, Dioniso; en Asia Menor, Atis; en Siria, Ado- nis; en Italia, Baco; en Persia, Mitra; en Alejandría, Eón; en Babilonia, Tammuz; etc. Las diversas versio- nes del mito del dios- hombre comparten lo que el gran mitólogo Joseph Campbell llamó «la misma a- natomía». Dicho esto, hay que decir que el Mundo Antiguo era un mosaico de asentamientos tribales, con fronteras fluidas o inexistentes, lo cual propicia- ba la mezcla de todo tipo de ideologías, creencias y supersticiones de unos y de otros.

Osiris es el dios-hombre original. Los egipcios re- presentaban su muerte y descenso a los mundos in- feriores como un Sol negro. Su historia es tan anti- gua que se encuentra en los textos de las pirámides escritos hace más de cuatro mil quinientos años. Con el paso del tiempo, Osiris se

convertiría en Dioniso en Grecia, empezando así un proceso que llevaría al dios egipcio a encabezar una larga lista de divinidades que, como en la actualidad Krishna y Jesús, cargarían con las culpas de la humanidad. En apariencia, dicho mito es un relato entretenido, pero en la Antigüedad, para los iniciados en los misterios del dios-hombre pagano era un código sagrado que contenía un mensaje oculto cifrado. La misión del iniciado consistía en descifrar su significado espiritual. Este relato pagano, cuyo origen se desconoce, inspiró a todos los grandes místicos y filósofos del Mundo Antiguo, tales como, por ejemplo, los griegos Pitágoras (c. 570-490 a.C.), Sócrates (s. V a.C.) o Platón (428/427-347 a.C.). Aunque no hay ni un solo mito pagano que sea totalmente análogo a la supuesta biografía de Jesús, ésta pudo ser construida partiendo de las diversas historias del dios-hombre pagano que ya existían muchos siglos atrás. Como podrás comprobar a continuación, el dios-hombre pagano comparte con el dios-hombre judío similitudes como poco sospechosas:

– Atis, Mitra, Adonis, Eón, Dioniso y otros más son engendrados por una mujer virgen que al morir asciende al cielo y es venerada como ser divino. Según la tradición popular del cristianismo primitivo, Jesús, al igual que Dioniso, fue gestado sólo siete meses.

– La palabra que suele traducirse por «establo» en los *Evangelios* es «*katalemna*»,

que literalmente significa «refugio temporal» o «cueva». En los albores del cristianismo una tradición muy extendida decía que Jesús nació en una cueva. También se decía que Mitra y Dioniso habían nacido en una cueva.

– En Alejandría el nacimiento de Eón se celebraba el 6 de enero, exactamente la misma fecha en que muchos cristianos primitivos celebraban el nacimiento de Jesús, como hoy día sigue celebrándolo la Iglesia armenia. Por otro lado estaba Osiris, Dioniso, A- tis, Tammuz, Adonis, Mitra y otros más, cuyo nacimiento se celebraba el 25 de diciembre. (La celebración anual de la natividad del dios-hombre misterioso conmemoraba el fin del año viejo y el principio del nuevo en el solsticio de invierno, el día más corto del año, que señala el retorno del sol vivificador).

– En *Mateo*, el niño Jesús recibe la visita de unos magos venidos del Oriente; en *Lucas*, de unos pastores. Curiosamente, Mitra, al nacer, fue adorado por pastores y «magos» (sacerdotes astrólogos persas).

– Jesús es bautizado, ritual que los paganos llevaban siglos practicando. Estos ritos bautismales tenían lugar en marzo o abril, exactamente en la misma época en que, en siglos posteriores, los primeros cristianos bautizarían a sus conversos. El hombre santo que bautiza a Jesús con agua tiene el mismo nombre que un dios pagano del agua. El nacimiento de Jesús se celebra en la fiesta

pagana del dios-sol que retorna, el 25 de diciembre; el de Juan *Bautista* se celebra en junio, sustituyendo una fiesta pagana del agua que se celebraba en el solsticio de verano. Por este motivo, J. Campbell comenta: «*En vista de ello, varios estudiosos han sugerido que nunca existieron Juan ni Jesús, sino sólo un dios del agua y un dios del sol*» (*Occidental Mythology*, p. 349, 1964).

– Al igual que Jesús, en el zodiaco de la astrología babilónica –un símbolo importante en los antiguos cultos místéricos– el Sol tiene doce seguidores: los signos del zodiaco. Por otra parte, una de las ceremonias de iniciación en los misterios de Mitra –el culto con más devotos en la Roma del s. III y IV– consistía en que doce iniciados disfrazados de signos del zodiaco tenían que formar un corro y danzar en torno al iniciado que representaba al propio Mitra.

– Jesús habla a sus discípulos de «volver a nacer» al lavar sus ropas «en la sangre del cordero de Dios». Estas metáforas son un eco de los antiguos misterios paganos, en los que se celebraban sacrificios rituales con animales. Uno de ellos consistía en derramar la sangre del animal sacrificado sobre los iniciados, para que de forma simbólica la sangre expiara sus pecados. Al concluir el rito se consideraba que el iniciado había muerto en su naturaleza inferior para renacer en su naturaleza divina, que le une a Dios. Una inscripción mitraica reza: «*Tú nos has*

salvado al derramar la sangre eterna» (citado en R. Turcan: *Cults of the Roman Empire*, p. 226, 1992). También era costumbre en la antigua Grecia sacrificar un macho cabrío en las fiestas de Dioniso como chivo expiatorio.

– La entrada triunfal de Jesús en la ciudad de Jerusalén montado en un pollino mientras la multitud agita palmas en su honor se inspira en los misterios de Dioniso y Atis. De hecho, en muchos jarrones Dioniso aparece montado en un pollino que lo lleva al encuentro de su pasión. Pero también se hace eco del *Antiguo Testamento*, que dice: «*iGrita de alegría, Jerusalén!, que viene a ti tu rey: justo y victorioso, humilde y montado en un pollino»* (Za 9,9). La palma era el emblema de la victoria, y la figura pagana del dios hombre que cabalga triunfalmente en un pollino simbolizaba el dominio sobre el yo animal inferior. Una máxima del filósofo Epicteto (c. 50-138), natural de Frigia (país de Asia antigua), reza: «*Ésta es la manera de actuar del hombre sabio: ser azotado como un asno y amar a quienes le azotan, ser padre y hermano de toda la humanidad»* (Manual, VIII, 12).

– Dioniso es un hombre tranquilo de cabellos largos y barba que predica una religión nueva, el cual adopta una actitud pasiva al ser prendido y condenado por los esbirros del tirano rey Penteo, quien lo reprende por traer una enfermedad nueva que ensucia el país. Dioniso, como Jesús,

convierte de forma milagrosa el agua en vino en una ceremonia nupcial. Dioniso, como Jesús, se transfigura en toda su gloria ante sus discípulos para que sean testigos de su divinidad. Jesús es coronado con espinas; Dioniso, con hiedra. A Jesús le echan encima un manto escarlata y le escarnecen los soldados romanos; Dioniso lleva una túnica escarlata durante su estancia en los infiernos. Dioniso, como Jesús, es «El que vino a traer la salvación» o «El Salvador».

– El hombre justo que sufre una muerte injusta a manos de una autoridad tiránica era una figura muy conocida en el Mundo Antiguo. Ya en el siglo IV a.C., Platón, discípulo de Sócrates, había señalado el destino trágico que aguardaba al «hombre justo» al escribir: *«El hombre justo tendrá que soportar que lo azoten y finalmente, después de toda suerte de sufrimientos extremos, será crucificado»* (*La República*, II, 361).

– Adonis, Mitra, Atis, Dioniso y otros muchos más mueren en tiempo de Pascua mediante el acto supremo del sacrificio para redimir a toda la humanidad de sus pecados, resucitan al tercer día de entre los muertos y ascienden gloriosos al cielo. Sus seguidores celebraban cada primavera, durante tres días, su muerte y resurrección. La resurrección de Mitra se produce a partir de una sepultura excavada en la roca. El dios frigio Atis es crucificado un viernes 23 de marzo y resucita el 25 del mismo mes, lo cual coincide

exactamente con los días en que situaba la muerte y la resurrección de Jesús una antigua tradición cristiana. El dios egipcio Osiris es asesinado y mutilado un viernes, y tras permanecer tres días en los infiernos resucita. El motivo de que la muerte y la resurrección del dios-hombre misterioso tenga lugar en primavera podría obedecer a que en Egipto (la tierra de Osiris, de quien se dice que muere despedazado, y que esto simboliza la trilla del trigo para producir harina) la cosecha no cae en otoño, sino en los meses de marzo, abril y mayo. También podría obedecer al hecho de que durante milenios los egipcios asociaron la primera aparición anual de la luminosa estrella Sirio (augurio del siguiente desbordamiento del Nilo, un hecho clave para renovar la fertilidad de las tierras que tenía lugar en primavera) con la resurrección de Osiris y su poder renovador.

– Mitra, conocido como «El Salvador», espera en el cielo para volver al mundo al final de los tiempos como juez divino.

– El ágape sagrado del pan y el vino con el que los cristianos celebran la muerte y la resurrección de *Cristo* era una práctica común principalmente entre los adeptos de los misterios de Osiris, Dioniso, Tamuz y Mitra. Este último celebró una última cena con sus compañeros antes de ser sacrificado. A los participantes de la santa comunión mitraica se les ofrecía agua mezclada con vino y pan u hostias consagradas que llevaban el signo de

la cruz. En algunos jarrones, aproximadamente del siglo VI y V a.C., vemos pan y vino sobre un pequeño altar situado delante de Dioniso, el cual aparece atado a un poste.

Éstos son sólo algunos de los puntos en común que tienen los relatos paganos y la biografía de Jesús. Si estas semejanzas te parecen asombrosas, todavía lo es más el hecho de que sean desconocidas por la inmensa mayoría de los cristianos. Vivimos en una sociedad en la que no elegimos nuestras creencias, más bien, al acomodarnos al criterio de este mundo, son ellas las que nos eligen a nosotros. Si nos olvidamos de las creencias que nos inculcan desde pequeños, de los prejuicios culturales y de la aprobación social, y nos atenemos sólo a las pruebas históricas que nadie se atreve a cuestionar, la historia del origen del cristianismo que vislumbraríamos sería muy distinta de la que hoy es aceptada como la verdad.

En 1994, Burton L. Mack, profesor de Estudios Neotestamentarios en la Facultad de Teología de Claremont (California), escribía:

– *«Los estudios han demostrado, uno tras otro, que el cristianismo no era una religión única, sino que estuvo influido por los cultos de la Antigüedad tardía [...] era inquietante el descubrimiento de que el primitivo cristianismo presentaba un notable parecido*

con los cultos místéricos del helenismo, sobre todo en los puntos que más importaban: sus mitos de dioses que mueren y resucitan, y los rituales del bautismo y el ágape sagrado» (The Lost Gospel, p. 22).

Mack, como otros muchos eruditos, es de la opinión de que el tema del dios que muere y resucita y otros de las escuelas místicas (nacimiento virginal, milagros, ascensión al cielo, etc.) son añadidos de cuando el cristianismo entró en contacto con el mundo pagano, especialmente como resultado de los viajes de Pablo y sus compañeros de misión. El motivo de estos añadidos no sería otro que el de solemnizar al personaje y su doctrina, todo ello para ganar el mayor número posible de seguidores. De ser cierta esta teoría, el Jesús que conocemos sería un mito y el hombre histórico habría sido eclipsado por completo.

Otro erudito, J. M. Robertson, escribía a comienzos del siglo XX lo siguiente:

– *«En lo fundamental, por tanto, el cristianismo no es más que un paganismo reformado» (Pagan Christs, p. 53, 1903).*

Robertson forma parte de la minoría que cree que Jesús nunca existió. Ahora bien, si aceptamos la teoría de Robertson ¿por qué el dios-hombre pagano acaba siendo judío?

Mucho tiempo antes de la supuesta llegada de Jesús, el pueblo judío había vivido bajo el yugo de distintos Imperios invasores: en 922 a.C., fueron los egipcios; los asirios, en 700 a.C.; los babilonios, en 586 a.C.; los griegos, bajo el mando del general macedonio Alejandro Magno (355-323 a.C.), en 332 a.C.; los sirios, en 198 a.C.; y finalmente, en 63 a.C., los romanos. Algunos autores modernos estiman que el resultado inevitable de estas conquistas fue que algunos judíos, influenciados por la cultura de sus conquistadores, adoptaron el mito del dios-hombre para crear su propia versión, cuyo héroe era el dios-hombre judío que muere y resucita: Jesús. Pero además, como judío que era, en él debían cumplirse las profecías relativas al *Mesías*, o lo que ciertos judíos pudieron interpretar como tales: nacer en Belén (*Mi* 5,1); llamarse Emmanuel (*Is* 7,14); comenzar su ministerio en Galilea (*Is* 8,23); entrar en Jerusalén a lomos de un asno (*Za* 9,9); como el cordero pascual, ser inmolado a primeros de abril, al atardecer (*Ex* 12,5-6); ser ajusticiado entre delincuentes y sepultado en la tumba de un rico (*Is* 53,9); resucitar al tercer día (*Os* 6,2); etc. Para la fe cristiana, estos pasajes son profecías que señalan claramente a Jesús como el *Mesías* prometido, al tiempo que, según algunos investigadores (como Timothy Freke y Peter Gandy), prueban que se trata de un personaje ficticio: «El héroe del mito misterioso judío es un personaje compuesto.

Jesús es una síntesis de dos figuras míticas que ya existían: el dios hombre pagano y el Mesías judío» (The Jesus Mysteries, IX, 1999).

El gran parecido entre el gnosticismo y el paganismo parece reforzar esta tesis, la cual sugiere que los gnósticos eran en verdad los cristianos originales, mientras que el cristianismo ortodoxo fue una desviación posterior que adoptó el Imperio romano en el siglo IV para ejercer un mayor dominio sobre las masas, superar la división de sus pueblos y favorecer la estabilidad del imperio. Así lo debía pensar Clemente de Alejandría (c. 150-c. 215), quien escribió en una de sus obras que se han conservado: «*Sólo el gnóstico es verdaderamente piadoso. [...] el verdadero cristiano es el gnóstico*» (*Stromata*, VII, 1). Pese a sus convicciones religiosas, Clemente fue considerado ortodoxo e incluso fue beatificado por la Iglesia romana.

Los primeros Padres de la Iglesia, como Justino Mártir (c. 105-c. 165), Ireneo (c. 125-c. 202), Tertuliano (c. 155-222) y Fírmico Materno (murió c. 360), justificaron estas notables semejanzas acusando al diablo de plagiar la verdadera historia de Jesús por anticipado con el fin de llevar a los hombres por el mal camino. Asimismo se llegó a decir que la mitología pagana era premonitora. Pero lo cierto es que ni tan siquiera las enseñanzas del Jesús más ortodoxo eran originales (especialmente las morales), ya que los sabios paganos se habían anticipado a ellas. Justino

Mártir, que consideró a Heráclito, Sócrates y otros filósofos griegos cristianos anteriores a Cristo, se vio obligado a argumentar, una vez más, que las similitudes eran fruto de una imitación diabólica. De Platón manifestó que éste se había inspirado en Moisés y que el *Génesis* era la fuente del *Timeo*. Por estos motivos, lejos de que los cristianos siguieran a los filósofos, San Justino proclamó que los mejores filósofos habían seguido los dogmas cristianos; de modo que escribió: «*Las cosas acertadas que dijeron todos los maestros son propiedad de nosotros los cristianos*» (citado en J. A. Stevenson: *A New Eusebius*, p. 62, 1957).

Las evidencias históricas que quedan revelan que la historia oficial del cristianismo que nos legaron las autoridades de la Iglesia romana es una burda tergiversación de la verdad. En su fervor por establecerse como la única religión verdadera, la primitiva Iglesia de Roma se vio envuelta en un mundo de luchas por el poder, de constantes conflictos doctrinales, de flagrantes falsificaciones de documentos e identidades fingidas, de epístolas manipuladas, de destrucción en masa de la literatura sagrada de los paganos y de cualquier otro posible indicio que pudiera señalar que el cristianismo se basaba en cultos anteriores. San Clemente menciona más de trescientos autores paganos, de los cuales ahora nada sabemos.

Aunque no está a nuestro alcance comprender la magnitud de la pérdida, se calcula que la destrucción de la Biblioteca de Alejandría (391) supuso un retraso de casi mil años en el desarrollo de la civilización humana, debido a la pérdida de información científica, filosófica, histórica, geográfica y literaria que albergaba. En el siglo V la destrucción llegó a cotas tan altas que el arzobispo Crisóstomo declaraba sin ningún rubor:

– *«Cada rastro de la vieja filosofía y literatura del Mundo Antiguo ha sido extirpado de la faz de la Tierra»* (citado en Lloyd Graham: *Deceptions and Myths of the Bible*, 1991).

Según cuenta un testigo:

– *«Amontonaron incontables libros unos sobre otros, muchas pilas de volúmenes extraídos de diversas casas, para quemarlos ante los ojos de los jueces por estar prohibidos. Los propietarios quemaban sus bibliotecas enteras. Tal era el terror que se apoderó de todo el mundo»* (citado en R. MacMullen: *Enemies of the Roman Order*, p. 136, 1966).

En el año 386, el pagano Libanio, refiriéndose a bandas de monjes poseídos por

el fundamentalismo religioso como «esta chusma ataviada de negro», escribe:

– «[...] ataca los templos con garrotes, piedras y barras de hierro, mientras algunos, careciendo de estas cosas, utilizan las manos y los pies. Entonces la destrucción es total: se arrancan los tejados, se demuelen las paredes, se derriban las estatuas, se levantan los altares y los sacerdotes deben escoger entre callar y morir. Cuando han destruido el primero, corren a destruir el segundo y luego el tercero» (Oración 33,8-9).

Todos estos ataques despiadados estaban motivados con claros fines políticos, aunque sí bien es cierto que la Iglesia de Roma se escudaba argumentando que era una cruzada religiosa, un deber impuesto por Dios. Esta guerra declarada contra los paganos y otros herejes, en la que murieron millones, abarcó desde Islandia hasta la Patagonia y desde Irlanda hasta Egipto. Aun así la herejía no fue erradicada del todo, ya que seguiría practicándose clandestinamente durante toda la Edad Media a pesar de la incesante y vigorosa persecución a la que se vio sometida por parte de la Iglesia ortodoxa. Otro método empleado por los obispos para combatir el paganismo fue el de inventar biografías de santos cristianos con el fin de que sustituyesen a los dioses de los cultos paganos.

La invención de biografías parece venir de muy atrás. Algunos de los maestros paganos más destacados han pasado a la historia como seres sobrenaturales. A Pitágoras (s. VI a.C.), por ejemplo, se le atribuía la facultad de predecir terremotos y huracanes, curar milagrosamente, bilocarse, apaciguar las aguas de los ríos y los mares, etc. En *La Légende de Pythagore de Grèce en Palestine* (1927), Levy hace referencia a la doble naturaleza de este filósofo griego como hombre y dios (p. 8-15), al ascenso de su cuerpo a los cielos (p. 67) y a las historias de su reaparición ante sus discípulos (p. 78). En *Historia*, IV, 94-98, Herodoto cuenta de forma críptica el descenso de Pitágoras al Hades para probar su doctrina de la inmortalidad del alma. El tema mítico del descenso a los infiernos también se encuentra en las leyendas de Eneas, Heracles, Odiseo, Empédocles, Orfeo y otros más. Orfeo (s. VI a.C.) fue un filósofo poeta griego y, supuestamente, un iniciado iluminado de los misterios dionisiacos. Según cuenta la leyenda, procedente casi enteramente de su biógrafo Filostrato, Apolonio de Tiana (s. I d.C.) fue engendrado por un dios, y al morir resucitó de entre los muertos, posteriormente se les apareció a sus discípulos y ascendió al cielo. Entre sus milagros cuentan las curaciones milagrosas, el don de la profecía, el devolver a la vida a los muertos y el exorcismo. De Asclepio se decía que tenía el poder de curar

y el de resucitar a los muertos. También se atribuía la facultad de obrar milagros de esta clase a Empédocles, Epiménides y Abaris. Otros eran conocidos por haber vuelto de la muerte, tales como Er, Tespesio, Cleónimo, Rufo, Jerónimo, Macates, Cleodemo y Empedótimo. Tampoco podían faltar a nuestra lista los nacidos de una virgen, como Buda, Pitágoras, Platón, Alejandro Magno, Confucio y Lao-Tsé, entre otros.

Los autores paganos de los primeros siglos de nuestra era, tales como los filósofos Celso (s. II), Luciano (c. 125-180), Porfirio (232/233-c. 304)..., criticaban en sus obras el cristianismo naciente, ya que a su entender no era más que un reflejo pálido de sus propias enseñanzas antiguas. Por otra parte, sabemos que en la época en que se supone que vivió Jesús, Judea era un país prácticamente helenizado que albergaba importantes escuelas de filosofía pagana y centros de los misterios de Dioniso y Tammuz, este último conocido como «el Buen Pastor». En cuanto a Galilea, región en la que supuestamente Jesús inició su ministerio, era un país cosmopolita donde coexistían muchas culturas diferentes, principalmente la semítica, la griega, la persa, la siria, la fenicia y la egipcia. De hecho, los judíos la llamaban «la tierra de los gentiles». Hay quienes sostienen que en aquel tiempo la primera lengua de Galilea era la griega, como lo había sido durante más de tres siglos; no obstante los *Evangelios* mencionan el

marcado acento galileo de los discípulos de Jesús, aunque hay que señalar que eso nunca se dice del propio Jesús. Todos estos hechos históricos ineludibles entre los estudiosos inducen a pensar que el cristianismo tomó de la antigua filosofía griega los gérmenes mismos de su pensamiento religioso. Según Celso: «*Muchas de las ideas de los cristianos las han expresado mejor y antes los griegos. / Detrás de estos puntos de vista hay una doctrina antigua que ha existido desde el principio*» (citado en R. J. Hoffmann: *Celsus on the True Doctrine*, p. 91/55, 1987).

Dado que dedicaremos los próximos capítulos al tema doctrinal, el cual abordaremos largo y tendido, de momento tan sólo apuntaré que esta doctrina antigua, que según Celso ha existido desde el principio, ensalzaba el valor espiritual del conocimiento de uno mismo por encima de cualquier otra cosa, por lo que el mandamiento más importante en la senda espiritual de los misterios paganos habría estado inscrito en el oráculo de Apolo en Delfos: «*Gnothi Seauton*» (*Conócete a ti mismo*). Del mismo modo que la meta del iniciado pagano era convertirse en un «dios» mediante el conocimiento supremo de sí mismo, los gnósticos defendían la idea de que quienquiera que alcanzara la «*gnosis*» (del gr. γνῶσις = conocimiento) se convertía en «*Cristo*» (del gr. χριστός = ungido). También decían que el verdadero «*gnóstico*» (del gr. γνωστικός = conocedor) era aquel que

había alcanzado la *gnosis*. Por *gnosis* no debe entenderse un conocimiento cualquiera, sino únicamente el de Dios, siendo la luz que ilumina este conocimiento *Cristo*, con el que los gnósticos pretendían identificarse. Algunos expertos han señalado que las enseñanzas de los gnósticos no hacen más que evidenciar que éstos carecían de interés alguno por el Jesús histórico y que el relato de Jesús era para ellos lo mismo que los mitos del dios-hombre misterioso para los iniciados paganos: una alegoría mística que contenía verdades eternas cifradas. Sus detractores los acusaban de estar contaminados por el paganismo que los rodeaba y de no abrazar la pureza de la verdadera fe. Los ortodoxos tenían como mínimo razón en una cosa: poca diferencia había entre los gnósticos y los paganos.

LAS PRUEBAS DEL JESÚS HISTÓRICO

Los primeros autores paganos que prestaron atención al cristianismo fueron Plinio, Cornelio Tácito y Suetonio, tres historiadores latinos que escribieron a comienzos del siglo II. Con sus breves alusiones al tema no contribuyen a aclararnos el misterio que se cierne sobre Jesús.

Plinio *El Joven*, gobernador de Bitinia (una provincia de Asia Menor), no proporciona prácticamente ninguna información acerca de los cristianos, salvo un pasaje muy corto que

escribió al emperador Trajano en 112 d.C. en el que se limita a registrar que estos cristianos cantaban himnos a *Cristo* como si fuera un dios.

Tácito, gobernador de Asia, a quien se cita con frecuencia como prueba de la historicidad de Jesús, nos proporciona algo más de información que su amigo Plinio. Sin embargo, su testimonio no es contemporáneo, sino que data de unos cincuenta años después de los hechos, y no está claro si éste consulta los documentos de la época que con el paso del tiempo se han perdido o si cita de oídas información que corresponde a su propio tiempo. Al escribir sobre el gran incendio de Roma acaecido en el año 64 d.C., Tácito afirma que el emperador Nerón echó la culpa del incendio a los cristianos, a los que castigó para acallar los insistentes rumores que lo señalaban a él mismo como único autor del incendio. Seguidamente dice:

– *«Nerón utilizó a los notoriamente depravados cristianos, así los llamaba el pueblo, como chivos expiatorios y los castigó con todos los refinamientos. Su fundador, Cristo, había sido ejecutado durante el reinado de Tiberio por el procurador de Judea, Poncio Pilato. Pero a pesar de este revés temporal, la mortífera superstición había rebrotado, no sólo en Judea, donde empezó el mal, sino incluso en Roma. Todas las costumbres degradadas y vergonzosas se reúnen y*

floreces en la capital» (Anales XV, 44, c. 116 d.C.).

En su *Vida de los doce Césares* (c. 120 d.C.), el historiador romano Suetonio hace referencia a un edicto del emperador Claudio donde se habla de la expulsión de los judíos de Roma, «*porque los judíos, instigados por Cresto, causaban perturbaciones constantemente» (Claudio XXV)*. Si bien Cresto era un nombre popular, suele interpretarse como una corrupción de «*Cristo*». No obstante, aunque esto fuera cierto, el testimonio de Suetonio no probaría de manera concluyente una presencia de cristianos en la capital del Imperio hacia el año 49. Hay que tener en cuenta que en esa época había entre los judíos muchos aspirantes a *Mesías* que incitaban a sus compatriotas a rebelarse, y cualquiera de ellos podía denominarse «*Cristo*», ya que *Cristo* es sencillamente la traducción griega de «*Mesías*» (del hebr. Měšīāh = ungido). De todos modos, se cree que Jesús nunca visitó Roma.

Es importante señalar que quienes sostienen que Jesús nunca existió, no sólo fundan la argumentación en los sorprendentes paralelismos entre éste y los personajes mitológicos a los que antes hacíamos referencia, sino también en la ausencia de menciones acerca de Jesús por parte de los cronistas del siglo I. Tal es el caso del filósofo y autor británico Timothy Freke, que señala el

hecho de que importantes historiadores judíos contemporáneos de Jesús, como Filón de Alejandría o Justo de Tiberíades, no lo mencionan en sus crónicas. Pero esta omisión no implica necesariamente que no existiese. Tal vez deberíamos suponer que no tuvo suficiente resonancia en su época. No obstante, las fuentes más importantes de información sobre la historia del pueblo judío durante el primer siglo de nuestra era son estas dos obras del historiador judío Flavio Josefo (37/38-107): *Guerra Judía* (c. 95) y *Antigüedades Judías*. Sólo en los últimos capítulos de esta última obra escritos durante la década de los 90, encontramos dos claras referencias a Jesús. Una de ellas (*Ant.* XX, 200) habla de «el hermano de Jesús el presunto *Mesías*, de nombre Santiago» como de una de las personas llevadas a juicio ilegalmente y ejecutadas por un sumo sacerdote saduceo en el año 61 o 62. Puesto que las obras de Josefo han sido conservadas por copistas cristianos y suponemos que ningún cristiano inventaría tal referencia a Jesús, este texto es aceptado como auténtico por la mayoría de expertos. Sin embargo, la otra referencia se ha identificado como una clara interpolación. El pasaje es inadecuado para la narración, en un tono elogioso a Jesús, impropio de un partidario del judaísmo rabínico como era Josefo, y además escrito en un estilo que no se corresponde al suyo. Este pasaje polémico, que no fue presentado hasta comienzos del

siglo IV como prueba irrefutable de la autenticidad histórica de Jesús, es el siguiente:

– «Alrededor de aquel tiempo vivía Jesús, un hombre sabio, si en verdad se le podía llamar hombre. Porque era uno que llevaba a cabo proezas sorprendentes y era maestro de esa gente que ansía ver novedades. Se ganó a muchos de los judíos y a muchos de los griegos. Era el Mesías. Cuando Pilato, a raíz de una acusación que formularon los hombres principales entre nosotros, le condenó a la cruz, los que le habían amado desde el principio siguieron ape- gados a él. Al tercer día se les apareció devuelto a la vida, porque los santos profetas habían predicho esto y miles de otras maravillas relacionadas con él. Y la tribu de los cris- tianos, llamados así por él, hasta el día de hoy no ha desaparecido» (Ant. XVIII, 63-64).

Desde el s. XIX hasta el día de hoy los expertos continúan divididos entre los que dicen que todo el pasaje es falso y que viene a suplir una mención que nunca existió, y los que dicen que procede de un pa- saje auténtico, aunque menos halagador para Jesús y su movimiento, cristianizado posteriormente por al- teraciones en su texto. La mayoría de los expertos se inclina por esta última opinión, aunque no deja de ser sorprendente que Orígenes, un autor cristiano

de mediados del s. III, ignorase esa mención a Jesús en la obra de Josefo.

Respecto a los pasajes auténticos de interés, en *Antigüedades Judías* Josefo menciona a Juan *El Bautista*, del que cuenta que alcanzó gran popularidad entre las masas como predicador y bautista, lo cual alarmó a Herodes Antipas, quien mandó prenderlo y ejecutarlo. (Josefo no da detalles del encarcelamiento, ni de las circunstancias de la ejecución. La única alteración posiblemente introducida aquí es el epíteto «El Bautista»). De la *Guerra Judía* llama la atención el desprecio que profesa el autor por los numerosos presuntos *Mesías* de su tiempo, a los que califica de «farsantes religiosos y bandidos». Ahora bien, existe de esta obra una versión árabe recogida por un tal Agapio en el siglo X, la cual proporciona un escueto relato acerca de Jesús cuya autenticidad no se puede comprobar. Su traducción al castellano dice así:

– *«En este tiempo existió un hombre sabio de nombre Jesús. Su conducta era buena y era considerado virtuoso. Muchos judíos y gente de otras naciones se convirtieron en discípulos suyos. Los que se habían convertido en sus discípulos no lo abandonaron. Relataron que se les había aparecido tres días después de su crucifixión y que estaba vivo; según esto, fue quizás el Mesías del que los profetas habían contado maravillas».*

Por motivos obvios, no todas nuestras dudas en torno a Jesús deben reducirse únicamente a si existió o no. Lógicamente es la primera pregunta que debíamos hacernos, y así lo hemos hecho; pero creo que ya ha quedado suficientemente claro que no poseemos ninguna prueba irrefutable de su existencia. Con todo, puestos a creer que Jesús sí existió, lo cual no debe descartarse, ¿realmente existió el Jesús que aparece en los *Evangelios*? Como veremos a continuación, fuera de los *Evangelios* existen otras versiones de los hechos en torno a Jesús, que rechazan cuestiones tan importantes como la concepción virginal y la resurrección.

Otra fuente judía en la que se ha buscado pruebas del Jesús histórico ha sido en el *Talmud* (libro básico de la religión judía que complementa a la *Biblia*). En el *Talmud* hay varios pasajes que hacen referencia a alguien llamado «Yeshu» (Jesús), y un pasaje que podría estar citando al Jesús que buscamos, al que se dirige como «ese hombre». Estos pasajes, al igual que los de Josefo en *Antigüedades Judías*, no son la prueba definitiva. Aunque se basa en textos de hasta el s. III a.C., la parte más antigua del *Talmud* (la *Mishnah*), en la cual aparecen dichos pasajes, se retrotrae en torno al 200 d.C., y no sabemos si estos pasajes son del siglo primero. He aquí lo que dicen:

– «Nos ha sido enseñado: en la víspera de la Pascua colgaron a Yeshu [...] porque practicaba la brujería y la seducción, y llevaba a Israel por mal camino».

– «Una vez iba yo caminando por la calle alta de Séforis, y me encontré con uno de los discípulos de Yeshu el nazareno».

– «Sucedió al rabino Elazar ben Damah, a quien mordió una serpiente, que Jacob, un hombre de Kefar Soma, fue a ayudarlo en nombre de Yeshu ben Panthera».

– «El nieto (de R. Yehoshua ben Levi) tenía algo en la garganta. Vino un hombre y pronunció sobre él el nombre de Yeshu Panthera, y se curó».

– «Tened cuidado de no caminar por la senda mala de ese hombre, porque está escrito que Dios no es un hombre para que mienta. Y si dice que es Dios, es un embustero y miente, porque dijo que partiría y que luego volvería. Lo dijo y no lo hizo. [...] ¿Quién podrá vivir de esta nación que escuchó a ese hombre que se proclamó Dios a sí mismo?».

Los ejemplares del *Talmud* anteriores a finales del s. XVI recogían, aparte de los pasajes que acabamos de citar, otros pasajes mucho más injuriosos para la fe cristiana, pasajes denigratorios contra Jesús y su madre, los cuales los judíos eliminaron por miedo a las represalias cristianas. Pese a todo, las confiscaciones y la quema de ejemplares en suelo europeo iniciadas en el s. XIII no

acabarían hasta el s. XVIII. Los pasajes de la discordia presentaban a Jesús como hijo bastardo de una mujer adúltera y de un legionario llamado Panthera, a quien consideraban justamente ejecutado en este mundo y atormentado en el otro, en medio de excrementos en ebullición. También se decía de Jesús que era un mago adocinado en Egipto, tierra en la que pasó su juventud, que robó del Templo el sagrado nombre de Dios y lo usó para hacer magia. Actualmente, para el pueblo judío el *Mesías* no ha venido aún y Jesús es, simplemente, como mucho, un profeta más.

Es interesante observar que algunas de esas ideas acerca de Jesús que hemos citado del *Talmud* también aparecen en la *Doctrina Verdadera* ('Αληθής λόγος, c. 175) del filósofo Celso, en la cual dicho autor ataca duramente a los cristianos. Cuando triunfó el cristianismo este tratado fue destruido, pero antes de eso, hacia el año 247, el filósofo cristiano Orígenes (185/ 186-254) escribió una réplica contra él, en la cual se conserva una gran extensión de su texto en forma de citas. Según recoge Orígenes en su obra *Contra Celso*, Celso afirmaba que Jesús se había criado en una aldea de Galilea, y que su madre era una pobre campesina que vivía de hilar con la rueca, la cual había sido repudiada como adúltera por su marido, un carpintero. Deambulando en su ignominia, dio a luz en secreto a Jesús (I, 28), el cual había concebido

de un soldado llamado Panthera (I, 32). Después de criarse en la oscuridad, Jesús, apremiado por la necesidad, se fue a Egipto a trabajar de jornalero, y allí se ejercitó en ciertas habilidades de que blasonan los egipcios; vuelto a su patria, hizo alarde de esas mismas habilidades, y por ellas se proclamó a sí mismo Dios (I, 28 y 38). Según Celso, Jesús tuvo diez u once discípulos, recaudadores de impuestos y marineros de la peor especie, incapaces de leer y escribir, con los cuales estuvo yendo como un fugitivo de un lugar a otro ganándose la vida vergonzosamente como un mendigo (I, 62). Jesús no pudo ofrecer señal alguna que demostrara que él era un dios (I, 67); fue abandonado y traicionado por sus compañeros, se escondió, huyó y fue cogido (II, 9); su resurrección fue atestiguada por una mujer histórica y tal vez algún otro hombre de aquellos de la misma camada (II, 55). Celso afirma conocer muchas cosas verdaderas sobre Jesús que no tienen parangón alguno con las que escribieron sus discípulos (II, 13). Leído esto, a la vista está el flaco favor que hizo Orígenes a los ortodoxos recogiendo nada menos que el 70% de la obra de Celso en la suya. Pero conviene ser prudentes, la obra de Orígenes debe ser considerada tan sólo como una prueba más del siglo II que confirma que en aquel tiempo había quienes creían en la historicidad de Jesús.

LA RESURRECCIÓN

Siguiendo con Celso, muestro a continuación un pasaje en el que éste no sólo pone en entredicho la resurrección de Jesús, sino también la de un gran número de sabios paganos que, al igual que Jesús, fueron venerados como dioses:

– «¿Se basa vuestra creencia en el hecho de que este Jesús predijo que resucitaría después de su muerte? ¿En que vuestra historia incluye sus predicciones de triunfar sobre el sepulcro? [...] ¿No sabéis que son multitud los que han inventado cuentos parecidos para llevar por mal camino a los ingenuos que los oyen? Dicen que Zamolix, el sirviente de Pitágoras, convenció a los escitas de que había resucitado, después de pasar varios años escondido en una cueva, ¿y qué me decís del propio Pitágoras en Italia, o de Fampsinito en Egipto? Veamos, ¿quién más? ¿Qué me decís de Orfeo entre los odrisios, de Protesilao en Tesalia y, sobre todo, de Heracles y Teseo? [...] Sin duda admitiréis francamente que estas historias son leyendas, como me parece a mí, pero luego diréis que vuestra historia de la resurrección, este apogeo de vuestra tragedia, es creíble y noble» (citado en R. J. Hoffmann: *Celsus on the True Doctrine*, p. 67, 1987).

Pero no nos confundamos, no todos los cristianos interpretaban la resurrección como el regreso de un cadáver a la vida en este mundo; de hecho Tertuliano declara que sus adversarios encuentran esta interpretación «extremadamente asquerosa, repugnante e imposible». Con todo, Tertuliano insiste en que «debe ser creída, porque es absurda». Es importante saber que diversos grupos cristianos lo interpretaban como el tránsito de la existencia terrenal a la existencia espiritual; así en los evangelios heterodoxos, a diferencia de los ortodoxos, no se habla de las apariciones de un Jesús resucitado hambriento que conserva hasta los más mínimos detalles del tormento en su cuerpo, sino que sus apariciones son interpretadas por lo general como visiones recibidas en sueños o en trances, y cuando no, como una gran luz que habla a sus discípulos desde lo alto; pero también llega a aparecerse a sus discípulos como un niño o como un viejo, según la percepción de cada uno. Como expone E. Pagels en *The Gnostic Gospels* (1979):

– «Algunos gnósticos llamaban al hecho de interpretar literalmente la resurrección como “la fe de los necios”. La resurrección, según insistían, no era un acontecimiento extraordinario del pasado, sino que simbolizaba de qué forma la presencia de Cristo podía experimentarse en el presente.

Lo que tenía importancia no era una visión literal, sino espiritual».

Sobre la resurrección de Jesús se ha especulado mucho, es sin lugar a dudas el episodio del *Nuevo Testamento* que ha suscitado mayor polémica por las diferentes interpretaciones que ha provocado. Los *Evangeli*os no describen la resurrección como un suceso vivido por testigos, simplemente destacan que su tumba (un sepulcro excavado en la roca) estaba vacía; y la roca que cubría su entrada, retirada. El cadáver bien pudo ser robado, pero en estas últimas décadas se ha analizado la posibilidad de que Jesús sobreviviera a la crucifixión y que, una vez curado de sus heridas, huyera a otro país.

Hay que decir que la crucifixión era un tormento extremadamente cruel debido precisamente a su duración. En esta modalidad de ejecución la víctima era atada o clavada a la cruz por las manos y los pies. La intención del procedimiento consistía en prolongar la agonía del reo, que tardaba unos tres o cuatro días en fallecer. Hay que tener en cuenta que la ley mosaica prohibía dejar colgado a los reos en sábado, y que Jesús fue crucificado un viernes, cuando la festividad del sábado debía comenzar ese mismo día a la puesta del sol. De acuerdo con el *Evangelio de Juan*, a los dos salteadores que acompañaron a Jesús en su calvario se les provocó su rápido fallecimiento quebrándoles las piernas,

mientras que a Jesús, dándosele ya por muerto, no se le quebró las piernas, sino que uno de los soldados le asestó una lanzada en el costado, del que brotó al instante sangre y agua (19,33-35). Según los conocimientos médicos de hoy, el hecho de que manase sangre de la herida demuestra que en aquel momento estaba con vida. Otro detalle significativo es que ningún pasaje de los *Evangelios* mencione la palabra «cadáver» en relación con Jesús, y sí en el caso de Juan Bautista (*Mc* 6,29).

Jesús no fue enterrado en una fosa común, como cabría esperar en caso de que nadie hubiese ido a recoger su cuerpo; un tal José de Arimatea, que era discípulo secreto de Jesús, fue a pedir autorización para retirar su cuerpo a Pilato, quien se extrañó de que Jesús ya estuviese muerto (*Mc* 15,44). Los cuatro evangelistas coinciden en que fue José de Arimatea quien descendió y llevó el cuerpo de Jesús al sepulcro nuevo excavado en la roca –según *Juan*, con ayuda de Nicodemo–, y que un día y medio después, en la madrugada del domingo, había desaparecido. *Juan* dice que llevaron lienzos con aromas y unas cien libras de una mezcla de mirra y áloe (19,40-41). Sabemos por numerosos tratados médicos orientales que la mirra y el áloe se reducían a polvo para introducirlos entre las vendas con que, vuelta sobre vuelta, se envolvían las heridas. ¿Significa esto que Jesús fue bajado de la cruz y llevado al sepulcro con vida?

LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA

Resucitara o no Jesús, no cabe duda de que –salvo en reducidas facciones– en las esperanzas de los judíos no estaba que su *Mesías*, de quien esperaban que derrotase a todos los enemigos de Judea y restaurase el linaje de David, muriese crucificado como un delincuente, ni tampoco que resucitase de entre los muertos, evidencia que ha llevado a muchos investigadores a convenir en que el cristianismo no prosperó en Judea ni de las enseñanzas de Jesús y sus discípulos, sino entre los gentiles y en la diáspora, a partir de las enseñanzas de San Pablo, cuyos seguidores se llamaban a sí mismos «cristianos». Pablo, educado en el helenismo y cuya lengua natal era la griega, dirigió su ministerio a las ciudades paganas dominadas por la cultura griega como Atenas, Éfeso, Corinto, Antioquía, etc. Un estudioso bíblico comenta:

– *«Tenemos que admitir que había algo que, por un lado, ofendía a las ideas judías y, por el otro, se ajustaba a las ideas griegas. Espero que no se me interprete mal si digo que Cristo debía de parecerles un héroe a los griegos. Desde un punto de vista meramente histórico, el cristianismo es un enorme culto al héroe griego dedicado a un Mesías judío»* (V. D. Macchioro: *From Orpheus to Paul*, p. 203, 1930).

De las epístolas auténticas de Pablo se desprende claramente que la comunidad cristiana estuvo dividida desde el principio: entre los que querían mantener las tradiciones del judaísmo y los que, como Pablo (que rechazaba la circuncisión, a Jehová y a Moisés), querían una entidad totalmente nueva y cosmopolita. Pablo parece dar a entender que los judeocristianos más tradicionales vivían en Jerusalén. La tradición dice que se trata de la Iglesia de los apóstoles de Jerusalén, dirigida, según la opinión más común entre los estudiosos, por Santiago el *Justo* (el hermano de Jesús); con todo, como ya hemos demostrado, no hay ninguna prueba concluyente que corrobore esta creencia. En realidad, los datos de que disponemos inducen a pensar que en el siglo I toda la comunidad cristiana la formaban diferentes tipos de gnosticismo, y que el cisma entre ortodoxos y gnósticos no se produciría hasta mediados del siglo II o incluso antes.

Las Pseudoclementinas, un conjunto de homilías atribuidas a San Clemente (llamado Obispo de Roma h. 92-102), aunque se pone en duda su autoría, situarían los primeros enfrentamientos en la primera mitad del siglo II. En ellas se ataca vigorosamente a Pablo por «hereje desviado»; se acusa a Pablo de crear un evangelio herético; Pablo es considerado igual de peligroso que su

contemporáneo el archiereje Simón *El Mago*. Unos decenios después, a finales del siglo II, los cristianos eclesiásticos opinarían todo lo contrario, presentando a Pablo como bastión de la ortodoxia y cruzado contra los herejes gnósticos.

En el año 160, el obispo Melitón de Sardes fue a Judea para averiguar qué había sido de la legendaria Iglesia de Jerusalén; lo que encontró lo dejó consternado: un pequeño grupo de gnósticos judíos que se hacían llamar los «pobres» (*ebionim*). Los orígenes de este movimiento son oscuros. Sabemos, sin embargo, que fue el primero en ser tachado de herético y que todavía sobrevivía a finales del siglo IV en Palestina y Siria. Los «ebionitas» o «ebiones» (del hebr. ebion = pobre) se caracterizaban por su observancia de la ley mosaica (pero no ofrecían sacrificios), mantenían la costumbre judía de la circuncisión, eran vegetarianos y consideraban la pobreza una virtud. Respecto a su cristología, creían en la filiación divina de Jesús, pero que ésta radicaba en la misteriosa unión del Espíritu Santo con él en el bautismo. Esta unión lo hace Hijo de Dios y *Cristo*. De modo que los ebionitas afirmaban que Jesús fue engendrado por José (Ireneo: *Ad-versus Haereses*, III, 21), que su nacimiento fue natural, pues no entendían que el Espíritu Santo vino a María (*Adv. Haer.*, V, 1).

Eusebio (c. 265-339/340) de Cesarea (Palestina), conocido sobre todo como «el padre de la historia de la Iglesia», es el único autor que describe dos sectas con el nombre de ebionitas:

– *«Y es así que lo tenían por hombre simple y común, como hombre puro y virtuoso, nacido del comercio carnal de un varón y María; e imaginaban serles de todo punto necesario el culto de la ley, por no creer que pudieran salvarse por la sola fe en Cristo y por la vida conforme a la misma fe. Mas, aparte de éstos, había otros, que, aun llevando su mismo nombre, habían escapado a la extraña extravagancia de los susodichos, pues no negaban que el Señor hubiera nacido de la Virgen y el Espíritu Santo. Sin embargo, como tampoco éstos confesaban que preexistiera como Dios Verbo y sabiduría, venían a parar a la misma impiedad que los primeros, más que más que, al igual que aquéllos, ponían todo empeño en la observancia del culto corporal según la ley. Éstos pensaban que debían ser rechazadas todas las cartas del Apóstol, llamándole a éste apostata de la ley; y utilizando solamente el llamado Evangelio de los Hebreos, hacían poco caso de todos los demás. Observaban el sábado y seguían el resto de la conducta judaica, al igual que aquéllos, pero guardaban los domingos, poco más o menos como*

nosotros, en memoria de la resurrección del Señor» (Historia Eclesiástica, III, 27).

El *Evangelio de los Hebreos*, cuya antigüedad posiblemente se remonte al siglo I, es un evangelio perdido del que sólo se conservan unas pocas citas hechas por autores como Clemente de Alejandría, Orígenes, Eusebio de Cesarea y Jerónimo. El único punto conocido en que el texto difiere de los evangelios canónicos es la referencia al Espíritu Santo como madre de Jesús. No obstante, en otro fragmento dice de María que Jesús estuvo en su vientre durante siete meses. Según Clemente, dicho evangelio también citaba el *Timeo* de Platón. En tiempos de Jerónimo, la mayoría llamaba a este evangelio el «auténtico de Mateo», y se conservaba escrito en lengua hebrea en la biblioteca de Cesarea. Jerónimo (342-420), el traductor de la *Biblia* al latín, relata que lo tradujo del hebreo al griego y al latín, pero sus traducciones también se perdieron; quizás porque, como el propio Jerónimo explica en una carta a los obispos Chromatis y Heliodoro: «*Y fue efectivo que este libro ofreció un contenido no edificante, sino destructivo, y que este libro fue aprobado en un sínodo, lo que los oídos de la Iglesia se negaron a escuchar a propósito*». Actualmente se cree que el original fue escrito en griego por una comunidad judeo-cristiana de Egipto. El texto más antiguo que lo menciona es

Adversus Haereses, de Ireneo: «[Los ebionitas] utilizan únicamente el evangelio que es según San Mateo y rechazan al apóstol Pablo, llamándole apóstata de la Ley. / Pues los ebionitas, sirviéndose sólo del evangelio que es según San Mateo, se dejan persuadir por él y no piensan rectamente del Señor» (I, 26 / III, 11).

Además del *Evangelio de los Hebreos*, nos han llegado algunas citas del *Evangelio de los Nazareos* (especialmente en Jerónimo) y del *Evangelio de los Ebionitas* (sólo en el *Panarion* de Epifanio). Según los autores eclesiásticos, ambas obras mostraban un estrecho parentesco con el Mateo canónico. Cabe la posibilidad de que los nombres de estos evangelios sólo sean términos genéricos que hagan referencia a un único evangelio utilizado por judíos. Dado que sólo nos han llegado indirectamente unos pocos fragmentos de estos textos, resulta infructuoso intentar averiguar si se trata de un mismo evangelio o de varios.

A mediados del siglo II la mayoría de los cristianos ya la formaban gentiles en vez de judíos. La mayoría de los gnósticos (ya fueran gentiles o judíos) rechazaba por completo al dios judío Jehová, al que consideraba un «*demiurgo*» (del gr. *δημιουργός*, el «artífice» del mundo del *Timeo* de Platón) o un «dios de este mundo», y abogaba por la separación total entre el

cristianismo y el judaísmo. Maestros gnósticos como Marción (c. 85-c. 165) o Mani (216-277), ambos confesos seguidores de Pablo, de tal modo que consideraron su propia comunidad religiosa como la auténtica continuación de la tradición paulina, fracasaron en su intento de liberar a sus hermanos judíos de la tiranía de Jehová. Los maniqueos redactaron un tratado titulado *Antítesis*, probablemente con mucho en común con el perdido escrito *Antítesis* de Marción, en el que señalaron que las vidas de los patriarcas del *Antiguo Testamento* infringían los preceptos morales del *Nuevo Testamento*. Según el tratado maniqueo, Abraham tenía una amante y entregaba su esposa a los reyes extranjeros; Lot cometió incesto; David deseaba a la esposa de uno de sus generales; Salomón era polígamo; Oseas se casó con una prostituta por orden de Dios; y Moisés era un asesino.

Como decíamos, el cristianismo ya no representaba únicamente a una minoría del pueblo judío, ya que había ganado adeptos entre los no judíos del vasto Imperio romano; la evangelización de Pablo en el siglo I empezaba a dar sus primeros frutos. Según el testimonio de Celso, los cristianos se habían propagado por todas partes y se contaban por miles, creándose numerosas facciones, cada una de ellas deseosa de tener su propio territorio. Estas facciones –relata Celso– habían adquirido la costumbre de condenarse

mutuamente, de tal modo que tenían en común una sola cosa: el nombre de «cristianos». El citado testimonio de Celso pertenece a finales del siglo II (c. 170), época en que se produjeron los primeros enfrentamientos dialécticos entre gnósticos y ortodoxos. Analizando las críticas hacia su iglesia, el obispo Ireneo, que regentaba la iglesia de Lyon (en la Galia) hacia 180, escribió lo siguiente:

– «Nos llaman “no espirituales”, “vulgares” y “eclesiásticos” / Como no aceptamos sus monstruosas alegaciones, dicen que seguimos viviendo en las regiones inferiores, como si no pudiéramos elevar nuestras mentes hacia las cosas de lo alto ni comprender las cosas que hay allí» (*Adversus Haereses*, III, 15 / II, 16).

Ireneo es conocido sobre todo por la refutación del gnosticismo contenida en la importante obra en cinco volúmenes *Refutación y derrocamiento de la falsamente llamada gnosis*, de la cual quedan fragmentos griegos y una traducción latina citada bajo el título *Adversus haereses*, que comienza con su promesa de «exponer los puntos de vista de aquellos que están enseñando la herejía... para demostrar qué absurdas y contrarias a la verdad son sus afirmaciones» (*Adversus haereses*, PRAEFATIO). Ireneo se queja de que «cada uno de ellos genera algo nuevo cada

día» y lanza la acusación de que «se jactan de ser los descubridores e inventores de esta clase de ficción imaginaria» (citado en E. Pagels: *The Gnostic Gospels*, I, 1979). Desde su punto de vista, lo más ofensivo es que admiten que nada apoya sus escritos salvo su propia percepción o intuición. Su obra contra los gnósticos es la refutación de los herejes más antigua que se conserva. Sin embargo, se sabe que Justino Mártir ya había redactado una obra contra las herejías hacia el 150, que sospechosamente no ha llegado hasta nosotros.

Hasta los tiempos de Justino Mártir (c. 150) no tenemos constancia de la existencia de los primeros textos que hablan de Jesús. Justino llama a los documentos que conoce y que distan mucho de ser lo mismo que los cuatro evangelios canónicos «memorias de los apóstoles». Además en todas sus obras nunca nombra a Mateo, Marcos, Lucas o Juan. Tampoco da muestras de conocer los *Hechos de los Apóstoles*. Hay quienes creen que a partir de ahí lo que había sido un mito en todo el siglo I empezaría a interpretarse como la crónica histórica de un acontecimiento único en el tiempo. Al interpretarse así, nacería un tipo de religión totalmente nuevo: una religión basada en la fe ciega en supuestos hechos históricos, que no muestra el más mínimo interés por el contenido místico. J. Campbell opina:

– «*Mi definición favorita de la religión dice que es una mala interpretación de la mitología. Y la mala interpretación consiste exactamente en atribuir referencias históricas a símbolos que hablando con propiedad son espirituales*» (*An Open Life*, p. 76, 1988).

En el prólogo a una reciente edición de *Pagan Christs* (1903), Hector Hawton escribió:

– «*[...] nadie ha pretendido en serio que Adonis, Atis y Osiris fuesen personajes históricos [...] ¿por qué se hace una excepción, entonces, con el supuesto fundador del cristianismo?*».

El cristianismo no despegó realmente hasta que en el año 321 Constantino (272-337) pasó a ser el primer emperador cristiano. (Según los historiadores, la motivación de su conversión fue claramente política). A raíz de esto se otorgó al cristianismo el estatuto de igualdad con las religiones paganas del Imperio. La selección de los evangelios canónicos se realizó en el Concilio de Nicea (325). (Todas las traducciones actuales del *Nuevo Testamento* proceden de manuscritos posteriores al Concilio de Nicea). Los expertos creen que para entonces los cristianos ya habían escrito centenares de evangelios y tratados esotéricos diferentes, de entre los cuales la Iglesia de Roma seleccionó únicamente cuatro evangelios como Sagradas Escrituras.

Juan, el más enigmático de los cuatro, se incluyó en el *Nuevo Testamento* pese a cierta oposición de los ortodoxos, ya que muchos gnósticos lo utilizaban como fuente principal para la enseñanza gnóstica.

En el año 326 Constantino ordenaría buscar y destruir o confiscar la literatura de los herejes, es decir, aquellas obras cristianas y paganas que contradijeran la doctrina y la figura de Jesús predicada por la Iglesia. Finalmente, en el año 380, en el reinado de Teodosio (379-395), se declaró por decreto imperial que el cristianismo era la única religión que podía practicar una persona, dando a los ortodoxos el poder que necesitaban para eliminar de forma definitiva el antiguo paganismo y el gnosticismo, instaurándose así un periodo de más de mil años que acertadamente es conocido como «la Edad de las Tinieblas».

Si bien es cierto que la selección de los evangelios canónicos se realizó en el año 325 y fue ratificada en el 363, no debe pasarse por alto el hecho de que ya a finales del siglo II San Ireneo trató de canonizarlos, alegando que fueron escritos por discípulos y seguidores del propio Jesús, que presenciaron personalmente los hechos que describieron; pero, como apunta Elaine Pagels, «pocos creen hoy que los coetáneos de Jesús realmente escribieron los evangelios del Nuevo Testamento. Aunque Ireneo, defendiendo su legitimidad exclusiva, insistió

en que fueron escritos por los seguidores del propio Jesús, no sabemos tácitamente nada acerca de las personas que escribieron los evangelios que llamamos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan» (*The Gnostic Gospels*, p. 57, 1979).

Ya por aquel entonces, según el pagano Celso, el texto original de los *Evangelios* había sido en múltiples ocasiones objeto de alteraciones con la única intención de destruir los argumentos de sus críticos. El estudio minucioso de más de tres mil manuscritos antiguos ha mostrado que Celso tenía razón. Los estudiosos actuales han comprobado que, incluso, secciones enteras que ahora forman parte de casi todas las versiones del *Nuevo Testamento*, no se encuentran en ninguno de los primeros manuscritos. Por ejemplo, la versión original de *Marcos* no contenía ninguna palabra más allá del capítulo 16, versículo 8; y la de *Mateo*, no más allá del capítulo 28, versículo 15. Los capítulos que relatan el nacimiento de Jesús tampoco existían en el manuscrito primitivo de este último. También en *Lucas* se añadió la historia del nacimiento, además de los versículos finales que presentan al Jesús resucitado mostrando su «carne y huesos» y comiendo pescado. En *Juan*, la historia del escéptico Tomás es otro añadido para probar la resurrección corporal de Jesús. Los versos 7,53-8,11 correspondientes al pasaje de «la

mujer adúltera», y que sólo figuran en *Juan*, es otra adición.

Todas estas circunstancias llevaron a Orígenes, uno de los más influyentes teólogos del cristianismo primitivo (aunque fue condenado de manera póstuma por la Iglesia católica en el siglo V al recaer sobre él sospechas de herejía), a afirmar:

– «Hoy resulta obvio que existe mucha diversidad entre los manuscritos, lo cual es debido a la falta de cuidado de los escribas o a la audacia perversa de algunas personas que corrigieron los textos, o, también, al hecho de que hay quienes añaden o suprimen como les place y se erigen en correctores» (citado en G. Stanton: *Gospel Truth?*, p. 35, 1995).

Los ortodoxos se caracterizaban por su creencia religiosa basada en una interpretación literal de la *Biblia* y, ante todo, por su rígida imposición autoritaria de un credo común a todo el pueblo romano. Ambas facetas ya se encontraban en Ireneo, quien insistió en que sólo podía haber una iglesia, y que ésta tenía que ser *católica* (universal), fuera de la cual, declaró, «no hay salvación». Tras la conversión al cristianismo del emperador Constantino (s. IV), los obispos obtuvieron apoyo militar para combatir la herejía. Cualquier persona que negara a *Cristo* era desterrada de la sociedad romana o

silenciada de otra manera. La posesión de libros denunciados heréticos se convierte en un delito castigado con duras represalias: el destierro, la confiscación de bienes o la muerte. Es más, durante siglos la Iglesia católica impidió que nadie, salvo los clérigos (casi los únicos que sabían leer y escribir), leyera la *Biblia* por cuenta propia. A finales del siglo XVIII, ante la formación de las Iglesias protestantes, el Vaticano no tuvo más remedio que permitir su traducción y distribución para que cada lector tuviera la libertad de interpretarla según lo que ella le inspirase, tal como exigió el alemán Martin Luther (1483-1546) en el siglo XVI, quien, contribuyendo a precipitar la Reforma, nada hace pensar que pretendiera dividir la Iglesia y Europa creando una nueva religión cristiana, sino reformar la ya existente.

Ciertamente, son los vencedores los que escriben la historia a su manera. La historia tradicional del cristianismo no es más que la perspectiva de los vencedores en la batalla sectaria entre gnósticos y ortodoxos. Durante casi dos mil años la postura de la ortodoxia cristiana se ha aceptado de modo general como la verdad, debido a que logró eliminar la oposición y destruir numerosas pruebas. La represión a los gnósticos fue tal, que hasta el siglo XIX lo único que sabíamos de ellos procedía de las extensas obras de sus detractores. Ahora tenemos la posibilidad de leer a los gnósticos de su puño y letra, y

comprobar que lo que ya se conocía de Ireneo de Lyon, Clemente de Alejandría, Hipólito de Roma, Orígenes de Alejandría, Epifanio de Salamis (en griego) y Tertuliano de Cartago (en latín) era fundamentalmente correcto.

LOS DOCUMENTOS APÓCRIFOS

Pese a los decretos eclesiásticos que promulgaban la destrucción de ciertos escritos, algunos de éstos se salvaron, llegando a nuestros días con el apelativo de «apócrifos» (del gr. ἀπόκριφος = oculto, secreto) por referencia a la enseñanza esotérica o secreta de Jesús y, después, por extensión, a todos los escritos rechazados por la Iglesia, aunque algunos de éstos también reciben el nombre de «coptos» por hallarse en dicho idioma. (El copto derivaba de una combinación del egipcio y griego antiguo, que fue evolucionando en Egipto tras la invasión de los griegos venidos con Alejandro Magno en el año 332 a.C.) Hasta la fecha se tiene conocimiento de unos cincuenta documentos apócrifos que circularon en los primeros tiempos del cristianismo. Entre éstos encontramos abundantes evangelios, epístolas, apocalipsis y actas. De algunos de estos documentos sólo ha llegado hasta nosotros el título, y de otros tenemos sólo fragmentos. A diferencia de los evangelios canónicos, nadie se atreve a afirmar que los

evangelios apócrifos sean algo más que mitología.

En lo que se refiere a reliquias escritas, a finales de la primera mitad del siglo XX se sucedieron una serie de asombrosos descubrimientos arqueológicos de inestimable valor para el conocimiento del cristianismo y judaísmo primitivo.

El primero fue en diciembre de 1945, en el Alto Egipto, en una de las tumbas de un antiguo cementerio pagano, a unos quince kilómetros de la población de Nag Hammadi. Al parecer el descubrimiento se produjo cuando unos hermanos campesinos, cavando en busca de fertilizante natural, encontraron por casualidad una tinaja de terracota de unos sesenta centímetros de altura cerrada con una especie de plato pegado con pez. Dicha tinaja guardaba en su interior trece polvorientos libros manuscritos de papiro encuadernados en piel de cabra, los cuales, juntos, recopilaban unas cincuenta obras en copto, la mayoría de ellas desconocidas hasta entonces. (La madre de estos campesinos reconoció haber quemado muchos papiros – del código XIII – en el horno junto con la paja).

En la actualidad, estos trece libros son conocidos como «códices», y en su conjunto como «Biblioteca de Nag Hammadi», la cual es en su mayor parte toda una colección gnóstica que arroja una considerable luz sobre las enseñanzas secretas de varios de los principales movimientos del cristianismo

primitivo. Se tratan de traducciones coptas, probablemente hechas en el siglo IV, a partir de unos originales en griego, redactados en algún momento del siglo II los más antiguos (*Ev. de Tomás, Ev. de Felipe, Ev. de la Verdad...*), tal vez incluso –en el caso del *Ev. de Tomás*– en el siglo I. Parece ser que alguien del siglo IV tomó los libros prohibidos por la religión dominante (que se alió con el poder estatal) y, para evitar su destrucción, los ocultó en la jarra, que permanecería enterrada hasta finalmente ser descubierta dieciséis siglos después.

Entre las obras gnósticas encontramos extraños tratados esotéricos que llevan por título: *Evangelio de Tomás, Evangelio de Felipe, Evangelio de la Verdad, Diálogo del Salvador, Tratado de la Resurrección, Apócrifón (Libro Secreto) de Juan, Libro de Tomás, Interpretación de la Gnosis, Hipóstasis de los Arcontes*, etc. La otra parte la compone, por ejemplo, las obras paganas de Sexto, partes de *La República* de Platón, extractos del *Corpus Hermeticum*, etc. Éste último, tratado de índole herética, pertenece tanto a la filosofía griega como a la religión egipcia, cuyos escritos evidencian múltiples conexiones con el gnosticismo. Muchos de estos documentos no estaban bien conservados y únicamente se puede leer una traducción fragmentada. Los restauradores y los traductores han tenido que valerse de todos sus conocimientos y experiencia para

rellenar los huecos en la medida de lo posible.

No sabemos si todo el material está recuperado, puesto que los manuscritos se dispersaron por el mercado negro antes de que éstos atrajeran la atención de las autoridades egipcias y se incautaran de ellos. Actualmente, doce códices y medio se conservan en el Museo Copto de El Cairo, y la mayor parte del decimotercero en una caja fuerte de Zurich. En 1966, tras una larguísima serie de trabas políticas, litigios y luchas entre eruditos por ganar protagonismo, los manuscritos fueron traspasados a un grupo de eruditos para ser traducidos y publicados. En 1977 fue publicada en los Estados Unidos la primera edición (en inglés) del cuerpo completo de los manuscritos, es decir, treinta y un años después de su descubrimiento, debido, en gran parte, a por lo que el profesor Gérard Garitte de Lovaina calificó de «*rivalidades personales y pretensiones de monopolizar documentos que pertenecen sólo a la ciencia, es decir, a todos*» (citado en E. Pagels: *The Gnostic Gospels*, 1979).

En 1947, un año y medio después del descubrimiento de la biblioteca de Nag Hammadi, tres pastores encontraron unos manuscritos en las cuevas de la región de Qumrán (Palestina), situadas en el lecho de un río seco, en las cercanías del Mar Muerto. Poco a poco el mundo científico empezó a enterarse del descubrimiento, y se empezó a investigar

estas cuevas hasta localizar unos ochocientos pergaminos y papiros, además de un considerable número de monedas. Estos textos, popularmente conocidos como «Rollo del Mar Muerto», son –según la postura mayoritaria– compilaciones de los esenios, y datan aproximadamente del 250 a.C. al 68 d.C. En ellos se recoge toda la historia judía desde sus orígenes; hay textos bíblicos –los más antiguos conocidos hasta ahora– y textos no bíblicos. Su relevancia en relación con el cristianismo primitivo podría superar a la biblioteca de Nag Hammadi.

En 1956 se empezaron a publicar dichos manuscritos, pero a día de hoy continúan sin ser editados en su totalidad ya que sólo han visto la luz menos de la mitad. Los manuscritos del Mar Muerto deberían ser considerados un patrimonio de toda la humanidad y, como tal, ser accesibles para todos, sin embargo por ahora su traducción y publicación sigue dependiendo exclusivamente de una comisión presidida por entonces el cardenal Joseph Ratzinger, ahora Papa Benedicto XVI. Algunos investigadores sostienen que detrás de estos retrasos y la desaparición de algunos fragmentos hay intereses políticos de mantener en secreto parte del hallazgo.

De los miembros de la comunidad de Qumrán (varones judíos) hay que destacar que eran célibes y vegetarianos, que despreciaban las riquezas, que ves-

obligatoriamente túnicas blancas, que predicaban la renunciación, las ideas elevadas y la penitencia, que mantenían celosamente los preceptos de la Torá, que rechazaban el templo de Jerusalén y su culto, que realizaban baños bautismales y una comida ritual que incluía pan y mosto como elementos fundamentales, y que su mensaje consistía esencialmente en el anuncio de la inminencia del fin de los tiempos. (Flavio Josefo nos dice que la tercera secta judía más importante, después de los fariseos y los saduceos, son los esenios, quienes tienen la reputación de mayor santidad). Éstos son algunos de los hechos que han llevado a muchos investigadores a sospechar que Juan *Bautista* y Jesús pertenecieron a esta comunidad.

Antes de estos afortunados hallazgos arqueológicos, los eruditos conocían únicamente un puñado de textos gnósticos de primera mano, ninguno de los cuales se había publicado antes del siglo XIX. El primero apareció en 1769, cuando un turista escocés llamado James Bruce compró un códice copto en el Alto Egipto (la moderna Luxor). El Códice Bruce, que contiene *La Gnosis de la Luz*, no fue publicado hasta 1892. El Códice Askew, que contiene la *Pistis Sophia*, fue descubierto en Egipto por el doctor A. Askew (1773) y llevado a Londres en 1785, siendo publicado en lengua moderna por primera vez en 1851. Se rumorea que Askew compró este códice en

una librería anti- gna. En 1896 un egiptólogo alemán compró en El Cairo un códice copto, el Códice Akhim, que contiene tres evangelios de carácter gnóstico: el *Evangelio de María* (Magdalena), el *Apócrifon de Juan* (hallado también en Nag Hammadi) y la *Sabiduría de Jesús el Cristo*. De haberse hecho público estos hallazgos antes del siglo XIX, es casi seguro que los manuscritos hubiesen sido quemados por la Inquisición. En la actualidad, su lugar de conservación es Oxford, Londres y Berlín respectivamente.

Por último, también cabe mencionar, aunque todavía esté en proceso de edición, la biblioteca maniquea en copto desenterrada en Egipto en 1930, la cual consta de unas tres mil quinientas páginas de papiro del siglo IV d.C. en muy mal estado de conservación.

EL LEGADO DE LA FILOSOFÍA GRIEGA

Los gnósticos decían que el hombre residía en el exilio de un mundo imperfecto que lo aprisionaba y turbaba por medio de fuerzas malignas, siendo su única vía de liberación el reconocimiento de su separación con Cristo y el conocimiento espiritual de sí mismo. Sólo así el hombre conseguiría el retorno al Reino de la Luz, «allí donde la luz nace de sí misma» (afirmación que hace Jesús en el *Evangelio de Tomás*). Por lo pronto, *gnosis* suele interpretarse como un conocimiento absoluto

y liberador de la divinidad, que pretendían alcanzar los gnósticos para escapar de las leyes de este mundo y acceder a la salvación divina. En este sentido, son muchos los que ven en la *gnosis* la influencia de la antigua tradición hindú, budista o griega. Este aspecto esotérico, en el que la salvación es reservada únicamente a los poseedores de la *gnosis*, se opone al cristianismo que hemos heredado, para el que el mensaje de Jesús es universal y comprensible por todos.

El origen del gnosticismo es un antiguo enigma. Los primeros en investigar a los gnósticos fueron sus contemporáneos ortodoxos, que acusaron a éstos de deformar el mensaje cristiano al interpretar la doctrina cristiana en términos de la filosofía griega. En esto estuvo de acuerdo el historiador Adolf von Harnack (1851-1930), que basó sus investigaciones principalmente en las fuentes patrísticas. En 1894, Harnack afirmó, con una analogía médica, que el gnosticismo representaba «la helenización aguda del cristianismo», mientras que la evolución más lenta y moderada de la teología ortodoxa debía verse como su «helenización crónica». En 1898, el profesor Moritz Friedländer declaró que el origen del gnosticismo estaba en el judaísmo, y que los herejes a los que atacaron los rabinos en los siglos I y II eran gnósticos judíos. A principios del siglo XX, el filólogo Richard Reitzenstein (1861-1931) arguyó que el gnosticismo era ante todo un

movimiento precristiano y que el *Poimandres* (incluido en el Corpus Hermeticum en el s. III d.C.) era el primer documento estrictamente gnóstico no cristiano anterior a la predicación apostólica. Éstas y otras teorías han sido formuladas en el curso del tiempo y aún sigue viva la incertidumbre de cuándo, cómo y dónde se originó el gnosticismo.

Según San Ireneo, los gnósticos pretendían saber más de lo que se podía saber, pues olvidaban que Dios no era conocido por arbitrarias especulaciones, sino por su revelación en las *Escrituras*; y los condenaba por confeccionar una prenda nueva utilizando los trapos inservibles de la filosofía griega. Tertuliano, convertido al cristianismo ortodoxo c. 195, señalaba constantemente, antes de su conversión en 207 al gnosticismo inspirado por Montano, la inmensa e infinita superioridad de la revelación frente a la razón. Toda filosofía se convertía así para Tertuliano en inútil y perniciosa, pues nada tenía que ver con el cristianismo. Su convicción de que el gnosticismo partía de la tradición intelectual griega se convirtió en una acusación; esta tradición era para Tertuliano una verdadera locura, la mayor ignorancia, el origen de todas las herejías. San Hipólito (c. 160-c. 236), quien fue probablemente discípulo de San Ireneo, combatió el gnosticismo y, con su voluminosa *Refutación de todas las herejías* (c. 220), pretendió demostrar que todas las herejías derivaban de la filosofía griega.

En las antípodas del cristianismo ortodoxo se hallaba la filosofía pagana, para la cual la única religión verdadera era la religión filosófica. Orígenes, quien reconoció en el cristianismo la culminación de la filosofía griega, enseñaba a sus discípulos que la filosofía pagana era un manjar exquisito preparado para paladares refinados; en comparación, afirmaba que los cristianos «cocinan para las masas». El filósofo platónico Celso, en su crítica acerca del cristianismo, solía desestimar el nivel intelectual de los creyentes:

– *«Los cristianos rechazan a todo sabio de la doctrina de su fe y sólo llaman a gente necia y de condición servil»* (citado en Orígenes: *Contra Celso*, III, 18).

– *«La religión echa raíces en las clases bajas y continúa propagándose entre el vulgo: más aún, incluso puede decirse que se propaga debido a su vulgaridad, y al analfabetismo de sus adeptos. Y si bien hay unas cuantas personas moderadas, razonables e inteligentes que se inclinan a interpretar alegóricamente sus creencias, lo cierto es que prospera en su forma más pura entre los ignorantes»* (citado en R. J. Hoffmann: *Celsus on the True Doctrine*, p. 57, 1987).

El movimiento gnóstico, cuya doctrina esotérica quedaba reservada para una minoría preparada, atraía a personas de naturaleza

mística, que ante todo anhelaban la iluminación personal. Los maestros de la *gnosis* tachaban de ingenuos errores de interpretación creencias ortodoxas tales como que Jesús fue- se concebido por una virgen o que éste resucitara portando el cuerpo terrenal. También argüían que quienquiera que alcanzara la *gnosis* (el total conoci- miento experimental de uno mismo) se convertía «no en un cristiano, sino en un *Cristo*». Los gnósticos, que buscaban su propia dirección interior, rechazaban el mundo por considerarlo una distracción de la reali- dad espiritual. No era de extrañar, pues, que con el retrato ortodoxo se identificase más gente y que los propios gnósticos se caracterizasen a sí mismos como «los pocos» en relación con «los muchos». Finalmen- te, la fe ortodoxa acabó siendo impuesta bajo coac- ción, mientras que el gnosticismo era perseguido vi- gorosamente. El triunfo de la ortodoxia frente a se- mejante gnosticismo cuando menos era inevitable, llegando a nuestros días lo que conocemos por «ca- tolicismo romano» y todas sus variantes, a destacar: el protestantismo y la ortodoxia.

Como ya he comentado, en la Antigüedad el mito pagano del dios-hombre misterioso que muere y resu- cita era considerado una «alegoría mística que con- tenía un mensaje oculto»; partiendo de esta premisa y en el hipotético caso de que el cristianismo no fuese más que una continuación encubierta del

paganismo, tal como algunos investigadores vienen apuntando desde hace más de un siglo, lógicamente en su doctrina se ocultarían los misterios del dios-hombre pagano. Ante esta posibilidad y la curiosidad que esto suscita no podemos pasar por alto, probablemente, el aspecto más importante concerniente a la figura de Jesús: su mensaje.

CAPÍTULO II

AQUEL QUE BUSCA LA VERDAD, ES TAMBIÉN QUIEN LA REVELA

LA CONSCIENCIA

Conforme al *Apocalipsis*, esto dice el primero y el último, el que estuvo muerto y retornó a la vida (2,8); el que tiene la cortante espada de dos filos (2,12); el que tiene los siete espíritus de Dios (3,1); el que abre y nadie puede cerrar, el que cierra y nadie puede abrir (3,7); y el que está en el origen de las cosas (3,14):

– «*He de echarte en cara que has dejado enfriar el amor primero. Recuerda, pues, de dónde has caído; cambia de actitud y vuelve a tu conducta primera. Si no lo haces, si no te conviertes, vendré a ti y arrancaré tu candelabro de su puesto*» (2,4-5).

Leído esto, se abre el siguiente interrogante: ¿Hay algo de mí que no sepa y deba saber? Lo cierto es que si no sabes de dónde vienes, difícilmente sabrás quién eres y adónde vas. Los filósofos de la Antigüedad argüían que la respuesta a estos tres eternos interrogantes se hallaba en la propia mente, más concretamente en el archivo de ésta: la «consciencia» (del lat. *conscientia*). El sustantivo *scientia* procede del verbo *scire* («saber»); *conscientia* (cum + *scientia*) significa, pues, «con saber», y es la traducción

latina del anti- guo término griego *syneidesis*, compuesto de la pre- posición *syn* («con») y el sustantivo *eidesis* («saber», traducido a veces por «conocimiento»). Los grandes pensadores antiguos consideraron que el hombre no tenía plena consciencia y que, por tanto, su paso por este mundo era un tiempo de embriaguez, de sueño, de olvido y de ignorancia. Sólo mediante una conver- sión a su profundo Ser lograría despertar, recordar y conocer. La existencia humana corriente era conside- rada muerte espiritual; la resurrección, iluminación espiritual; y el hombre, un dios caído cuyo destino final era volverse a levantar, es decir, recobrar toda memoria de sus orígenes celestiales y volver a su morada celestial. Una autoridad moderna escribe:

– «*Sólo aquellos que se dan cuenta de que han estado viviendo en la ignorancia y que aprenden a liberarse a sí mismos descubriendo quiénes son experimentan la ilumina- ción como una nueva vida, como la resurrección*» (E. Pagels: *The Gnostic Gospels*, V, 1979).

A este respecto es bien ilustrativo lo que dice el *Corpus Hermeticum*, publicado por primera vez en el siglo XVI, el cual –no en su conjunto pero sí de forma fragmentaria– refleja el espíritu gnóstico:

– «No es el hecho de nacer lo que es la vida, sino la consciencia, y no es el cambio la muerte, sino el olvido» (De Hermes Trismegisto a Tat, 18).

Numerosas tradiciones más antiguas que el cristianismo, tales como el hermetismo, el hinduismo, el pitagorismo, el orfismo, el órfico-pitagorismo, el budismo, etc. (todas ellas destinadas a círculos de iniciados, aunque tendieron a propagarse y a distorsionarse), han insistido (además de en la inmortalidad del alma y en la reencarnación) en que la salvación estaba en el conocimiento interior y que únicamente los despiertos podrían salir del ciclo de la reencarnación y recibir el reino de los cielos; por el contrario, quienes viven en el olvido, permaneciendo inconscientes de su propio Ser, serían atraídos de nuevo a la encarnación física, una y otra vez. El propósito del iniciado, lógicamente, era despertar, resucitar de entre los muertos, salir de este estado parecido a la muerte y tomar consciencia de su propia dimensión superior espiritual. Así pues, la finalidad de la iniciación no consistía en aprender algo mediante el estudio y la memorización de libros, sino en experimentar un estado alterado de la consciencia, lo cual llevaba al *éxtasis*.

Es posible que el término «*éxtasis*» (del griego ἔκστασις) fuera introducido en el

vocabulario cristiano por Tertuliano (*Adversus Marcionem*, IV, 22). Tertuliano declara deberlo a los griegos. *Éxtasis* significa «fuera de la propia razón por gracia divina». La mística helenística pagana entendía por *éxtasis* «el abandono de los lazos que unen el alma a lo material, y el traslado de la misma a una región en que se pone en presencia directa de Dios». La meta del iniciado se convierte así, en un estado caracterizado por la suspensión del ejercicio de los sentidos que permite alcanzar el último grado de la contemplación, el grado en que cesa toda operación de las potencias inferiores: la perfecta contemplación.

El *Evangelio de Tomás* es una colección de ciento catorce «*logion*» (proverbios y diálogos cortos) introducidos generalmente por la fórmula «Jesús dijo». Fue encontrado en la biblioteca copta de Nag Hammadi, aunque ya se conservaba unos cuantos fragmentos de la versión original griega, descubiertos por los arqueólogos medio siglo antes en la antigua ciudad egipcia de Oxyrhynchus. El texto empieza diciendo: «*Estas son las palabras secretas que pronunció Jesús El Viviente y que fueron anotadas por Dídimo Judas Tomás*». Casi todos los eruditos bíblicos están de acuerdo en que este evangelio es, de los que hoy se conservan, probablemente, el más antiguo y el que recoge con mayor fidelidad y sin agregados mítico-legendarios las palabras dichas por el Jesús histórico. (El

texto utiliza con frecuencia la palabra griega *mo-najos*, que significa «solitario» o «solo», para referirse a los gnósticos). En el *Evangelio de Tomás*, cuando los discípulos de Jesús dijeron a éste que veinticuatro profetas habían hablado de él en Israel, Jesús les respondió: «*Habéis olvidado a aquel que está vivo en vuestra presencia y habéis hablado de los que están muertos*» (52). Y cuando sus discípulos le dijeron «dinos quién eres, para que creamos en ti», él les dijo: «*Conocéis la faz del cielo y de la tierra, y a aquel que está en vuestra presencia no lo conocéis, y, en este momento, no sabéis conocerlo*» (91).

Estas palabras del Jesús gnóstico reflejan perfectamente el pensamiento universal de que Dios habita en el interior de cada uno de nosotros; de ello, como consecuencia natural, se deduce que es en nuestro interior donde debemos buscar. Recorrer esta senda solitaria de autodescubrimiento a nivel espiritual se conoce en términos como «resucitar», «despertar», «levantarse»..., siendo, por consiguiente, el conocimiento de Dios o el de uno mismo el vehículo de la salvación. Ya sea en el gnosticismo o en numerosas tradiciones anteriores al mismo, este conocimiento es el único medio del que dispone el hombre para desprenderse de la materia y del mal en que se halla inmerso, y así poder ascender hasta la pura espiritualidad de Dios hallada dentro de sí mismo. Sirvan algunos ejemplos para apoyar este comentario:

– «*Quien posee esta gnosis descubre de dónde viene y adónde va. Entiende como alguien que se emborrachó y que se ha sacudido su borrachera volviendo a sí mismo*» (Evangelio de la Verdad, 13).

– «*Conocerse a uno mismo es la mayor de todas las disciplinas; porque cuando un hombre se conoce a sí mismo, conoce a Dios*» (Clemente: El Pedagogo, III, 1).

– «*El término “mística” deriva del griego myein, que significa “cerrar los ojos”; lo cual indica ya dónde tiene lugar la experiencia del místico: en la mente, tras los ojos cerrados*» (Otto A. Böhm: Sofies Lexikon, 1997).

– «*Mientras estamos en este mundo es conveniente esforzarse por conseguir levantarnos, a fin de que al ser despojados de la carne nos encontremos en el reposo y no vamos en la transición*» (Evangelio de Felipe, 64).

– «*Aquellos que dicen que morirán primero y luego resucitarán están equivocados. Si no reciben primero la resurrección mientras viven, cuando mueran no recibirán nada*» (Evangelio de Felipe, 90).

– «*¡Feliz quien llega a darse la vuelta en sí mismo y despierta!*» (Evangelio de la Verdad, 27).

– «*Jesús dijo: “Fijad vuestra mirada en El Viviente mientras estáis vivos, no sea que luego muráis e intentéis contemplarlo y no podáis”*» (Evangelio de Tomás, 59).

– «*Si aprendes a conocerte como hecho de luz y vida, y si aprendes que éstos son los elementos que te constituyen, retornarás a la vida*» (*Corpus Hermeticum*, Libro I, Tratado I: *Poimandres*, 21).

Dentro del movimiento cristiano primitivo eran pocos los que se autodenominaban «gnósticos», si bien los Padres de la Iglesia expandieron este término para referirse a todas las sectas cristianas que compartían el énfasis puesto en el «conocimiento» como medio para obtener la salvación. Pero este conocimiento salvífico no debe entenderse como un conocimiento racional: «*La lengua griega establece una distinción entre el conocimiento científico o reflexivo (él conoce o sabe matemáticas) y el conocimiento a través de la observación o la experiencia (él me conoce), que es la gnosis*» (E. Pagels: *The Gnostic Gospels*, INTRODUCTION).

EL MUNDO

Según San Ireneo, los errores capitales de los falsos conocedores (los gnósticos) eran el pretendido carácter esotérico de los evangelios, la fantástica multiplicidad de realidades intermedias entre el reino de Dios y el mundo, y, tal como explicaremos a continuación, la distinción entre el Dios supremo y el Creador (*demiurgo*). Maestros gnósticos como Simón, Marción, Valentín, Carpócrates,

Basíledes o Mani estimaron que la materia (el mundo y la carne) era el antagonista del espíritu, un obstáculo para el conocimiento interior de uno mismo y, por tanto, el principio de todo mal; razón por la cual es característico del gnosticismo en general la idea no sólo de un dios bueno, contenido en sí mismo y en reposo, sino también, como principio del mal, la de un dios de rango inferior, opresivo, vengativo y justiciero, creador del mundo y del hombre, identificado a menudo con el dios del *Antiguo Testamento*. «Con engreimiento –expone Tertuliano–, los desvergonzados marcionistas se dedican a destruir la obra del Creador: “Sin duda”, dicen, “un gran trabajo y digno de su Dios es este mundo”» (*Adversus Marcionem*, I, 13). Asimismo Ireneo explica: «Decir que el mundo es un producto de la degradación y la ignorancia es la mayor de las blasfemias» (*Adversus Haereses*, II, 3). Esta ignorancia, que los gnósticos atribuyen al *demiurgo* y que está sobre todo relacionada con las cosas que se encuentran por encima de él, no es total, éste tiene al menos una idea incorrecta y deformada de la realidad superior. No siendo ni el Dios supremo ni el *diabolo* (según Ireneo, también llamado por los valentinianos «regente del mundo»: *cosmocrator*), el hacedor de este universo no es ni tan bueno como el primero ni tan malo como el segundo; por lo tanto, situado en un rango intermedio entre los dos, es llamado «principio

intermedio». Este dios menor es (según Simón, Marción, Valentín y otros) conocido por su creación, en la cual se revela su naturaleza. El otro es el dios oculto, desconocido, trascendente e impredecible, al que Basílides llama «el No Existente». Esta doctrina establece que el verdadero dios, estrictamente transmundoano, y que por tanto es el desconocido, no participa ni tiene repercusión en el universo físico.

Para Marción, la justicia y la bondad no pueden encontrarse reunidas en un mismo dios, razonamiento que lo lleva a su antítesis final y más importante: la del dios «justo» y el dios «bondadoso». El dios justo es el de la Ley, Yahvé; el dios bondadoso y desconocido, el revelado en el *Evangelio*. Según San Pablo, este *Evangelio* está velado para los incrédulos, «cuyo entendimiento cegó el dios de este mundo» (2 Co 4,4).

Platón ya había hablado de un obrero o artífice de los sentidos, que tomó la materia con el fin de introducir algún orden y formar el universo, y de uno de los cielos. En algunas interpretaciones del platonismo la materia se identifica con el «No-Ser», el cual se presenta a los sentidos y siempre cambia, frente al «Ser» que verdaderamente existe, pero que se halla oculto por la apariencia de las cosas. Esta doctrina de Platón, que ha sido objeto de muchas discusiones, parece haber sido desarrollada, o al menos fue adoptada, por los gnósticos, para quienes todo el propósito

de la salvación es escapar de este mundo material. Un rasgo común de los sistemas gnósticos es la consideración de que la verdad no llegó al mundo desnuda, sin mezcla, pura, sino que vino mancillada por la materia, vestida con imágenes engañosas. Para el gnóstico el mundo era una apariencia, una ilusión, un velo que impedía la visión del Bien, identificado con el Ser, con lo verdadero. Al considerarse que el Bien y el Ser eran la misma cosa, se acabó concibiendo el mundo como la privación o la ausencia del Ser. El Ser aparece entonces como una luz santa que ilumina y disipa la ilusión del mundo, permitiendo conocer la realidad tal como verdaderamente es. Por esta razón, al preguntar los discípulos a Jesús cuándo vendría el reino, su contestación fue: *«No vendrá con una espera. No se dirá: ¡Helo aquí! o ¡helo allí!, sino que el reino del Padre está extendido sobre la tierra y los hombres no lo ven»* (Evangelio de Tomás, 113).

En toda la especulación gnóstica, conocer y amar son una misma cosa: conocer a Dios es ya, por sí solo, amarlo. Conviene tener bien presente esto, pues en lo que se refiere a la creación del mundo, la especulación gnóstica más corriente sostiene que lo que había en el principio era el absoluto predominio del Amor, es decir, el conocimiento de Dios, el cual, a consecuencia de un error o fracaso divino, languideció, disminuyó en esplendor, siendo ésta la causa del origen del mundo y de los

seres individuales, a la vez que del mal. La tendencia a identificar la materia con el No-Ser y con el mal, en constante oposición al espíritu o éter (el Ser), es un tema capital de la especulación gnóstica, del cual deriva una aversión al mundo, a la concupiscencia de la carne, y por ende a la propia carne, y a su creador. Todo esto se puede apreciar en los siguientes ejemplos:

– *«Jesús dijo: “Si no ayunáis del mundo, no encontraréis el Reino”» (Evangelio de Tomás, 27).*

– *«Jesús dijo: “Aquel que se encuentre a sí mismo, el mundo no es digno de él”» (Evangelio de Tomás, 111).*

– *«El espíritu es quien da la vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida» (Jn 6,63).*

– *«Os digo esto: proceded según el espíritu, y no deis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí tan opuestos, que no hacéis lo que queréis» (Ga 5,16-17).*

– *«El mundo fue creado por culpa de una transgresión, pues el que lo creó quería hacerlo imperecedero e inmortal, pero cayó y no pudo realizar sus aspiraciones» (Evangelio de Felipe, 98).*

– *«El mundo no fue hecho por el primer Dios, sino por un poder que se hallaba muy*

lejos y separado de la fuente del ser y no sabía siquiera de la existencia del Dios que se eleva sobre todas las cosas» (Cerinto citado en Hans Jonas: *The Gnostic Religion*, 2ª parte, 6a, 1958).

También podríamos decir tres cuartos de lo mismo sobre la doctrina hermética, que enseña:

– *«Aquél que se reconoce a sí mismo alcanza el sumo bien, mientras que quien ha amado al cuerpo surgido a causa del error del amor, ése, permanece errante en la oscuridad sufriendo en sus sentidos las cosas de la muerte»* (Poimandres, 19).

– *«La fuente de la cual procede el cuerpo individual es la lúgubre oscuridad»* (Poimandres, 20).

– *«Pues el cosmos es la totalidad del mal de la misma forma que Dios es la totalidad del bien»* (Corpus Hermeticum, Libro I, Tratado VI: *El bien sólo existe en Dios y en ninguna otra parte*, 4).

A pesar de lo que se relata en Mt 12,46-50, la imagen tradicional que tenemos de Jesús no se corresponde a la de un hombre que rechazara «los lazos de sangre» que le unían a su madre y a sus hermanos; imagen que sí parecían tener los gnósticos, cuya doctrina queda determinada por la hostilidad hacia el mundo y el desprecio a todos los lazos

mundanos. A este principio podrían obedecer los siguientes dichos de Jesús según el *Evangelio de Tomás*:

– «*El que no odie a su padre y a su madre no podrá ser mi discípulo, y el que no odie a sus hermanos y a sus hermanas y no lleve su cruz como yo no será digno de mí*» (55).

– «*Estos que están aquí y hacen la voluntad de mi Padre, éstos son mis hermanos y mi madre; son los que entrarán en el reino de mi Padre*» (99).

– «*Quien no odia a su padre y a su madre como yo, no puede ser discípulo mío. Y quien no ama a su padre y a su madre como yo, no puede ser discípulo mío. Porque mi madre [me dio muerte], pero [mi] verdadera [madre] me dio vida*» (101).

– «*El que conozca al padre y a la madre será llamado hijo de prostituta*» (105).

Más de dos terceras partes de los dichos del *Evangelio de Tomás* los encontramos reflejados en los evangelios de *Mateo* y *Lucas*, incluso los que acabamos de mostrar:

– «*Y si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo*» (Lc 14,26).

EL DAEMON

Uno de los principales temas de discusión que han ocupado el lugar central de la teología cristiana ha sido el de cómo *Cristo* podía ser humano y divino al mismo tiempo. Los maestros de los misterios paganos enseñaban que todo ser humano tiene un yo inferior encarnado llamado «*eidolon*» y un yo superior espiritual llamado «*daemon*». A los iniciados se les enseñaba que el *eidolon* (el yo clavado a la cruz de la materia) es el yo falso, y que el *daemon* (el discípulo y maestro de sí mismo) es el yo verdadero. Según esta antigua doctrina pagana, cuyo exponente más famoso es el filósofo griego Sócrates, el *eidolon* representa la muerte del *daemon*, y viceversa. El filósofo griego Heráclito (c. 544-c. 480 a.C.), del que nos ha llegado citas, referencias y comentarios debidos a varios autores, dijo: «*El mortal es inmortal y el inmortal es mortal; mientras uno está vivo el otro está muerto, y cuando uno está muerto el otro está vivo*» (citado en C. H. Kahn: *The Art and Thought of Heraclitus*, p. 71, 1979). Esta doctrina parece también ser formulada en el *Evangelió de Tomás*: «*Dos descansarán en un lecho: uno morirá y el otro vivirá*» (61). De ahí el dualismo de la materia y la conciencia, que se expresa en la fórmula: «*La materia es necesidad; la conciencia es libertad*».

Existe una versión gnóstica de la antigua doctrina pagana del *daemon/eidolon* conocida como «docetismo» (de doceta, del gr.

δοκηταί = aparentar, parecer). Esta nueva versión cristiana fue presentada por sus detractores durante siglos como una herejía según la cual en *Cristo* no hubo naturaleza humana, y que su cuerpo carnal no era real, sino aparente e ilusorio, por lo que nunca dejó de ser completamente divino, dando por sentado que el sufrimiento y la muerte de Jesús en la cruz lo fueron únicamente en apariencia. Una vez más, al interpretar literalmente lo que decían los gnósticos, los ortodoxos demostraban su afán desmedido por tergiversar conscientemente sus enseñanzas. He aquí algunas referencias cifradas a la visión ilusionista de Jesús en la cruz:

– «*Oísteis decir que sufrí, pero no sufrí. Uno que no sufrió fui yo, pero sufrí. Uno al que atravesaron fui yo, pero no fui maltratado. Uno al que ahorcaron fui yo, y, pese a ello, no fui ahorcado. La sangre manó de mí, pero no manó*» (*Hechos de Juan*, 97-102).

– «*Yo no sucumbí como ellos planeaban; no he muerto en la realidad sino en la apariencia, pues fue otro el que bebió la hiel y el vinagre; fue otro, Simón, quien llevó a espaldas la cruz; a otro pusieron la corona de espinas; mientras tanto, yo me burlaba en las alturas y me reía de su ignorancia*» (*Segundo Tratado del Gran Set*, citado en *The Nag Hammadi Library*, p. 365, 1978).

– «*Aquel a quien viste contento y riendo en lo alto de la cruz es el Jesús Viviente. Pero*

aquel en cuyas manos y pies están clavados los clavos es su parte carnal, el sustituto, expuesto a la vergüenza, que nació a semejanza suya. ¡Míralo a él y mírame a mí!» (Apocalipsis de Pedro, 2ª VISIÓN: LA CRUCIFIXIÓN).

Como puede apreciarse en esta interpretación que muchos cristianos primitivos dieron a la pasión de *Cristo*, el llamado «docetismo» se sustentaba en la creencia de que aquel que conociese los misterios de la luz descubriría en sí mismo dos hombres: el renovado por la gracia del espíritu, y el ruinoso, víctima del pecado; el eternamente enamorado, libre y feliz, y el que vive una vida llena de miserias, peligros y lamentos; el que conoce a Dios, aquello que nunca cambia, y el que conoce lo ilusorio del mundo, que las cosas son transitorias. El iluminado sabe que debe aborrecer al segundo para recuperar al primero. En el *Nuevo Testamento*, especialmente en San Pablo, estos dos principios antagonistas del alma humana reciben el nombre de «hombre nuevo» o «hombre interior» y «hombre viejo» o «hombre exterior».

Ireneo, conocedor de la interpretación valentiniana de la pasión de *Cristo* –según la cual, solamente la naturaleza humana de *Cristo* experimenta sufrimiento, mientras que su naturaleza divina trasciende del mismo–, declara que «si alguien supone que había dos naturalezas en *Cristo*», la que sufrió era cierta-

mente superior a la que se libró del sufrimiento, «sin recibir heridas ni insultos».

De Heráclito (filósofo de Éfeso que recibió el sobrenombre de «el oscuro» por su impenetrable sabiduría expresada sólo para los pocos) nos han llegado unos ochenta fragmentos, cuya autenticidad, ordenación e interpretación se ha discutido mucho. En vista de estos fragmentos, en la época moderna se insistió en considerarlo como «el filósofo del cambio». Las ambigüedades del filósofo griego se prestan a cavilaciones y conjeturas, en sentencias breves y doctrinales del tipo:

– *«El hombre se enciende él mismo una luz en la noche cuando ha muerto y, sin embargo, vive»* (citado en Otto A. Böhmmer: *Sofies Lexikon*, 1997).

– *«Camino arriba, camino abajo, uno y el mismo»* (citado en Otto A. Böhmmer: *Sofies Lexikon*, 1997).

– *«Y lo mismo existe en nosotros como vivo y muerto, como despierto y dormido, como joven y viejo; pues lo último es, tras haber cambiado, lo primero, y lo primero es, tras haber cambiado, lo segundo»* (citado en la 5ª ed. de Diels-Kranz: *Die Fragmente der Vorsokratiker*, B88).

– *«Para Dios todas las cosas son bellas, buenas y justas, pero los hombres han tomado algunas cosas como injustas, y otras como justas»* (citado en C. H. Kahn: *The Art and Thought of Heraclitus*, p. 61, 1979).

Uno de los ritos de iniciación más importantes en los misterios paganos era el llamado «matrimonio sagrado», el cual simbolizaba la unidad mística entre el *eidolon* y el *daemon*. Dicha unión debía realizarse aquí abajo, en el mundo, como anticipación a la unión definitiva en el plano espiritual. Así, el *eidolon* no queda propiamente hablando muerto o eliminado, pero sí iluminado o transfigurado, es decir, convertido en un *daemon*, su doble celestial, de quien fue separado por la caída. De ahí las palabras de Jesús: «*Aquel que beba de mi boca, vendrá a ser como yo; y yo me convertiré en él, y lo que está oculto le será revelado*» (Evangelio de Tomás, 108).

De esta antigua doctrina pagana parece provenir la creencia gnóstica de que la redención tiene lugar en la cámara nupcial:

– «*El Señor le dijo: “Felipe, he aquí que mi cámara nupcial está dispuesta, y feliz aquel que tiene su vestidura brillante, porque él es el que recibe la corona de la alegría sobre la cabeza”*» (Hechos de Felipe, 29).

– «*Jesús dijo: “Muchos están ante la puerta, pero son los solitarios los que entrarán en la cámara nupcial”*» (Evangelio de Tomás, 75).

– «*La cámara nupcial, que es el Santo dentro del Santo, permanece oculta*» (Evangelio de Felipe, 125).

– «*Todos los que entren en la cámara nupcial irradian luz, pues ellos no engendran como los matrimonios que [...] actúan en la noche*» (Evangelio de Felipe, 131).

La antigua enseñanza gnóstica «*Yo soy tú y tú eres yo, y donde tú estás yo estoy, y en todas las cosas me hallo disperso*» (fragmento del *Evangelio de Eva* conservado por San Epifanio en *Haereses*, XXVI, 3) se basaba en la convicción de que en la realidad subyacente existía la percepción de que todo estaba entrelazado, porque todo era uno; para ser más exactos, uno mismo. El propósito del iniciado en los misterios era despertar en sí mismo una experiencia sublime de este hecho. Según esto, todo lo existente deriva a partir de una unidad original, que es el Ser absolutamente uno con todo, espiritual, inefable, fuera del tiempo y del espacio, luz pura que ningún ojo puede ver y que sólo el silencio nombra; esta unidad trascendente y eterna fue denominada «El Uno», «El Padre», «Unidad Suprema», «Unidad de los Contrarios», «*Pleroma*» (Plenitud), «El Todo», «*Pneuma*» (Espíritu), «*Mónada*» (Unidad), «*Cristo*» (Ungido), «*Logos*» (Verbo), etc. Esta revelación de la verdad de Dios se produce al resucitar el *daemon* mediante la muerte mística del *eidolon*, o lo que es lo mismo, al unir el *eidolon* con el *daemon*, porque cuando se hacen uno solo es cuando tiene lugar la

iluminación total. Cuanto más cerca se está del *daemon*, más imponente es la visión del conocimiento de uno mismo; de tal manera que cuando Mateo le pide a Jesús que le muestre «el lugar de la vida», éste le responde: «Cada uno [de vosotros] que se haya conocido a sí mismo lo ha visto» (*Diálogo del Salvador*, citado en *The Nag Hammadi Library*, p. 233). Otro texto gnóstico, cuyo autor permanece en el anonimato, formula: «¿Eres tú, el tú real, mera corrupción? [...] ¿Por qué no examinas tu propio ser y ves que has resucitado?» (*Tratado de la Resurrección*, citado en *The Nag Hammadi Library*, p. 53).

Aunque parezca que cada persona tiene su propio *daemon*, el iniciado que ha logrado la iluminación hasta su más alto nivel descubre que en realidad hay un único *daemon* universal compartido por todos, lo que significa que todas las almas son en realidad una única alma: Dios. Por lo tanto, conocerse a sí mismo no es sólo conocer a Dios, sino también convertirse en Dios; así lo manifiestan o parecen expresar las siguientes citas:

– «Este es el fin bienaventurado que aguarda a los que poseen el conocimiento: tornarse Dios» (*Poimandres*, 26).

– «Esfuézate por ascender a ti mismo, recogiendo todos los miembros de tu cuerpo dispersos en la multiplicidad y separados de

aquella unidad que una vez abundara en la grandeza de su poder» (Porfirio: Adv. Marc., X).

– «Viste el Espíritu, te convertiste en Espíritu. Viste a Cristo, te convertiste en Cristo. Viste [al Padre, te] convertirás en Padre. Así en el mundo [...] miras todo y [...] no te ves a ti mismo. Pero allí sí te verás. Pues lo que ves, en eso te [convertirás]» (Evangelio de Felipe, 45).

– «Jesús dijo: “Que aquel que busca siga buscando hasta que encuentre. Cuando encuentre, se turbará. Cuando se turbe, quedará maravillado, y gobernará sobre EL TODO”» (Evangelio de Tomás, 2).

– «El que tenga oídos que escuche: en el interior de un hombre de luz (daemon) hay siempre luz, y él ilumina EL TODO; sin su luz reinan las tinieblas» (Evangelio de Tomás, 24).

– «Jesús dijo: “Yo soy la luz que está sobre todos ellos. Yo soy EL TODO: EL TODO ha salido de mí, y EL TODO ha llegado a mí. Hendid la madera: yo estoy allí. Levantad la piedra y allí me encontraréis”» (Evangelio de Tomás, 77).

– «Aquel que ha encontrado las palabras de estos misterios en la verdad de Dios, ese hombre es el primero en la verdad, y es igual a Él, por esas palabras y misterios. Y hasta EL TODO se pondrá en pie ante el primero; porque aquel que ha encontrado las palabras de estos misterios está en igualdad con el primero. Esto es la Gnosis, el conocimiento

del Inefable, en la que os hablo hoy a vosotros» (Pistis Sophia, 254).

– *«El Perfecto se contempla a sí mismo en la luz que lo rodea» (Libro Secreto de Juan, III, 1).*

Los herméticos manifestaban que la verdadera naturaleza del hombre era espiritual; así consta en un antiguo adagio hermético, que dice: *«¿Acaso no sabéis que sois dioses?»*. Citando al político y filósofo romano Cicerón (106-43 a.C.), *«Sepas, pues, que eres un dios» (La República, VI, 17)*. Clemente de Alejandría, un venerado Padre de la Iglesia y contemporáneo de Ireneo, enseñaba a sus discípulos que el verdadero gnóstico *«ya se había convertido en Dios»* (citado en S. Angus: *Mystery Religions*, p. 106, 1925). Incluso las *Escrituras* dejan caer que Jesús, a punto de ser apedreado por un grupo de judíos al afirmar que él y el Padre eran uno, dijo: *«¿No está escrito en vuestra Ley: Yo he dicho: dioses sois?» (Jn 10,34)*.

LA TRINIDAD

El *Evangelio de Juan* empieza diciendo: *«En el principio era el Logos, y el Logos era con Dios, y el Logos era Dios. Éste era en el principio con Dios» (1,1-2)*. El concepto del *«Logos»*, que traducimos por *«verbo»*, *«palabra»*, *«inteligencia»*, *«razón»*, etc., es totalmente ajeno al judaísmo y deriva

enteramente de los misterios paganos. Este concepto tiene al menos 4.500 años, ya que se encuentra en los antiguos textos de las pirámides de la III dinastía de Egipto, la antigua tierra de los misterios. En la Antigüedad, los sacerdotes egipcios fueron vistos como poseedores de una sabiduría, oculta al resto de la humanidad, que les había sido transmitida por el dios egipcio Toth, a quien, posteriormente, los griegos identificaron con el dios Hermes y, en algunos casos, con el epíteto *Trismegisto*. Si bien es cierto que según este legendario sabio, al que los egipcios divinizaron y algunos autores antiguos consideraron como el padre de la sabiduría, el Logos es el Hijo de Dios, entonces el *Evangelio de Juan* también podría empezar así: «*En el principio era el Hijo, y el Hijo era con Dios, y el Hijo era Dios*».

Esto es en realidad una antigua doctrina pagana que propusieron sabios tales como Heráclito, que, ya en el siglo VI a.C., había escrito: «*El Padre y el Hijo son el mismo*» (citado en K. S. Guthrie: *Orpheus and Greek Religion*, p. 227, 1952). Clemente de Alejandría (c. 150-c. 215) escribió: «*El Hijo es la consciencia de Dios. El Padre sólo ve el mundo tal como se refleja en el Hijo*» (citado en W. R. Inge: *Christian Mysticism*, p. 87, 1899). Desde esta perspectiva, el tratamiento del misterio del Hijo, lejos de estar expresado en términos históricos, se revela como un principio filosófico eterno. Asimismo Orígenes,

considerado en vida cristiano ortodoxo, aun siendo sus enseñanzas una continuación de las de su maestro *Clemente de Alejandría*, dijo: «*El Padre no engendró al Hijo, sino que lo engendra constantemente*» (citado en J. Stevenson: *A New Eusebius*, p. 204, 1957).

El famoso periodista y escritor Andreas Faber-Kaiser (1944-1994), quien no creyó que Jesús fuese la segunda persona de la Santísima Trinidad, explicó:

– «*La doctrina de la Trinidad implica necesariamente la completa igualdad en todos los aspectos de las tres personas que la componen, porque si hubiera alguna desigualdad entre ellas que significara superioridad de una sobre las otras dos, éstas no podrían ser Dios. [...] Incluso un somero estudio de los Evangelios y las Epístolas revelan que, respecto a los atributos de los que hay constancia, el Padre es supremo y, por parte de Jesús, hay una renuncia a tales atributos*» (*Jesús vivió y murió en Cachemira*, p. 229, 1976).

En la mitología gnóstica existe una Santísima Trinidad integrada por un Dios Padre, una Diosa Madre y un Dios Hijo. En los textos gnósticos, la Madre recibe muchos nombres: «Espíritu Santo», «Espíritu de la Verdad», «Espíritu Virgen», «Espíritu de la Vida», «Madre de los Vivientes», «Virgen de la Luz», «Sabiduría», «Paráclito»... Espíritu en

hebreo es *ruah*, y su género es femenino; su equivalente griego es el término neutro *pneuma*. El término «virgen» se utiliza como epíteto para remarcar su pureza.

Según el testimonio de Orígenes, en el *Evangelio de los Hebreos* el Salvador en persona dice:

– «*Hace poco me tomó mi madre el Espíritu Santo por uno de mis cabellos y me llevó al monte sublime del Tabor*» (citado en Orígenes: *Commentarium in Johannes*, II, 12).

También, según Jerónimo, en el *Evangelio de los Hebreos* está escrito:

– «*Y sucedió que, cuando hubo subido el Señor del agua, descendió toda la fuente del Espíritu Santo, descansó sobre Él y le dijo: "Hijo mío, a través de todos los profetas estaba esperando a que vinieras y pudiera descansar en ti. Pues tú eres mi descanso, mi Hijo primogénito, que reina por siempre"*» (Comm. IV in Is. 11,2).

La doctrina católica aún vigente que mantiene la «consustancialidad» y la «coeternidad» de las tres personas de la Santísima Trinidad parece derivar de la creencia gnóstica en un Dios Padre, Madre e Hijo de sí mismo. Tal como señala E. Pagels «*Esta descripción gnóstica de Dios –como Padre, Madre e Hijo– puede que al principio*

nos sorprenda, pero, si reflexionamos, nos percataremos de que se trata de otra versión de la Trini- dad» (The Gnostic Gospels, III, 1979). La concepción de un Dios andrógino como el «gran poder masculino-femenino» de algunos gnósticos, ayuda a compren- der que espiritualmente se baste a sí mismo, es decir, que extraiga de sí mismo su propia existencia y que toda existencia derive de Él como única fuente.

Curiosamente, así comienza una revelación dada por el *Cristo* resucitado a Juan:

– «Yo [soy el Padre]; yo soy la Madre; yo soy el Hijo; yo soy el incorruptible y el inmaculado» (*Libro Secreto de Juan*, I, 16).

Un tratado supuestamente simoniano (*La gran ex- posición*), citado por Hipólito en su *Refutación de todas las herejías*, explica:

– «Existe una Potencia, que se divide hacia lo alto y hacia abajo, que se engendra a sí misma, que crece por sí misma, que se busca, que se encuentra, que es su propia madre, su propio padre, su propia hermana, su propio cón- yuge, su propia hija, su propio hijo: madre, padre, Uno, ra- íz del Todo» (VI, 17).

Actualmente, la mayoría de los estudiosos coinci- de en que lo que denominamos «gnosticismo» era un movimiento extendido que obtenía sus fuentes de varias tradiciones,

entre las cuales probablemente se encontraba el hermetismo, que enseña:

– «*Dios no ha sido engendrado por nadie, y en caso de que lo haya sido, lo ha sido de sí mismo. Pero la verdad es que Él jamás ha sido engendrado: Él se engendra eternamente*» (Corpus Hermeticum, Libro I, Tratado VIII: *Ningún ser perece, erróneamente se llama a los cambios muerte y destrucción*, 2).

– «*Dios, de acuerdo con la opinión de Orfeo, es al mismo tiempo macho y hembra, ya que no hubiese podido engendrar a menos que poseyera la naturaleza de ambos sexos, lo cual supone que Él mismo se acopló con Él mismo o que no pudo procrear sin acoplamiento. Hermes también fue de la misma opinión, ya que declara que Dios es su propio padre y su propia madre*» (Corpus Hermeticum, IV, 13).

LA PRESENCIA “YO SOY”

Si eres observador sabrás que se produce una única constante en tu vida, que es «yo existo» o «yo soy». Es este último término, al parecer infiriendo un sentimiento más profundo y que más se presta para proclamar la propia naturaleza divina, el que ha venido empleándose desde muy antiguo por quienes buscan elevar su estado de consciencia. Jerónimo, el traductor de la *Biblia* al latín (384), cita de una de las obras de Simón:

– «Yo soy la Palabra de Dios, el glorioso, el Paraclito, el Todopoderoso. Yo soy la totalidad de Dios» (citado en G. R. S. Mead: *Simon Magus*, p. 28, 1892).

Estas palabras pertenecen al maestro gnóstico Si- món *El Mago*, un samaritano que, acompañado de u- na mujer llamada Helena (de quien se decía haberla encontrado en un burdel de la ciudad fenicia de Ti- ro) y aparentemente de un gran despliegue de efec- tos teatrales, viajaba de un lugar a otro como mesías y hacedor de milagros. Unos dicen que encontró la muerte al intentar volar en una de sus actuaciones en la corte de Roma; otros, que falleció ahogado en una tumba al intentar resucitar a los tres días. Fue vene- rado por sus seguidores –cuyo rastro perdemos en el siglo III– como un dios, si bien los Padres de la Igle- sia se encargaron de convertirlo en «el primer hereje» o «el padre de todas las herejías», quien, inspirado por Satanás, pretendía extraviar a la comunidad cris- tiana. Todo indica que tuvo tanta influencia sobre las masas que fue necesario contrarrestarla.

Sus propios escritos o los de su escuela se han perdido, de modo que a día de hoy la principal infor- mación que nos ha llegado sobre su persona, sus he- chos y su doctrina, la cual invita a desconfiar, pro- viene de *Hechos de los Apóstoles* (8,9-24) y de citas

bastante extensas en las obras de los Padres de la Iglesia. Llama la atención que Ireneo (*Adv. Haer.* I, 23) afirme que la falsamente llamada *gnosis* empezó con los seguidores de Simón, a los que llama «sacerdotes místicos». Según San Justino, San Ireneo y San Hipólito, el gnosticismo aparece en Samaria con Simón (h. 40). A todo esto, sorprende que *Recognitiones*, uno de los escritos eclesiásticos más antiguos que tenemos (concretamente una carta de inicios del siglo II atribuida a Clemente de Roma y, por lo tanto, llamada «clementina» o «pseudoclementina»), diga que de los treinta discípulos que tenía Juan *Bautista*, el favorito sea nada menos que el archihereje Simón, el cual había perfeccionado sus estudios de magia en Alejandría.

Para hacernos una ligera idea de lo que supondría sobrepasar el plano de consciencia actual conviene recordar, aunque sea brevemente, la historia de Moisés, que, según la opinión mayoritaria de los investigadores, se remonta al siglo XIII a.C. (época en la que reinó Rameses II hacia 1279-1213), aunque no se descarta el siglo XV. De acuerdo con la *Biblia*, Moisés (hebreo de nacimiento, pero criado por la hija del faraón) vio cómo un egipcio golpeaba a un esclavo hebreo; no pudiendo soportarlo mató al egipcio y lo enterró en la arena. Al día siguiente la cosa se sabía y llegó a oídos del faraón, quien quiso castigarlo con la muerte. Pero Moisés huyó,

hasta detenerse en Madi-án. Allí tomó como mujer a Séfora, quien le dio un hijo que no pasó a la historia. Transcurrido un largo tiempo, en el que murieron todos los que lo buscaban para matarlo, Moisés, pastoreando el rebaño de su suegro, vio una zarza que ardía, pero que no se consumía; extrañado, se acercó a mirar. La zarza resultó ser Yahvé, que, habiendo escuchado el clamor y los gemidos de los hebreos, se apareció a Moisés para pedirle que regresara a Egipto y los sacara del país. Entonces es cuando Yahvé reveló a Moisés su verdadero nombre: «*“Yo soy el que es”. Así dirás a los israelitas: “Yo Soy” me ha enviado a vosotros*» (Ex 3,14). A partir de ahí su lucha interior estaba ganada y el fin de la esclavitud de su pueblo se haría realidad.

Para un historiador, gran parte de los hechos narrados en la *Biblia* son asuntos que corresponden a la fe, no a la arqueología. Muchos de sus pasajes saltan a la vista que no narran hechos históricos del pueblo judío, sino que se inspiran en mitos, epopeyas y leyendas de otras civilizaciones vecinas más antiguas, como la sumeria y la acadia (de la antigua Mesopotamia), la egipcia y la cananea, con las que el pretendido pueblo elegido por Dios había tenido contacto. Ahora bien, como señala Gary Greenberg, presidente de la Sociedad Bíblica de Arqueología de Nueva York, el mito existe incluso donde no aparece explícitamente. El caso es que

muchas de estas narraciones deben verse como un conjunto de metáforas y simbolismos, cuyos autores debieron crearlos para que fueran interpretados alegóricamente, si bien otras sobrepasan lo que podríamos llamar «misterios», para integrarse en auténticas fantasías delirantes. Distinguir una cosa de la otra es complicado, en cualquier caso nos referimos a hechos como la creación del primer hombre y la primera mujer, el Diluvio y la construcción del Arca de Noé, el origen de las distintas lenguas que se expanden por el mundo en una historia como la de la Torre de Babel, el Éxodo, la estancia de Jonás en el vientre de un gran pez durante tres días y tres noches, etc.

Hay que destacar que no existe ningún relato egipcio sobre el Éxodo, sólo poseemos la versión que nos ofrece la *Biblia*, siendo ésta además la única fuente de información que asegura la existencia de Moisés. Sabida la importancia que tenía para los egipcios transcribir cada uno de los acontecimientos importantes que rodeaban la vida del faraón, su absoluto silencio hace suponer que, o bien Moisés no existió, o fue un personaje de escasa importancia para el pueblo egipcio. A todo esto, la vida de Moisés está cargada de leyendas: salvado de una matanza decretada por el faraón; abandonado en las aguas del Nilo en una cesta de papiro embadurnada con betún y pez; criado por la hija de un faraón (anónimo); educado en las costumbres

egipcias regresa junto a su pueblo esclavizado... También es importante señalar el juego de palabras *mashâ-Mosheh* que sólo funciona en hebreo, mientras que la hablante es supuestamente una princesa egipcia: «... y fue para ella como un hijo. Diole el nombre de Moisés [Mosheh], pues se dijo: “De las aguas lo saqué [mashâ]”» (Ex 2,10). Finalmente, el nombre del faraón, que debiera ser importante, nunca aparece. Debido a todo esto, Moisés es considerado por algunos, simplemente, una creación literaria basada en arquetipos muy conocidos en Oriente Próximo. Por otro lado, H. Donner (1984), admitiendo la existencia de Moisés, expresa así el sentir generalizado entre los investigadores:

– «*Moisés se halla en medio del floreciente esplendor de la sagrada historia de los israelitas, tanto es así que su forma histórica difícilmente puede reconocerse ya tras dicho esplendor*».

La historia del establecimiento de los antepasados de Israel en Egipto (hacia 1770-1795 a.C.), así como la opresión que sufrieron como esclavos siglos después, podría ser cierta, puesto que las pruebas arqueológicas muestran que los obreros eran de origen mixto; sin embargo, el relato bíblico habla de un éxodo de seiscientos mil hombres a pie, sin contar las mujeres y los niños, en base a esto

se calcula una cifra de unos dos millones de personas, una cantidad tan elevada de gente, que suele mencionarse como una prueba de que el acontecimiento fue ficticio, o, como mínimo, se exageró. Como también se exageró los cuarenta años que necesitaron para tomar posesión de la tierra de Canaán, la tierra prometida, que, sometida por los romanos hacia el 63 a.C., recibió el nombre de Palestina. Una autoridad en arqueología y egiptología explica:

– *«Los intentos de ubicar el Éxodo en la historia egipcia no produjeron resultados coincidentes, y hoy en día está en boga dudar sobre la veracidad de esta historia bíblica en su totalidad»* (Bill Manley: *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, LXVII, 2003).

Sobre el misterio de la zarza ardiente, el escritor y periodista Jorge Blaschke recoge lo siguiente:

– *«El “Dictamnus Albus”, mencionado en “Y la Biblia tenía razón” por Werner Keller, tiene muchas variedades, que no sólo se extienden por el Oriente Próximo, sino también por el sur y el centro de Europa. En este último continente crece en estado salvaje en las laderas rocosas, se trata de una planta que precisa calor y sol, así como terrenos secos y calcáreos. Tiene fuertes raíces y tallos rectos*

con algunas hojas de color verde oscuro de los que, en verano, surgen candelas de flores rosas. Esta planta segrega aceite volátil que se enciende con las radiaciones del sol, de ahí que en algunos sitios se limiten a llamarla "zarza ardiente". Las llamas que produce se consumen rápidamente. En Israel, en los veranos calurosos, se puede ver la autocombustión de las matas del Dictamnus Albus en el Sinaí» (Los Grandes Enigmas del Cristianismo, p. 275, 2000).

En lo tocante a la palabra hebrea *Yahvé*, la cual designa el nombre propio del dios de Israel, parece ser –puesto que no hay un consenso firme– una forma arcaica del verbo «ser» (*hoveh*), cuya posible traducción sería «yo soy» o «el que es». Este nombre estaba compuesto inicialmente por cuatro consonantes (יהוה = aprox. *YHVH* o *YHWH*), ya que el alfabeto hebreo antiguo, en el que fue escrito el *Antiguo Testamento*, carecía de vocales. El antiguo formato *YHVH* se conoce como «Tetragrámaton». Éste aparece casi 7.000 veces en el *Antiguo Testamento*, si bien es cierto que algunas traducciones lo vierten por «el Señor». Bajo la Ley antigua, por respeto y por temor a que se blasfemase, el Tetragrámaton no se pronunciaba jamás. Hasta la Edad Media, en la lectura de la *Biblia* en voz alta los judíos lo reemplazaban por «*adonai*» (señor) o por «*Elohim*» (Dios), todo ello para evitar pronunciar tan sagrado y

temible nombre. Aunque las Biblias católicas contemporáneas lo interpreten generalmente como *Yahvé* o *Jehová*, su pronunciación es todo un misterio. *Yahvé* es el que más aceptación tiene entre los modernos eruditos como la verdadera pronunciación del Nombre Divino, pero no puede asegurarse que lo sea. Las *Escrituras* nos dicen que fue Dios mismo quien se lo reveló a Moisés en el Monte Sinaí, cuando le encargó sacar al pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto; pero según algunos estudios realizados, *YHVH* era el dios de los quenitas, un pueblo nómada del desierto con el que pudo haber tenido contacto Moisés o las tribus israelitas.

Según la *Biblia*, Moisés tenía ciento veinte años cuando murió en la tierra de Moab. No se habían apagado sus ojos ni se había debilitado su vigor. Los israelitas lloraron a Moisés durante treinta días, cumpliéndose así los días de luto por su muerte. Hay un dato muy curioso de Moisés: cuando bajó del monte Sinaí con las dos tablas de la Ley, después de cuarenta días y cuarenta noches sin saberse nada de él, lo hizo, ante el asombro de su pueblo, con el rostro envuelto por una luz; éste sin percatarse les comunicó cuanto el Señor le dijo. Más tarde acabó poniéndose un velo. Cada vez que Moisés entraba solo al santuario para hablar con Dios y así poder comunicar a su pueblo lo que Éste le había ordenado, los israelitas se quedaban

maravillados a su salida ante el resplandor que despedía su rostro.

Por la historia de Moisés, quien habiendo recibido educación real y habiendo gozado de muchos privilegios pasó a convertirse en un humilde pastor de cabras, deduzco que una de las condiciones o virtudes que deben darse en el hombre para que conozca esta magna Presencia, es la total aniquilación del ego. La Presencia "YO SOY" y el ego son incompatibles. La Presencia "YO SOY" y el ego son como el agua y el aceite, nunca se pueden mezclar. La verdad adviene a nosotros cuando el ego ha muerto (véase *Mt 11,25; 23,12; 2 Co 12,7-10*). Es por eso que, según un adagio antiguo, *«quien quiera subir, debe primero bajar; a toda exaltación mística le precede una espantosa y terrible humillación»*.

Incuestionablemente, además del ego, el hombre se encuentra enfrascado entre múltiples agregados psíquicos indeseables (vanidad, envidia, celos, rencor...) que constriñen, aún más si cabe, su espíritu (tan absolutamente trascendente y desconocido como lo es su equivalente transmundo, el Dios desconocido). Sólo aquel que haya desintegrado dentro de sí mismo dichos agregados psíquicos será conocedor de los misterios de la Luz. Con esto quiero decir que cada vez que se desintegra en la persona un elemento psíquico indeseable cristaliza en ésta una virtud que la acerca a su interior (la

Presencia "YO SOY"), cumpliéndose así lo anunciado por las *Escrituras*: «Acercaos al Señor y Él se acercará a vosotros» (St 4,8), «pues está escrito: Sed santos, porque yo soy santo» (1 Pe 1,16). Ciertamente, «El discípulo no es más que su maestro; ni el siervo más que su señor. Basta con que el discípulo sea como su maestro, y el siervo como su señor» (Mt 10,24-25).

Como todo el mundo sabe, la vida pública de Jesús comienza cuando éste cuenta con unos treinta años de edad. Por aquellos días era conocido un hombre llamado Juan *El Bautista* por predicar en el desierto de Judea un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Toda la región de Judea y todos los habitantes de Jerusalén acudían a él y, después de reconocer sus pecados, éste los bautizaba en el río Jordán. Jesús, como uno más, quiso ser bautizado por Juan. Fue entonces, tras su unción, cuando se retiró al desierto, donde permaneció cuarenta días y cuarenta noches alejado de toda civilización. Allí Jesús, privado de las comodidades propias de un hogar, ayunó, meditó y fue asaltado por las dudas y las tentaciones. Su retiro al desierto suele interpretarse como un ejercicio de vencimiento y dominio de uno mismo para elevar el alma sobre los apetitos de la carne, una práctica muy común entre los ascetas o anacoretas de los pueblos antiguos: fenicios, egipcios, asirios, griegos, romanos, hebreos...

Concretamente, la doctrina moral de Mani o Manes es muy estricta y conduce a un riguroso ascetismo: prohíbe comer toda cosa animada (como la carne y el pescado), prohíbe los bienes materiales (entre los que se incluye una casa), prohíbe todo tipo de relaciones sexuales (hasta el punto de declarar impuros el matrimonio y la procreación), e impone ayunos semanales. Obsérvese que el rasgo más significativo de la religión gnóstica es el convencimiento de que para volver el hombre a la unidad subyacente, a su original no caído (el Dios supremo), antes debe desembarazarse de los lazos mundanos, de los deseos sensuales, de todas las cosas materiales, ya que éste es, por su naturaleza interna, acósmico. Es bastante evidente que la intención que llevaba Jesús al retirarse al desierto no era otra cosa que enfrentarse a las miserias y debilidades de la carne para madurar y perfeccionarse espiritualmente. Más adelante Jesús se revelaría como un detractor del mundo:

– *«En el mundo encontraréis dificultades y tendréis que sufrir, pero tened ánimo, yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).*

Tres años después de que Jesús visitara el desierto, éste fue crucificado; pero antes de eso tuvo que comparecer ante el Sanedrín, en el que estaban presentes el sumo sacerdote, los ancianos del pueblo, los jefes de los

sacerdotes y los maestros de la Ley. Fue entonces cuando se levantó el sumo sacerdote, y en medio de todos, dirigiéndose a Jesús, dijo: «*Si tú eres el Mesías, dínoslo*». Jesús les dijo: «*Si os lo digo, no me vais a creer*» (Lc 22,67). Sumo sacerdote: «*Luego, ¿eres tú el Hijo de Dios?*» Jesús les respondió: «*Vosotros lo decís; yo soy*» (Lc 22,70). El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras y dijo: «*Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?*» Todos lo juzgaron reo de muerte. Algunos empezaron a escupirle y, tapándole la cara, le golpeaban, diciendo: «*Mesías, adivina quién te ha golpeado*». En otra ocasión, en una de sus múltiples apariciones en público, estaba enseñando en el templo, y, dirigiéndose a los ahí presentes, dijo: «*Ya os he dicho que moriréis en vuestros pecados, porque si no creéis que yo soy, moriréis en vuestros pecados*» (Jn 8,24). Entonces le decían: «*¿Quién eres tú?*» Jesús les respondió: «*Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que yo soy*» (Jn 8,28).

«Hijo del hombre» o «Hijo de Dios», dependiendo del contexto en el que se encuentre, puede tener un significado u otro. Como primera definición podríamos decir que es el término empleado para hacer referencia al hálito o soplo de vida infundido por la Presencia “YO SOY” al hombre, para que lo conozca, lo ame y se salve. Ejemplos:

– «Esforzaos, no por conseguir el alimento transitorio, sino el permanente, el que da la vida eterna. Este alimento os lo dará el Hijo del hombre, porque Dios, el Padre, lo ha acreditado con su sello» (Jn 6,27).

– «Cuidaos de que nadie os extravíe, diciendo: “Está aquí” o “Está allí”. Pues el Hijo del hombre está siempre dentro de vosotros. ¡Seguidle! Aquellos que lo busquen lo encontrarán. Id, pues, y predicad el evangelio del reino» (Evangelio de María, IV, 34).

– «El Verbo luminoso surgido de la Mente (nous) es el Hijo de Dios... y la Mente es el Dios Padre; no están separados uno de otro, pues su unión es la vida» (Poimandres, 6).

– «El nombre del Padre es el Hijo. [...] Pues, en verdad, el nombre del Padre no se pronuncia, sino que se manifiesta por medio del Hijo» (Evangelio de la Verdad, 45-46).

– «Solamente un nombre no pronuncian en el mundo: el nombre que el Padre se da a sí mismo en el Hijo. Éste es superior a cualquier otro nombre. [...] Quien ha realizado este nombre lo entiende, pero no habla de él» (Evangelio de Felipe, 11).

Curiosamente, como segunda y última definición, podríamos decir que «Hijo del hombre» o «Hijo de Dios» es aquella persona concedora de los misterios de la Luz, es decir, aquella que ha recibido el hálito o soplo de vida infundido por la Presencia “YO SOY”. Por lo tanto, aquel que conoce al Hijo es

porque él mismo se ha convertido en el Hijo. (La expresión pre-ferida de Jesús para referirse a sí mismo es «Hijo del hombre»). Ejemplos:

– «*A cuantos lo recibieron (el Verbo), a todos aquellos que creyeron en su nombre, les dio poder para ser Hijos de Dios*» (Jn 1,12).

– «*Nadie ha subido al cielo, a no ser aquel que vino de allí, es decir, el Hijo del hombre*» (Jn 3,13).

– «*Jesús dijo: “Cuando hagáis de dos uno, seréis Hijos del hombre, y cuando digáis: ¡Montaña, desplázate!, ella se desplazará”*» (Evangelio de Tomás, 106).

Jesús es algo parco en palabras cuando se trata de curar a alguien, y eso cuando habla: «*¡Lázaro, sal fuera!*», «*¡queda limpio!*» o «*¡levántate y anda!*» son un claro ejemplo de cómo devuelve la vida a un hombre que lleva muerto cuatro días y cura a un leproso y a un paralítico de una forma casi instantánea. Pero en otras ocasiones basta con tocar la orla de su manto o que éste te toque. Jesús cura a todo tipo de enfermos: cojos, ciegos, tartamudos, sordomudos, encorvados, enfermos mentales, epilépticos, endemoniados, o una simple fiebre. A todo esto, Jesús dice:

– «*Tened fe en el Señor. Os aseguro que si uno le dice a este monte: ¡Quítate de ahí y*

arrójate al mar!, si lo hace sin titubeos en su interior y creyendo que va a suceder lo que dice, lo obtendrá. Por eso os digo: Todo lo que pidáis en vuestras oraciones, lo obtendréis si tenéis fe en que vais a recibirlo» (Mc 11,22-24).

– «Os aseguro que si tuvierais una fe del tamaño de un grano de mostaza, diríais a este monte: ¡Trasládate allá! y se trasladaría; nada os sería imposible» (Mt 17,20).

– «Jesús dijo: “Si dos hacen las paces en esta misma casa, dirán a la montaña: ¡Desplázate!, y ella se desplazará”» (Evangelio de Tomás, 48).

Evidentemente, lo que Jesús entiende por fe, así como amor o dicha, escapa a nuestra comprensión; no hay que olvidar que Jesús está en un estado alterado de la consciencia, donde dichas cuestiones se sienten de forma distinta, más profunda e intensa. Cuanto más elevado o profundo es el estado de consciencia en el que se entra, más se deja sentir de esta forma la Presencia “YO SOY”. Es por ello que el mensaje de Jesús es sobre todo un mensaje de amor incondicional al prójimo, que a muchos les podrá parecer excesivo e irracional. A este respecto es bien ilustrativo lo que Jesús dice según Lc 6,27-30:

– «Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, orad por los que os difamen. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la

otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica. A todo el que te pida, da, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames».

Como podrás ver, no es fácil cumplir la Ley a rajatabla, para ello haría falta una fe y una voluntad inquebrantable, pues ciertamente estrecha es la entrada y angosto el camino que lleva a la vida. Es tanta la importancia de la fe, que en *Rm 3,28-31* está escrito: *«Porque pensamos que el hombre alcanza la salvación por la fe y no por el cumplimiento de la Ley. [...] Entonces, ¿estaremos anulando la Ley al dar tanto valor a la fe? ¡De ninguna manera! Más bien estamos confirmando el valor de la Ley».* Y es que, ¿sin fe quién cumpliría la Ley?

La historia de Moisés es francamente desconcertante. ¿Qué clase de Dios diría: *«Yo haré que el faraón se muestre inflexible y así multiplicaré en Egipto mis señales y prodigios»* (*Éx 7,3*)? Sus señales y prodigios no fueron otros que: convertir las aguas del río Nilo en sangre, con la consecuente muerte de sus peces; enviar una plaga tras otra de ranas, mosquitos y tábanos; propagar una terrible epidemia que acabó con el ganado de sus campos: caballos, asnos, camellos, vacas y ovejas; provocar úlceras y tumores a los egipcios, así como a sus animales; enviar una tormenta de rayos, truenos y granizo sobre Egipto que machacó todo lo que se puso a su paso: campos, hombres y animales; enviar una nueva plaga de langostas

que devoró todo lo que dejó el granizo; enviar a los egipcios una densa niebla que no los dejó ver ni moverse de sus sitios durante tres días; dar muerte a todos los primogénitos de Egipto, desde el primogénito del faraón, el heredero del trono, hasta el de la esclava y los animales. Todos estos desastres se sucedían porque Yahvé hizo que el faraón se obstinara en no dejar salir de Egipto a los israelitas (Éx 4,21; 9,12; 10,1; 10,20; 10,27; 11,10) como le pedía Moisés. Al final Yahvé liberó al faraón de su obstinación, y éste los dejó marchar.

Una vez llegado el pueblo israelita a orillas del Mar Rojo, donde acababa Egipto, Yahvé dijo a Moisés: *«El faraón pensará: los israelitas andarán perdidos, el desierto los tendrá atrapados. Yo haré que el faraón se obstine y os persiga; me cubriré de gloria a costa del faraón y de todo su ejército, y sabrán los egipcios que yo soy Yahvé»* (Éx 14,3-4). Tanto el faraón, rey de Egipto, como sus cortesanos cambiaron de opinión y se decían: *«¿Qué es lo que hemos hecho? Hemos dejado salir a Israel y nos hemos privado de sus servicios»* (Éx 14,5). Entonces el faraón hizo preparar su carro y reunió su ejército con intención de darles caza. Cuando el faraón y sus seiscientos carros de guerra, todos con sus respectivos combatientes, se acercaron a donde estaban acampados los israelitas, éstos alzaron la vista y, al ver que los egipcios los perseguían, clamaron llenos de terror a

Yahvé, y dijeron a Moisés: «¿No te dijimos que nos dejaras tranquilos sirviendo a los egipcios, que era mejor servirlos a ellos que morir en el desierto?» (Éx 14, 12). Moisés respondió al pueblo: «No temáis, mantene- os firmes y veréis la victoria que os va a dar hoy Yahvé; a estos egipcios que veis ahora, no los volveréis a ver nunca jamás. Yahvé combatirá por vosotros sin que vosotros ten- gáis que hacer nada» (Éx 14,13-14). Yahvé dijo a Moisés: «Di a los israelitas que emprendan la marcha. Tú levanta tu cayado, extiende la mano sobre el mar y se partirá en dos para que los israelitas puedan cruzar por él, como si fuera tierra seca. Yo voy a aumentar la obstinación de los egipcios, para que entren en el mar detrás de vosotros, y entonces me cubriré de gloria a costa del faraón y de todo su ejército» (Éx 14,15-17).

Moisés extendió su mano sobre el mar, y Yahvé, por medio de un recio viento del este, empujó al mar, dejándolo seco y partiendo en dos sus aguas. Los is- raelitas entraron en medio del mar como en tierra se- ca, mientras sus aguas formaban una especie de mu- ralla a ambos lados. Los egipcios se lanzaron en su persecución, entrando tras ellos en medio del mar. Cuando todo esto sucedía, Yahvé atascó las ruedas de los carros egipcios, que apenas podían avanzar. Entonces los egipcios se dijeron: «Huyamos ante Israel, porque Yahvé combate por ellos contra nosotros» (Éx 14, 25). Pero Yahvé dijo a Moisés: «Extiende tu mano

sobre el mar para que las aguas se precipiten sobre los egipcios, sobre sus carros y su caballería» (Éx 14,26). Moisés extendió su mano sobre el mar, y volvieron las aguas a su estado normal, atrapando a los egipcios en su huida. No escapó ni uno solo. Así salvó Yahvé aquel día a Israel del poder de los egipcios, e Israel pudo ver a los egipcios muertos en la orilla del mar.

«Hasta el día de hoy –escribe San Pablo–, siempre que se lee a Moisés un velo está puesto sobre sus corazones, y cuando se conviertan al Señor caerá el velo. Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu, allí está la libertad» (2 Co 3,15-17). Un siglo después de que Pablo redactara sus epístolas, los cristianos ortodoxos confesaban públicamente su fe en un Dios creador, señor y juez como Yahvé, mientras en sus reuniones privadas los valentinianos insistían en discriminar dicha imagen popular de Dios en favor de un Dios entendido como fuente última de todo ser. Valentín, que tras predicar su doctrina en Alejandría se trasladó a Roma (h. 135) para seguir enseñando hasta el 160 aproximadamente, llama a esa fuente «la profundidad». Quienquiera que llegue a conocer esa fuente ha llegado simultáneamente a conocerse a sí mismo: ha llegado a conocer a sus verdaderos Padre y Madre.

CAPÍTULO III

EL TODO ES MENTE; EL UNIVERSO, MENTAL

LA REENCARNACIÓN

¿Quién soy yo? La respuesta a esta pregunta encierra el misterio de la vida. Para empezar, hay que resaltar que la vida se renueva constantemente; ¿a caso no ocurre año tras año con la llegada de la primavera? En primavera todo lo que estaba latente despierta a la vida, y lo hace con todas sus fuerzas renovadas, es «el volver a empezar», que podríamos comparar con los primeros 20 años de vida de un ser humano (cuando aún se está desarrollando físicamente). Después viene el verano, donde el Sol toca su punto más alto, y con él la actividad: los días son más largos, sube la temperatura y los microorganismos se multiplican a mayor

velocidad. Compararemos el verano, pues, con la edad humana comprendida entre los 20 y 40 años, que es cuando se poseen plenas facultades físicas. Luego llega el otoño, y con él la decadencia; es el opuesto a la primavera. Con la caída de la hoja y como todo lo que sube baja, representa la vejez, llevando consigo la muerte. Pongamos que equiparable a la edad de una persona de 40 años hasta que muere. Y por último el misterioso invierno, donde las noches son más largas y las temperaturas muy bajas; es el punto más bajo de la actividad: todo permanece dormido, parado, congelado. Comparemos esta última estación con la muerte física, es decir, cuando la persona se ha desecho de su vínculo más importante con este mundo, el cuerpo físico, quedándole tan sólo los recuerdos. Hay que aclarar que la muerte es un ciclo más de la vida puesto que los recuerdos siguen vivos en la mente. Mientras la mente se aferre a sus recuerdos no podrá volver a empezar una nueva vida; pero como las demás etapas de la vida, también ésta llegará a su fin: los recuerdos se irán desvaneciendo gradualmente a medida que la mente vaya cayendo inmersa en un profundo estado de inconsciencia, perdiéndose finalmente en un sueño muy profundo, del que volverá a nacer como si fuese la primera vez.

A modo de explicación final, me remito a lo que dice Jesús a Nicodemo (miembro del

grupo de los fariseos y principal entre los judíos):

– «Jesús le respondió: “Yo te aseguro que el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios”. Nicodemo repuso: “¿Cómo es posible que un hombre vuelva a nacer? ¿Acaso puede volver a entrar en el seno materno para nacer de nuevo?” Jesús le contestó: “Yo te aseguro que nadie puede entrar en el Reino de Dios, si no nace del agua y del espíritu. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del espíritu, es espíritu. Que no te cause, pues, tanta sorpresa lo que te he dicho: Tenéis que nacer de nuevo. [...]”. Nicodemo replicó: “¿Cómo puede ser esto?” Jesús le contestó: “¿Tú eres maestro de Israel e ignoras estas cosas?”» (Jn 3,3-10).

Si crees en la reencarnación deberías conocer la ley del *karma*. El término sánscrito «*karma*» (obrar, hacer) proviene de la antigua lengua de los brahmanes, cuya religión, el brahmanismo, es considerada una de las más antiguas del mundo. Sus primitivas fuentes hay que buscarlas en los libros sagrados indios, escritos unos 1.500 años antes de Cristo. Con el paso de los siglos, el brahmanismo dio origen al hinduismo, jainismo y budismo, todas ellas religiones de la India anteriores a la era cristiana, que tomaron prestado de su antecesor el término *karma*. Se trata de uno de los conceptos fundamentales de la filosofía

india, basado en la creencia de que las malas acciones impiden al hombre alcanzar la iluminación y la salvación. Pero no solamente se crea *karma* por el mal que se hace, sino también por el bien que se deja de hacer pudiéndose hacer. Por eso *karma* llegó a ser entendido, asimismo, como «ley» u «orden» moral eterno que debe seguir el alma en el camino hacia su liberación. Conforme a la ley kármica, la reencarnación se perpetúa involuntariamente debido a las cadenas que generan las malas acciones, imposibilitando al alma (que no descansará hasta su completa purificación) volver a sumergirse en el vacío iluminador de su Ser. Tanto el cristianismo de nuestros días como el judaísmo e islamismo rechazan la reencarnación y el *karma*.

Unas cuatro quintas partes de la totalidad de los indios son hindúes, sin embargo éstos se hallan divididos en un número incalculable de fracciones. Su creencia más extendida sobre el infierno es que éste es un lugar de purificación para las almas que tienen que purgar los pecados más graves. Entre los hindúes se encuentran los brahmanes, seguidores de la tradición más antigua, que creen, como destino común de la humanidad, en un mundo espiritual exento de dolor, muerte y pecado, al que únicamente se tiene acceso rompiendo las cadenas del *karma* por medio de la penitencia y el ascetismo.

Pero ¿qué ocurre si se acumula mucho *karma*? La doctrina hermética deja bien claro que nada bueno:

– «*En cuanto al insensato, al malvado, al vicioso, al envidioso, al avaricioso, al asesino y al impío, me apartaré de él y cederé mi lugar al demonio vengador, quien, aplicando el aguijón de fuego al hombre de tal disposición a través de sus sentidos, lo inclinará aún más hacia los actos impíos a fin de que le sea reservado un mayor castigo. Tal hombre no cesará de dirigir su deseo hacia apetitos sin límite, guerreando en las tinieblas sin que nada pueda satisfacerlo, y eso es precisamente lo que lo torturará y hará aumentar cada vez más la llama que lo consume*» (Poi- mandres, 23).

También la doctrina budista pretende ser una res- puesta al sufrimiento, al que identifica con la existen- cia de este mundo, pues enseña que para salir del ciclo de la reencarnación antes es preciso alcanzar en esta vida el tanpreciado *nirvana*, que vendría a ser lo mismo que la *gnosis* (en el gnosticismo) o el *éxtasis* (en el paganismo). Pero para alcanzar la *gnosis*, el *éx- tasis* o el *nirvana*, gnósticos, paganos y budistas com- parten la idea de que antes hay que liberarse de una de las principales causas del sufrimiento: el deseo (íntimamente vinculado al mundo que conoces).

Es curioso, tanto Jesús como *Buda* sentaron la si- guiente pretensión: «*Yo soy la Luz y el Camino*». Ade- más de asemejarse sus doctrinas como dos gotas de agua, ambos enseñaban mediante parábolas, llegan- do a ser algunas de éstas idénticas. Incluso algunos estudiosos –comenta E. Pagels en la introducción de *The Gnostic Gospels*– han sugerido que si se cambia- sen los nombres, el «*Buda* viviente» podría decir con propiedad lo que el *Evangelio de Tomás* atribuye al Je- sús viviente.

El budismo, considerado una de las grandes reli- giones del mundo, tuvo su origen –según la versión tradicional– en el nordeste de la India, en el siglo VI a.C., como resultado de la experiencia personal de «*Buda*» (título dado por los budistas a Gautama, tras haber alcanzado éste el conocimiento perfecto de la verdad, conocido como *nirvana*). El significado más aproximado de *nirvana* es «extinción», la cual tiene lugar únicamente cuando se ha logrado extinguir el engaño de la individualidad por medio de la contem- plación.

Las enseñanzas de Gautama, al menos así lo cre- en sus seguidores, se basan en la no existencia de Dios; de ahí deriva la creencia de que cualquiera pue- da convertirse en un «*buda*» (del sánscr. buddha = despierto, iluminado). El budismo, por consiguiente, no contempla este despertar como un regalo de Dios, sino como una «autoliberación». Esta

antigua doctrina budista no es ajena al cristianismo que predicó San Pablo, pues leemos en una de sus epístolas auténticas: «*Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo*» (Ef 5,14). Vemos que en este pasaje la resurrección no es un hecho singular del pasado, sino el modo en que la presencia de *Cristo* puede experimentarse en el presente; opinión que compartían Valentín y sus seguidores, para quienes, quienquiera que entrase en contacto directo y personal con «El que vive» había resucitado. Quienes pretendían experimentar la resurrección para encontrar a Cristo, interpretaban este despertar, iluminación o resurrección como una expansión de la consciencia que permitía acceder a otra realidad y estado del Ser. En el *Tratado de la Resurrección* (una carta de un maestro gnóstico dirigida a su alumno Rheginos) aparece esta doctrina misteriosa, según la cual «*Todo tiende a cambiar. ¡El mundo es una ilusión! La resurrección es la revelación de lo que existe verdaderamente, y la transformación de las cosas, y una transición a lo nuevo. Huye de las divisiones y las cadenas, y ya tienes resurrección*» (citado en *The Nag Hammadi Library*, p. 53).

La concepción budista de la otra vida es muy diferente a la de las actuales religiones basadas en un creador. La otra vida, como la presente, no es exactamente un lugar, sino un estado de existencia; el infierno, por

ejemplo, es un reino en el que los muertos renacen como bestias de espíritu hambriento, llenos de ansiedad y de angustia. No hay juicio divino para condenar a los seres al infierno, es su propio *karma* lo que les hace renacer en ese reino. La consecuencia de que un alma humana descienda es similar a la de que una persona enferme por comer alimentos en mal estado: si enferma a causa de algún alimento no es porque alguien le castigue, sino por una consecuencia natural; así funciona el cuerpo. Y así funciona el alma humana: asciende porque es ligera y hermosa o desciende a causa del peso de su maldad. Pero el sufrimiento no es eterno; las almas caídas padecen los sufrimientos del infierno hasta que se consume el *karma* que han generado en los anteriores estados de existencia. Una vez consumidos sus *karmas*, los ocupantes del infierno renacen en un plano de existencia más feliz. (El budismo, que traspasó las fronteras de La India difundiéndose por toda Asia, cuenta con gran importancia en: China, Japón, Myanmar, Tailandia, Camboya, Malasia, Nepal, Indonesia y Sri Lanka).

En el cristianismo tal como lo conocemos hoy sí hay juicio divino y el castigo es infinito, aunque los siguientes pasajes sugieran todo lo contrario:

– «*La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará*

a oscuras. Y, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá!» (Mt 6,22-23).

– «..., donde su gusano no muere y su fuego no se a- paga; pues todos han de ser salados (purificados) con fue- go» (Mc 9,48-49).

– «Sea entregado ese individuo a Satanás para morti- ficar su sensualidad, a fin de que el espíritu se salve en el Día del Señor» (1 Co 5,5).

La *Pistis Sophia* (del gr. Πιστις Σοφία = fe sabidu- ría), que se guarda en el British Museum de Londres, es un manuscrito copto atribuido sin mucha unani- midad al filósofo y poeta alejandrino Valentín (c. 100-c. 165). (Valentín decía que la enseñanza secreta de Pablo él la había aprendido de Teudas, uno de los discípulos del propio Pablo). El manuscrito presenta a Jesús en conversación con sus discípulos y discípu- las después de resucitado. El texto empieza diciendo: *«Y sucedió que cuando Jesús hubo resucitado de entre los muertos pasó once años hablando con sus discípulos, ense- ñándoles los lugares de los primeros preceptos, así como el lugar del Primer Misterio, que se halla velos adentro en el interior del Primer Precepto».*

Según el filósofo y político romano Séneca (c. 4-65), *«la maldad se bebe la mayor parte de su propio vene- no»*; y según el Jesús de la *Pistis Sophia*, la maldad puede hundir aún más el alma humana en *«la oscuri- dad de la*

materia», que es «la fosa de la miseria», al obligarla a nacer en una próxima vida en un mundo soterrado, oscuro y de condenación, donde sufriendo lo indecible y aborreciéndose a sí misma se doblegará e implorará llena de dolor, encontrando en sí misma la salvación. En esto consiste el drama de la liberación del alma y su consabido retorno a la «gran luz increada» (aeones de consciencia superior).

Tanto los pensadores paganos como los gnósticos, siendo consecuentes con su particular visión del hombre como «dios caído», no creían en la recompensa y condenación eterna predicada por los cristianos ortodoxos, ya que desde muy antiguo prevalecía la creencia de que el cielo y el infierno eran estados temporales de recompensa y castigo a los que seguía otra encarnación humana. La encarnación humana era considerada, pues, parte de un proceso cíclico, en vez de un acontecimiento irrepetible que llevaba a la recompensa o condenación eterna. Celso, mostrando claramente su desaprobación a esta doctrina, escribió:

– «Ahora os preguntaréis cómo hombres con creencias tan desesperadas pueden persuadir a otros a engrosar sus filas. Los cristianos usan diversos métodos de persuasión, e inventan varios incentivos aterradores; sobre todo han tramado una doctrina absolutamente ofensiva que habla

*del castigo y la recompensa eterna; esto supera cualquier cosa que los filósofos hubieran podido imaginar» (citado en R. J. Hoffmann: *Celsus on the True Doctrine*, p. 70, 1987).*

La cita de Celso que acabas de leer es una demostración más de que el paganismo era ante todo una religión filosófica, que, a diferencia del cristianismo ortodoxo, no hacía apología de la «fe ciega». Los iniciados paganos no basaban su fe en el testimonio de ningún profeta, ya que sus enseñanzas requerían ser fundamentadas racionalmente, no como las enseñanzas de los ortodoxos, que a ojos de los paganos eran imposibles de sostener con argumentos ajenos a la fe. Como ya apuntó Orígenes, los cristianos cocinaban para las masas; debemos suponer por tanto que los maestros paganos cocinaban para sí mismos. Sin duda, no debería sorprendernos el hecho de que el Papa Clemente XII (1740-1758), en una carta dirigida a Montfauçon, escribiese:

– «Se me reprocha que de vez en cuando me entretenga con Tasso, Dante y Ariosto. Pero ¿es que no saben que su lectura es el delicioso brebaje que me ayuda a digerir la grosera substancia de los estúpidos doctores de la Iglesia? ¿Es que no saben que esos poetas me proporcionan brillantes colores, con ayuda de los cuales soporto los absurdos

de la religión?» (citado en Pepe Rodríguez: *Mentiras Fundamentales de la Iglesia Católica*, p. 125, 1998).

LA MENTE

Después de todo lo expuesto hasta ahora, te invito a la siguiente reflexión: ¿Es justo que no nos hallemos en la misma posición privilegiada en la que se halla Dios? ¿Qué ha hecho Dios para ganarse semejante privilegio? ¿Por qué no somos Dios? ¿Por qué tenemos que ganarnos el cielo y Dios no? Formularse uno mismo este tipo de preguntas es básico para ir descartando creencias preconcebidas sin sentido alguno e ir vislumbrando poco a poco la verdad desde una nueva perspectiva. La mayoría de la gente cree en un Dios rodeado de ángeles que lo adoran; y el modelo del buen cristiano, musulmán y judío es aquel que alaba a Dios y se hace su siervo. Dios nos exige humildad, que nos humillemos ante Él, ¿es eso propio de un Dios humilde? Según el dogma católico, el hombre fue creado y el Hijo fue engendrado; pero si el Hijo es coeterno con el Padre, las posibilidades de que el Padre engendrara al Hijo son las mismas que las de que el Hijo engendrara al Padre, es decir, ninguna. Si «*el principio de la sabiduría es temer al Señor*» (Si 1,14), ¿por qué se predica un Dios puro de pensamiento? Si Dios es infinitamente misericordioso, ¿por qué se predica el castigo

perpetuo en el infierno? Si únicamente Dios es eterno, sin principio ni fin, ¿significa esto que Dios estuvo eternamente solo antes de empezar a crear? ¿Se puede estar eternamente solo y luego dejar de estarlo?

La eternidad, erróneamente considerada la infinita perduración temporal, posee dos propiedades: unidad e indivisibilidad. Por eso, una realidad es eterna cuando no puede hablarse ni de pasado ni de futuro, ni de un antes ni de un después; pues lo eterno, en su perfección indivisible, se encuentra siempre en el presente, cosa que no ocurre con lo temporal, que no puede estar jamás verdaderamente presente. Esta contraposición entre eternidad y tiempo es expresada, por ejemplo, en la filosofía de Platón (c. 428-347), Plotino (c. 205-270), Proclo (c. 410-485) y Hegel (1770-1831), y en la meditación de San Agustín (354-430) y Santo Tomás de Aquino (1225-1274). Uno de los más famosos pasajes que formula dicha tesis se encuentra en Platón: *«Hay que establecer una distinción y preguntar: ¿Qué es lo que es siempre y jamás deviene, y qué es lo que siempre deviene y jamás es?»* (Timeo, 27E).

En toda tradición el conocimiento más puro es el que se encuentra en sus orígenes, y lo que le sigue es necesariamente decadencia. Lo más antiguo conocido podría ser el hermetismo, doctrina que contaba con un enorme prestigio en Alejandría en los siglos I-II y que debe su nombre, según cuenta la

leyenda, al maestro místico de mayor relevancia en el Antiguo Egipto y Grecia: Hermes (s. XX a.C.), quien ha sido bautizado por la tradición egipcia, griega e islámica con el apelativo «*Trismegisto*» (el tres veces grande). El primer registro que se tiene de este apelativo aplicado a Hermes es encontrado en autores griegos del siglo IV a.C. Conviene saber que los partidarios de Hermes dedicaron a éste numerosos textos, poniendo bajo el nombre de Hermes sus propias invenciones.

A falta de un descubrimiento arqueológico relevante que pudiera aportar nuevos datos, a día de hoy no es posible llegar a un acuerdo sobre su figura. Algunos estudiosos opinan que podría tratarse del mismísimo fundador de los misterios egipcios; otros, que recibió su sabiduría de éstos. En cualquier caso, existe la teoría de que este supuesto sacerdote, profeta o filósofo egipcio se encargó de propagar todos sus conocimientos y crear con ellos escuela. Hay quienes sugieren que las enseñanzas de este maestro de maestros fue fuente de inspiración para los grandes filósofos del Mundo Antiguo, e incluso el origen de todas las grandes religiones del mundo; pero también hay quienes sugieren que el hermetismo pudiera haberse originado en el Egipto helenístico y que Hermes pudiera no haber existido jamás, conjetura que parece acompañar a todo personaje cubierto de un espeso velo

legendario, tal como ocurre con Jesús y cada uno de los personajes principales del *Antiguo Testamento*, entre otros.

Según la doctrina atribuida a Hermes, en el uni- verso nada permanece: todo nace, crece y muere; na- da es realmente, todo se transforma y cambia; aun- que también nos dice que bajo toda manifestación externa yace oculta la realidad esencial, la cosa en sí misma, que es eterna, inmutable, permanente, fija. El hermético sostiene que esta realidad, mayormente conocida como «EL TODO», creó de sí misma el uni- verso, es decir, sacándolo de su propia substancia:

– *«Más allá del cosmos, del tiempo, del espacio, de todo cuanto se mueve y cambia, se encuentra la Realidad Subs- tancial, la Verdad Fundamental; el sabio lo llama EL TO- DO. Todo está en EL TODO y EL TODO está en todo. EL TODO es Mente Viviente e Infinita; el Iluminado lo llama Espíritu» (Kybalion, IV).*

Los términos «espíritu» (del lat. spīritus = soplo) y «alma» (del lat. anima = aire) se han usado con frecuencia para traducir el vocablo griego «πνευµα» (de πνέω = soplar), cuya transcripción es *pneuma*. Si bien es cierto que originariamente designaba «so- plo», «aliento», «hálito», etc., por extensión se le die- ron otros varios significados: «esencia vital o inter- na», «principio animador cósmico», «fuerza mística», «poder o energía

viviente e inmortal», etc. En resumidas cuentas, desde los orígenes de la filosofía griega se ha considerado que hay una única substancia (el *pneuma*) que llena y penetra el universo entero. Este concepto de espíritu o alma difiere ostensiblemente del que estamos habituados a dar a los términos en cuestión. Así pues, *pneuma*, que se traduce por espíritu, no es sinónimo de fantasma o espectro, sino de Dios. Algo semejante ocurre con el término griego «νοῦς» (*nous*), aunque mientras el *pneuma* es concebido como un principio «vivificante», el *nous* es más bien un principio «pensante», una entidad que rige todos los procesos del universo. En esta conexión, se ha traducido con frecuencia *nous* por «espíritu», «mente» o «intelecto».

La doctrina hermética mantiene la tesis de que EL TODO debe ser «infinito en espacio», porque nada puede existir que defina, limite o ponga restricciones a EL TODO, o, de lo contrario, EL TODO no sería tal. EL TODO debe ser «omnipresente», continuo en el espacio, sin cesación, separación o interrupción, porque no hay nada en Él que pueda interrumpirse, separarse o cesar en su absoluta continuidad. EL TODO debe ser «eterno» (sin principio), debe haber existido siempre, pues no puede haber surgido de la nada o haberse creado a sí mismo. EL TODO debe ser «inmortal», debe existir siempre, continuamente, pues lo que siempre ha sido jamás puede dejar de ser, ni siquiera por un

instante. EL TODO debe ser «infinito en poder», o absoluto, porque nada hay que pueda limitarlo, restringirlo, confinarlo u obstaculizarlo; no está sujeto a ningún poder, porque no hay otro que el suyo. Ahora bien, ¿ante tal descripción de EL TODO pensarías que eres EL TODO?

Como ya vimos mediante la analogía entre las edades del hombre y el cambio de las estaciones, para la mente la muerte como tal no existe, pues ésta no es más que un punto de transición entre una vida que acaba y otra que empieza. Con esto quiero decir, a parte de que eres inmortal (puesto que siempre tendrás consciencia de ti mismo, sin importar la forma de vida que adoptes, ni si físicamente estás vivo o muerto), que eres «mente». La mayoría de las fuentes gnósticas coinciden en que la lámpara del cuerpo y del mundo entero es la mente, la luz creadora; pero ante todo la mente «es», y como «es», su única opción es vivir. El universo (espacio-tiempo y materia), sin el cual actualmente no podrías concebir la vida, es el escenario, el escenario de la vida terrenal, que no es más que «*una creación mental sostenida en la mente de EL TODO*» (*Kybalion*, V); dicho en cristiano, en tu mente.

Si elevaras tu estado de consciencia hasta llegar a experimentar la visión de la eternidad, nunca alcanzada por generación alguna de ángeles, te descubrirías tal y como en verdad eres, un ser de luz omnipresente e inefable al que la gloria eterna lo reviste. Al ser un ser

de luz, lógicamente, estás rodeado de ella, y eso es precisamente el universo. Esto significa, a parte de que eres pura energía y el universo también, que si dejases de existir, también el mundo que te rodea dejaría de existir, se iría contigo, como cuando matan a la bruja del cuento y todo su hechizo desaparece; lo cual, como mente que eres, eso no es posible, partiendo de la base de que «lo que siempre ha sido siempre será».

La mente no está aquí ni allá, está en todas partes; no es vieja ni joven, es eterna; y todo lo que perciben tus cinco sentidos forma parte de ella, de ti. Todo gira en torno a ti; toda la energía que existe y de la que está hecho el universo es tuya; todo lo has creado tú.

La mente no está ubicada en ningún lugar, ella es el lugar, encerrando en sí misma siete esferas mentales que se manifiestan inexorablemente en un dominio alternativo; es por ello que debes abandonar la errónea idea de que tú pasas por el mundo, pues es el mundo el que pasa por ti. En la doctrina gnóstica el mundo conocido es una esfera espiritualmente intermedia y existen tantos niveles de *gnosis* como esferas superiores a la nuestra:

– «*Quien haya recibido el misterio de la luz, irá, para ser heredero, hasta el lugar cuyo misterio recibió. [...] Esto es: en el lugar y forma como cada uno haya recibido el misterio, así irá a él; el que lo haya recibido*

tenue será he- redero de un misterio tenue, y el que haya recibido el mis- terio con prestancia será heredero de un lugar excelso» (Pistis Sophía, 233).

La mente tampoco está ubicada en ninguna épo- ca, es decir, no tiene pasado ni futuro, por eso se lo tiene que inventar; para la mente todo es pasajero, to- do caduca, nada es real, por eso lo que para ti ahora es historia, en una próxima vida jamás habrá sucedi- do.

Si pudieras echar un vistazo atrás en el tiempo, hacia otras vidas pasadas, no las podrías contar por- que son infinitas, las mismas que si mirases hacia de- lante, sería como poner un espejo frente a otro: mi- rases donde mirases nunca alcanzarías a ver los ex- tremos de ese interminable túnel de vidas; es por ello que Jesús dice: *«Os aseguro que antes de que Abrahán naciera, yo soy» (Jn 8,58)*. Te sustentas en un gran mis- terio, la eternidad, la cual te pasas buscando la felici- dad, tocar el cielo con las manos, pero cuando llegas a lo más alto no sabes mantenerte, pues es condición de la mente tropezar siempre en la misma piedra. Te acontece lo del acertado refrán: *«Perro que vuelve a su propio vómito y cerda recién lavada que vuelve a revolcar- se en el barro»*.

¿Puedes imaginarte fuera de las leyes por las que se rige el universo: espacio-tiempo y materia? ¿No, verdad? Pues entonces no

puedes imaginar cómo es el cielo, lugar en el que te será revelado la plenitud, el origen y la inmortalidad del Ser, sintiéndote más vivo que nunca y sabiendo que «si yo no soy, nada es». Cuando llegues a experimentar tu propia naturaleza como la fuente misma de todas las cosas, entonces, y solamente entonces, habrás recibido la iluminación de todo tu Ser, tu verdadero hogar. Es por eso que *«Aquel que ha creído en la verdad ha vivido, y éste corre el peligro de morir, porque vive»* (Evangelio de Felipe, 4).

En el *Kybalion*, el principio hermético de la vibración, reconocido por algunos de los primitivos filósofos griegos, establece que el movimiento se manifiesta en todo el universo: *«Nada reposa; todo se mueve; todo vibra»* (IX). Este principio está estrechamente relacionado con el principio del ritmo, según el cual: *«Todo fluye y refluye; todo asciende y desciende»* (XI). El principio del ritmo encierra la verdad de que en todo se manifiesta una oscilación de ida y vuelta, siempre entre los dos polos establecidos por el principio de la polaridad, que sostiene: *«Todo es dual; todo tiene dos polos»* (X). Volviendo al principio de la vibración, en el que tienen su origen los demás principios, el *Kybalion* explica: *«El espíritu es uno de los polos de la vibración, constituyendo el otro polo formas de materia extremadamente densas»* (IX). El *Kybalion* no puede ser más explícito, según éste la mente

es bipolar, siendo sus planos intermedios cuestión de grados vibrato- rios meramente: «*La luz y la oscuridad son polos de la misma cosa, con muchos grados entre ambos*» (X).

Si tuviera que definir «mente» diría que es una constante fuente inagotable de energía sin límites que sólo puede vivir dentro de sí misma, ya sea unas veces luz (espíritu) y otras veces tinieblas (materia). En este último caso puede decirse que la mente se es infiel a sí misma o, en un sentido figurado, que está fuera de sí. Por eso Jesús dice: «*Dos descansarán en un mismo lecho: uno morirá, el otro vivirá. Yo soy el que pro- cede de Aquel que es mi igual; he sido hecho partícipe de los atributos de mi Padre. Por eso cuando él sea igual, será lleno de luz, pero cuando sea separado, será lleno de tinie- blas*» (Evangelio de Tomás, 61). Como dijo un poeta in- glés a mediados del siglo XVII: «*El espíritu vive en sí mismo; y en sí mismo puede hacer un cielo del infierno o un infierno del cielo*» (John Milton: *Paradise Lost*). De modo que mi definición más breve de «Dios» sería: mente iluminada por el conocimiento de sí misma.

El filósofo pitagórico Empédocles (c. 483-430 a.C.), considerado durante toda la Antigüedad un tauma- turgo y un profeta, llamó a Dios «*realidad esferoide que se deleita en su soledad*» (citado en Kirk y Raven: *The Presocratic Philosophers*, p. 326, 1957).

El filósofo griego Anaxágoras (500-428 a.C.) com- paró a Dios con una mente creadora:

– «..., pero la Mente (*nous*) es eterna y se gobierna a sí misma, no se mezcla con nada, sino que está completamente sola. Y todas las cosas que tenían que ser, todas las cosas que eran pero ahora no son, todas las cosas que ahora son o que serán fueron organizadas por la Mente, incluida esta rotación en la cual giran ahora las estrellas, el Sol y la Luna, el aire y el éter» (citado en Kirk y Raven: *The Pre-socratic Philosophers*, p. 372, 1957).

El famoso obispo Nicolás de Cusa (1401-1464), en su más famoso libro (*De Docta Ignorantia*, 1440), hizo célebre la frase «El mundo es una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna», frase que tomó prestada de una de las obras atribuidas a Hermes (*Libro de los XXVI Filósofos*), donde encontramos la siguiente descripción de la divinidad: «Círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna». El pasaje citado viene a querer decir que a Dios nada lo contiene, que es infinito, es decir, que no tiene forma alguna; teoría que también recoge los discursos de Hermes a Tat:

– «TAT: “¿Qué hay pues, ioh Trismegisto!, que sea verdadero?” HERMES: “Aquello que no está manchado, hijo mío, aquello que no tiene límite alguno, ni color, ni figura, aquello que es inmutable, desnudo, brillante, aquello

que sólo puede ser conocido por sí mismo, el Bien inaltable, lo Incorporal”» (*Corpus Hermeticum*, Libro I, Tratado XIII: *De Hermes a su hijo Tat*, 6).

– «*HERMES: “¡Oh, hijo mío, qué gran belleza la de aquél que no tiene ni forma, ni color, ni cuerpo!” TAT: “Pero padre, ¿puede existir algo bello sin forma, color y cuerpo?” HERMES: “Sí, sólo Dios, hijo mío, o mejor dicho, el Ser que es más grande que Dios, el Nombre de Dios”»* (*Corpus Hermeticum*, Libro III, Tratado VI: *De Hermes*, 19).

En la tradición gnóstica parece que «el reino de Dios» y «Dios» sean lo mismo: «*lugar donde no hay mujer ni varón, ni forma alguna, sino luz perseverante e inefable*» (*Pistis Sophía*, 378). Esto es coherente con la idea filosófica de la tradición griega de que Dios, al que nada lo contiene, reposa dentro de sí mismo y que su reino, por tanto, es Él mismo. Por decirlo del modo más sencillo posible: cuando sepas que eres luz increada y no materia, entrarás en la luz, donde no sólo no existe la forma ni el color, sino que además tampoco existe la derecha y la izquierda, el arriba y el abajo, o el delante y el detrás, ya que allí rige la absoluta unidad, esto es, la ausencia de toda dualidad. Por tal razón, leemos:

– «*El Señor ha dicho en el misterio: Si no hacéis la derecha como la izquierda y la*

izquierda como la derecha y lo que está arriba como lo que está abajo y lo que está delante como lo que está detrás, no conoceréis el Reino de Dios» (Pseudo-Lino: De Passione Petri et Pauli).

El *Testimonio de la Verdad* dice que el gnóstico se convierte en «discípulo de su [propia] mente», descubriendo que su propia mente «es el padre de la verdad». El mismo tema aparece en el *Diálogo del Salvador*. Cuando los discípulos preguntan a Jesús «quién es el que busca [y quién es el que] revela», Jesús responde: «*El que busca [es también el que] revela. [...] El que habla es el que escucha, y el que ve es el que revela*». Curiosamente, cuando Moisés pide a Yahvé que le deje ver su gloria, la contestación que recibe es: «*Cuando pase mi gloria te meteré en la hendidura de una roca y te cubriré con la palma de mi mano hasta que yo haya pasado; y cuando retire mi mano, me verás de espaldas porque de frente no se me puede ver*» (Ex 33,22-23). ¿Lo pillas?

El gnóstico promulgaba que el verdadero creyente era aquel que había adquirido el poder de expresar su nombre y de contemplarlo; no, por supuesto, su nombre corriente, sino el de su verdadera identidad. Este nombre es «el *Logos*», «el Hijo», «el Nombre del Señor», que proviene del Padre, no como los otros, recibidos a título de préstamo. Éste es el principio mediador que

permite al creyente experimentar la unicidad trascendente, el nombre que, manifestando su naturaleza oculta surgida desde la profundidad, los arcontes de las esferas (leyes, fuerzas o regentes inexorables del cosmos) no podrán soportar. Por eso Clemente opina que «*El hombre con quien mora el Logos es hecho a semejanza de Dios y es hermoso. Ese hombre se convierte en Dios*» (citado en Timothy Freke y Peter Gandy: *The Jesus Mysteries, Notes*, 1999).

A medida que vayas penetrando más y más en esta expansión de la consciencia como es la Presencia “YO SOY” irás ganando fuerza, descubriendo que todas las cosas que deseabas están dentro de tu alcance, aunque para entonces te sentirás libre del deseo de las riquezas y de todo lo que el mundo te pueda dar. Obedecer un código moral puede ser una parte del proceso de purificación que lleva a la *gnosis* más elevada, pero una vez se ha llegado al primer nivel de la *gnosis*, es posible hacer el bien sólo por amor, en lugar de seguir una conducta impuesta basada en el miedo al mal o en la esperanza de una recompensa. Esto quiere decir que el poseedor de la *gnosis* actuará bien de forma natural, espontánea, sincera, aunque no hay que descartar la posibilidad de una vuelta atrás:

– «*Al que conociendo el divino numen y habiendo encontrado los misterios de la luz*

ha delinquido, se le castigará con mayores condenas que al que no conoció el divino numen» (Pistis Sophía, 316).

– «Porque si después de haberse alejado de la impureza del mundo por el conocimiento de Cristo, se enredan nuevamente en ella y son vencidos, su postrera situación resulta peor que la primera» (2 Pe 2,20).

EL MESÍAS

En la *Pistis Sophía*, Jesús declara: *«Me he hecho pedazos y he entrado en el mundo»*. En los *Hechos de Juan*, Jesús manifiesta que la multitud que hay alrededor de la cruz representa sus miembros que todavía han de unirse a él; en consecuencia, anuncia: *«Ahora es el juicio de este mundo; ahora el Príncipe de este mundo será derribado. Y yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,31-32)*. Epifanio citaba de un *Evangelio de Felipe* las palabras del alma ascendente: *«He llegado a conocerme a mí mismo, y me he recogido de todas partes» (Haereses, 26, 13)*. En el orfismo, el alma caída se hallaba dividida y dispersa por medio de la materia. Según una enseñanza pagana, Dios debe ser recordado. Como escriben unos estudiosos:

– «Este tema pagano de la desmembración es totalmente ajeno al cristianismo tal como lo conocemos, pero era fundamental para los

*gnósticos. Al igual que sus predecesores paganos, los gnósticos creían que cada yo humano individual era un fragmento de un ser celestial único que había sido desmembrado por las fuerzas del mal, despojado de toda memoria de sus orígenes celestiales y obligado a entrar en cuerpos físicos individuales. Al igual que el dios hombre pagano, el dios hombre de los cristianos, Jesús, re-presenta simbólicamente al daemon universal o logos que ha sido desmembrado» (Timothy Freke - Peter Gandy: *The Jesus Mysteries. Was the «Original Jesus» a Pagan God?*, VI, 1999).*

A esta consideración teológica se suma la creencia:

– *«En consecuencia, la salvación comporta un proceso de recolección de aquello que ha sido dispersado, y tiende sus esfuerzos al restablecimiento de la unidad original» (Hans Jonas: *The Gnostic Religion*, 1ª parte, 3f, 1958).*

Llegados hasta aquí, conviene saber que los misterios se dividían en diferentes niveles de iniciación. Por un lado, estaban los misterios exotéricos o exteriores, accesibles para el vulgo y cuyo objeto era atraer a los principiantes espirituales; y por otro lado, estaban los misterios esotéricos o interiores, que eran revelados a los pocos elegidos que habían dedicado energía y tiempo a la

purificación y preparación es- piritual. De estos elegidos, no todos conseguían una iniciación plena. Además no toda la doctrina esoté- rica se ponía por escrito, algunas de sus enseñanzas se consideraban tan secretas que sólo se transmitían oralmente y bajo el juramento de guardarlas y no re- velárselas a nadie.

Orígenes reconoce que, al igual que el paganis- mo, el cristianismo ofrecía una tradición abierta y o- tra cerrada:

– «*La existencia de ciertas doctrinas que están más allá de las que se enseñan abiertamente y que no llegan a la multitud no es una peculiaridad exclusiva del cristianis- mo, sino que la comparten los filósofos. Porque tenían al- gunas doctrinas que eran exotéricas y algunas que eran esotéricas*» (*Contra Celso*, I, 7).

Clemente, que conocía bien a los gnósticos y sus escritos (quizás porque él mismo fuese un iniciado), explica que «la tradición secreta de la *gnosis* verdade- ra» se había transmitido «a un número reducido, por parte de una sucesión de maestros, y no por escrito» (*Stromata*, I, 12 y VII, 61).

Como los misterios, en el gnosticismo los cristia- nos se dividían en dos categorías: unos eran *pneumá- ticos*, por su nivel de iniciación superior en los mis- terios interiores; y otros eran *psíquicos*, por su nivel de iniciación

básico en los misterios exteriores. Entre los no iniciados o profanos, estaban los *sárkicos* (car- nales), por su nivel más bajo de la conciencia huma- na.

Aunque a lo largo de la historia muchos cristia- nos inspirados han intuido el nivel de comprensión más profundo, como cultura sólo hemos heredado los misterios exteriores del cristianismo; esto se debe a que la iglesia triunfadora, para ser verdaderamente «*católica*» (del gr. καθολικός = universal), suprimió los misterios interiores, tratando de colocar al mayor número posible de personas bajo su manto. Sin mis- terios interiores que impartir, sus líderes no interpre- taban los evangelios como alegorías, sino como do- cumentos históricos que reflejaban acontecimientos reales; de hecho, predicaban que toda persona que sencillamente creyese como hecho histórico que Jesús era literalmente «el Hijo de Dios que moría y resu- citaba» tenía garantizada la salvación eterna. A todo esto, Ireneo (c. 180) escribió sobre los gnósticos: «*e- chan por tierra la fe de muchos al apartarlos con el pretex- to de un conocimiento superior*» (*Adv. Haer.*, PRAEFATIO). En las postrimerías de su vida, Tertuliano rechazó y tachó la comunidad ortodoxa de ser la Iglesia de me- ros cristianos «psíquicos».

Es posible que el conocimiento que tengamos hoy día del gnosticismo sea superficial y que no podamos desentrañar del mismo toda su verdad, pero hay al- go que no

admite discusión: si el hombre es un fragmento de un Dios desmembrado y caído, la idea de que todo hombre pueda experimentar la *gnosis* y alcanzar la salvación por sí mismo es errónea. Además esta doctrina va claramente en contra de la figura del *Mesías*, que es nada menos que el eje central del cristianismo, al que se identifica con el cordero de Dios que quita el pecado del mundo (*Jn 1,29*), una responsabilidad que ya pesaba anteriormente sobre los dioses paganos que precedieron a Jesús. Esta legitimidad mesiánica del dios-hombre cordero acarrea a los teólogos grandes dificultades en el intento por interpretar sus misterios, ya que aparentemente nos encontramos con la siguiente disyuntiva: escoger entre la «*gnosis*» y el «*Mesías*». Lo cierto es que, por contradictorios que éstos parezcan, los gnósticos abrazaron ambos conceptos. ¿Por qué? Tal vez porque creían que la *gnosis* estaba al alcance de un solo hombre: el *Mesías* (el Ungido), en cuyas manos estaba no sólo el destino de la humanidad, sino el del universo entero.

Parece existir un acuerdo unánime entre los eruditos en que el gnosticismo prometía la nada fácil salvación únicamente a los buscadores del santo conocimiento, excluyendo de toda posibilidad de salvación al resto de la humanidad; pero el apóstol San Pablo, de quien los gnósticos afirmaban venir su inspiración, se hacía eco de antiguas

enseñanzas paganas al afirmar que «por el delito de uno solo la condena- ción alcanzó a todos», y que «así también la fidelidad de uno solo es para todos fuente de salvación y de vida» (Rm 5,18). En el gnosticismo, Jesús no es el Dios Hijo enviado por el Dios Padre, sino el Dios caído pagano desmembrado que con su resurrección eleva a la unidad todas las cosas: «Me hice muy pequeño para que a través de mi humildad pudiera llevaros a la gran altura, de donde habíais caído» (Interpretación de la Gnosis, citado en *The Nag Hammadi Library*, p. 430).

CAPÍTULO IV

LO MÁS ALTO VIENE DE LO MÁS BAJO, Y LO MÁS BAJO DE LO MÁS ALTO

EL FIN DEL MUNDO

El misticismo gnóstico se basaba en el mismo principio filosófico de los paganos, el

cual propugnaba que cuando llegase el dramático final del proceso cósmico todo sería finalmente devuelto a Dios en una apocatástasis o restablecimiento total; pues todo cuanto es, por el mero hecho de ser, tiende a volver purificado al seno de Dios, a la unidad y bondad original. Este principio aparece en algunas antiguas tradiciones, como la hindú, la budista y la griega, las cuales, inspirándose probablemente en la renovación anual de la naturaleza, no creyeron en un fin definitivo, inapelable, del cosmos. Después de una destrucción total del cosmos vendría una reconstrucción del mismo que traería consigo una nueva destrucción, y así sucesivamente en un ciclo eterno. Entre cada destrucción y construcción del cosmos se halla «el vacío», la restauración de «la unidad», «la realidad primaria», que es la disolución total del mal, del sufrimiento y de la muerte, relegada la materia a la absoluta nada. Por lo tanto, con arreglo a esta antigua doctrina cosmológica, la salvación se repite.

Explicado así, aparentemente se trata de un punto filosófico ajeno a la figura del Mesías; por ahora bastará decir que una corriente de pensamiento muy extendida entre los filósofos del Mundo Antiguo que negaban el castigo eterno era aquella según la cual, todos los que fuesen castigados serían curados porque, así lo argüían los filósofos, «*el final debe ser como el principio*» (Orígenes: *Acerca de los principios*, I, VI, 2). De

hecho, el final y el principio eran para el iniciado lo mismo. En griego, iniciación es «*telete*» (terminar), pero cuando el filósofo romano Cicerón tradujo el vocablo al latín utilizó «*initiatio*» (empezar). Esta paradoja también aparece en los siguientes pasajes cristianos:

– «*Dijeron los discípulos a Jesús: “Dinos cómo será nuestro fin”. Respondió Jesús: “¿Acaso habéis descubierto ya el principio para que preguntéis por el fin? Sabed que donde está el principio, allí estará también el fin. Dichoso aquel que se mantenga en el principio: él conocerá el fin y no gustará la muerte”*» (Evangelio de Tomás, 18).

– «*Y el Señor dijo: “He aquí, yo hago las cosas últimas como las primeras”*» (Epístola de Bernabé, VI, 13).

– «*Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin*» (Ap 22,13).

– «*Dijo Jesús a sus discípulos: “He venido del Primer Misterio, el mismo que es el Último Misterio”*» (Pistis Sophia, 1).

La Iglesia católica romana que Celso conoció basaba toda su fe en la creencia de que existió un hombre que había vuelto físicamente de entre los muertos, y consideraba que esto probaba que en el «Día del Juicio» sólo sus seguidores se librarían de ser consumidos por un fuego devorador que Dios haría caer del cielo sobre la Tierra, al

tiempo que los muertos que en vida creyeron que ese hombre era el Hijo de Dios resucitarían físicamente. Por aquel entonces, Celso, horrorizado, escribió:

– *«Es igualmente estúpido que estos cristianos supongan que cuando su dios emplee el fuego como una vulgar cocinera el resto de la humanidad será asado por completo, y que sólo ellos se librarán de quemarse. No sólo los que estén vivos en aquel momento, por supuesto, sino que, según ellos, los que murieron hace mucho tiempo saldrán de la tierra y sus cuerpos serán los mismos cuerpos que tenían antes. Yo os pregunto: ¿No es esta esperanza propia de los gusanos? Porque, ¿a qué clase de alma humana puede interesarle un cadáver putrefacto? El hecho mismo de que algunos judíos y hasta algunos cristianos rechacen esta enseñanza sobre cadáveres que salen de los sepulcros demuestra hasta qué punto es repulsiva; es sencillamente nauseabundo e imposible»* (citado en Orígenes: *Contra Celso*, V, 14).

Seguidamente Orígenes, rebatiendo la crítica de Celso, deja patente que en los albores del cristianismo no había una opinión ortodoxa unánime sobre el Juicio Final:

– *«El profeta Isaías atestigua que nosotros no afirmamos traer Dios el fuego como un*

cocinero, sino como quien quiere hacer un beneficio a quienes necesitan de castigo y fuego. Allí, efectivamente, está escrito como dicho a una nación pecadora: "Tienes carbones de fuego, siéntate sobre ellos; ellos serán tu ayuda" (Is 47,14). [...] De momento, baste citar este texto de Isaías: "Por amor a mi nombre te mostraré mi furor, mas traeré sobre ti mi gloria para no destruirte" (Is 48,9). Nos hemos visto forzados a alegar cosas que no se dicen a creyentes sencillos, pues necesitan de más sencilla dispensación de las palabras divinas, pero no queríamos dar la impresión de dejar sin rebatir la acusación de Celso cuando dice lo de que "Dios trae el fuego como un cocinero"» (Contra Celso, V, 15).

Como puede advertirse, la creencia profesada por Orígenes sobre el Fin del Mundo no se ajusta al dogma católico, ya que éste creía en la salvación tanto de justos como de pecadores; ahora bien, por la aplicación de un fuego purificador que quema y abrasa a estos últimos, pero no del todo a los primeros, quienes no necesitan de tanta purificación. Respecto a la doctrina que criticaba Celso, ésta ha llegado hasta nuestros días con algunas variaciones significativas. Ahora los cristianos, al igual que algunos seguidores de Mitra en antaño, creen que al final de los tiempos su dios-hombre volverá a la Tierra para juzgar a vivos y a muertos resucitados.

Pero a diferencia de los seguidores de Mitra, que predicaban que todos los malvados, junto con el Príncipe de las Tinieblas y sus demonios, perecerían en una gran conflagración, la mayoría de los cristianos actuales creen que éstos serán arrojados al lago de fuego y azufre para ser atormentados por los siglos de los siglos. Finalmente, coincidiendo nuevamente con el pensamiento mitraico, los cristianos creen que el universo renovado gozará de eterna felicidad.

Es curioso comprobar como todas estas teorías tienen cierto parecido con la antigua doctrina cosmológica del «eterno retorno», según la cual el cosmos nace y perece en una sucesión cíclica que no tiene fin. Según esto, el cosmos se forma por condensación extrema, siendo destruido finalmente por una conflagración. El periodo que comprende desde que nace el mundo hasta que perece violentamente era considerado por muchos pensadores griegos como un «Gran Año», al que los budistas llaman «Kalpa». En el budismo, la duración de cada Kalpa es indeterminada. Respecto al número de Kalpas, se cree que es infinito, que nunca hubo un primero, de modo que la sucesión cíclica sería eterna. Finalmente, entre Kalpa y Kalpa, la cosmología budista establece un periodo de vacío que precede, por tanto, a la formación de un nuevo universo. Algo diferente parece ser la doctrina cosmológica

del eterno retorno atribuida a Heráclito, consistente en una «transformación universal» en la que dos etapas se suceden cíclicamente: una descendente por contracción o condensación, y otra ascendente por expansión o dilatación.

Ante la dramática visión del final de cada Gran Año, los griegos empleaban la palabra «apocatástasis» (de ἀποκατάστασις = restablecimiento, restauración) para designar la convicción de que todas las criaturas se salvarían al final de los tiempos y que ninguna sería condenada. Esta creencia fue defendida por Orígenes, Clemente de Alejandría y Gregorio de Nisa, entre otros, y combatida por la mayoría de los Padres, especialmente desde San Agustín (354-430). A partir del siglo VI se conoce con el nombre de «universalistas» el movimiento cristiano que defiende que en el fin del mundo Dios otorgará a todos los hombres, sin excepción, la gracia para su salvación final. Como puede apreciarse, esta creencia estaba muy extendida en la Antigüedad:

– *«Los hombres se morirán de miedo, al ver esa conmoción del universo; pues las potencias del cielo quedarán violentamente sacudidas. Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube con gran poder y gloria. Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad el ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación» (Lc 21,26-28).*

– «Aquel hombre, en la destrucción del Cosmos, será rey entre todos los rangos de la heredad, él habrá recibido el Misterio del Inefable, Él seré Yo» (*Pistis Sophía*, 206).

– «He venido a inyectar fuego a la tierra; esto es: he venido a purificar con fuego los pecados del Cosmos entero» (*Pistis Sophía*, 373).

– «El arrepentimiento perdona los pecados leves, ya por omisión, ya por transgresión. Los más graves quedan en suspenso hasta que llegue el Día de la expiación y sean expiados» (*Mishnah*).

El *Apocalipsis* es el último libro de la *Biblia*; en él se anuncia la llegada inminente del final de los tiempos, el cual aparece en medio del caos y la destrucción total, siendo Satanás (el Dragón, la serpiente antigua) vencedor sólo temporalmente, pues la victoria definitiva es de «Cristo». El *Apocalipsis* ha sido muy cuestionado, pero al final ha terminado imponiéndose y haciendo olvidar que en realidad ha habido otros treinta *apocalipsis* escritos antes y después de la era cristiana. Algunos cristianos, como por ejemplo en la tradición ortodoxa rusa, albergan la esperanza de que al final todo el mundo se salva, incluido el propio diablo. La palabra *apocalipsis* es la transcripción del término griego *ἀποκάλυψις*, que significa «revelación», «desvelamiento»; todo *apocalipsis* supone, por tanto, una revelación hecha por

Dios a los hombres de cosas ocultas y sólo por Él conocidas. La resurrección de los muertos al final de los tiempos, como podemos deducir, no hace referencia al regreso de unos cadáveres a la vida en este mundo, sino al tránsito de la existencia terrenal a la existencia espiritual, *«Pues cuando resuciten de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en los cielos»* (Mc 12,25).

La palabra «infierno», que etimológicamente procede de «*infĕrus*» (inferior), es una metáfora, un concepto mitológico que significa vivir sin relación alguna con Dios, relación que es el gran regalo de la vida. En realidad, de eso se trata todo: la separación de Dios, la privación, la ausencia de la presencia de Dios. Así pues, el *Evangelio de Felipe*, composición de orientación valentiniana, explica: *«Una cosa es “Echamot” y otra “Echmot”. Echamot es la Sabiduría por excelencia, mientras que Echmot es la Sabiduría de muerte, es decir, la que conoce la muerte; es llamada “pequeña Sabiduría”»* (40). Según la opinión más generalizada, la transformación del nombre de *Echamot* en *Echmot* parece expresar una idea de privación: *«Echmot es Echamot privada de la letra griega “alfa”, es decir, separada de su origen»*. Esto explicaría esto otro: *«El Espíritu de la Verdad no puede recibir al mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; vosotros, en*

cambio, lo conocéis porque vive en vosotros y está en vosotros» (Jn 14,17).

Desde sus orígenes, la cristiandad ha creído en la existencia de una fuerza poderosa que atrae al hombre hacia el mal; a este poder se le ha identificado generalmente con el demonio, que para los gnósticos no es más que una representación del dominio de lo físico, de lo carnal y mundano. (San Pablo, tal como veremos más adelante, identificó esta fuerza o poder maléfico con la ley). Tal como señaló una de las máximas autoridades en filosofía, *«La deidad es absolutamente transmundana; su naturaleza, distinta a la del universo, que ni creó ni gobierna, y del cual es su total antítesis: al reino divino de la luz, contenido en sí mismo y remoto, el cosmos se opone como reino de la oscuridad»* (Hans Jonas: *The Gnostic Religion*, 1ª parte, 2f).

Resulta evidente que el infierno fue considerado por los gnósticos un lugar físico, no espiritual; y por ende, un eslabón del proceso creador, siendo el mundo que conoces sólo un eslabón más de dicho proceso. Teniendo en cuenta que la materia y el espíritu son dos fuerzas opuestas (pero complementarias, tal como explicaré más adelante), parece razonable pensar que el último eslabón del proceso creador sea el infierno. Así parece sostenerlo la doctrina hermética concerniente al proceso de la creación mental del universo, que dice:

– «Se dice que este proceso se reduce a una disminu- ción gradual de intensidad vibratoria hasta que se alcan- za un grado muy bajo de energía vibrante, en cuyo punto se manifiesta la forma más densa posible de materia. Este proceso se llama involución, porque EL TODO se envuelve en su creación. [...] Al polo más extremo del proceso cre- ador, se le considera como el más separado de EL TODO» (Kybalion, VII).

En otras palabras, el proceso creador no ha con- cluido; pero si sigues cayendo, lo hará en una de tus próximas vidas con un mundo extremadamente físi- co y cruel, donde tendrá lugar tu última y más baja encarnación. Esta última creación, en la cual se mani- fiesta inexorablemente un dominio absoluto del mal, es el infierno, el mundo viejo, el fin del mundo:

– «El Amo llamaba a la destrucción: las tinieblas más exteriores» (Evangelio de Felipe, 70).

La primera conclusión que podemos sacar de to- do esto es que existen dos reinos totalmente opues- tos. Uno es conocimiento, gloria, pureza, vida, liber- tad, amor..., y se encuentra en la Presencia "YO SOY". El otro es dolor, angustia, ira, miedo, desesperación, depravación..., y se encuentra fuera de la Presencia "YO SOY". Confinada en este último reino, el alma caída es víctima de su único

enemigo interior: la ignorancia (que como verás no es ningún acto, pensamiento o sentimiento impuro). Dado que el conocimiento era considerado lo único que podía despartarla de la oscuridad, liberarla de la ilusoria materialidad, es razonable imaginar que la ignorancia o el olvido fuera entendido como la causa del origen del mal:

– «Sólo esto es saludable para el hombre: el conocimiento de Dios. En eso consiste la subida hacia el Olimpo. Solamente con eso el alma se tornará buena; pero no permanece buena siempre, se vuelve mala, y esto sucede por necesidad. [...] el alma, separándose de su verdadero sí, engendra el olvido; entonces ya no participa más de lo bello y bueno, el olvido la vuelve mala» (Corpus Hermeticum, Libro I, Tratado X: La Llave, 15).

– «El vicio del alma es la ignorancia. Cuando el alma no ha adquirido ningún conocimiento de los seres, ni de su naturaleza, ni del bien, sino que está totalmente ciega, sufre las sacudidas violentas de las pasiones corporales. Entonces, la muy desdichada, para ignorarse a sí misma se torna esclava de un cuerpo monstruoso y perverso, lleva su cuerpo como una carga y ya no manda más, la mandan. Tal es el vicio del alma. Por el contrario, la virtud del alma es el conocimiento, porque el que conoce es bueno y piadoso, y divino ya» (La Llave, 66).

– «Así pues, todo lo que haga un hombre poseedor de la gnosis es correcto; y lo que haga un hombre que no posea la gnosis es incorrecto, aunque acate un plan» (Clemente: *Stromata*, VII, 33).

En lo que atañe al conocimiento, el filósofo inglés Bertrand Russell (1872-1970), quien en 1950 recibió el Premio Nobel de Literatura, escribe:

– «Sócrates siempre dice no saber nada, pero no cree que el conocimiento se halle fuera de nuestro alcance. Lo que importa, precisamente, es tratar de buscarlo. Pues él cree que los hombres pecan por desconocimiento. Si supieran, no pecarían. Por tanto, la causa del mal es, bien mirado, la ignorancia. Para alcanzar el Bien, debemos ser sabios, y así el Bien y el conocimiento son la misma cosa. Esta relación entre el Bien y el conocimiento es característica del pensamiento griego» (*Wisdom of the West*, 1959).

No obstante, como podrás deducir a continuación, el camino hacia abajo coincide con el camino hacia arriba, es decir, cuanto más cerca estés de cualquiera de los dos reinos mencionados, más cerca estarás de encontrar la Presencia “YO SOY”, revelándote Ésta el camino a la conversión, es decir, a Dios:

– «Conozco tus obras y no eres ni frío ni caliente. ¡O- jalá fueras frío o caliente! Pero eres tan sólo tibio; ni ca- liente ni frío. Por eso voy a vomitarte de mi boca» (Ap 3, 15-16).

En parte, esto quiere decir que en el pecado está la penitencia, y que en la penitencia está la conversi- ón a Dios, pues el que sufre verá a Dios; así se con- templa en lo que sigue:

– «Jesús dijo: “Dichoso el hombre que ha sufrido: él ha encontrado la vida”» (Evangelio de Tomás, 58).

– «Jesús dijo: “Dichosos seréis cuando os odien, cuan- do os persigan y no encontréis sitio allí donde os hayan perseguido”» (Evangelio de Tomás, 68).

– «Sabiedo que Judas reflexionaba sobre algo elevado, Jesús le dijo: “Mantente alejado de los otros y te explicaré los misterios del reino. Puedes alcanzarlo, pero a costa de gran sufrimiento”» (Evangelio de Judas, ESCENA I).

– «Dijo a sus discípulos: “Llegará el día en que desea- réis ver uno solo de los días del Hijo del hombre y no lo veréis. Entonces os dirán: Está aquí, está allí; no vayáis ni los sigáis. Porque como el relámpago brilla desde un punto a otro del cielo, así se manifestará el Hijo del hombre en su día. Pero antes es preciso que sufra mucho y sea rechazado por esta generación”» (Lc 17,22-25).

– *«Reconoced vuestra miseria; llorad y lamentaos; que vuestra risa se convierta en llanto, y en tristeza la alegría. Humillaos ante el Señor y él os ensalzará» (St 4,9-10).*

La idea de fondo es que el mal es lo que despierta el bien dormido, que perderse es encontrarse, que la sabiduría perfecta de Dios luce incomprensiblemente en las tinieblas de nuestra ignorancia. Por eso mismo está escrito como dicho por el propio Dios: *«Del seno de las tinieblas brille la luz» (2 Co 4,6)*. A lo que añade: *«Me han encontrado los que no me buscaban y me he manifestado a los que no preguntaban por mí» (Rom 10,20)*. En una línea semejante, la doctrina paulina de la resurrección de los muertos dice: *«se siembra corrupción, resucita incorrupción; se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual» (1 Co 15,42-44)*. Al respecto bien podría aplicarse el dicho: *«Los extremos se tocan»*; y como ya supondrás, entre los extremos te encuentras tú, el tibio.

La cruz representaba para los antiguos el único camino para triunfar sobre la muerte: el sufrimiento. El filósofo neoplatónico Sinesio de Cirene (c. 370-c. 415) dice de Aristóteles (c. 384-322 a.C.), quien fue discípulo de Platón en Atenas durante cerca de veinte años, que éste escribió que no se esperaba que los iniciados en los misterios aprendieran (*mathein*),

sino que sufrieran (*pathein*). Pselo (*De los misterios*) habla de las ceremonias de purificación en los misterios sagrados de «Eleusis» (ciudad griega próxima a Atenas), donde al hierofante, que representaba a Dioniso, le daban a beber hiel y punzadas de dolor. Los misterios de Eleusis se celebraron durante más de once siglos, hasta que finalmente los cristianos destruyeron su santuario en 396 d.C. Basándose en el testimonio del historiador griego Herodoto (484-430 a. C.), llamado «el padre de la historia», Timothy Freke y Peter Gandy explican:

– *«Cada otoño, unos treinta mil ciudadanos atenienses descalzos emprendían una peregrinación hasta el lugar sagrado de Eleusis, situado en la costa, para celebrar los misterios de Dioniso. [...] Los que iban a iniciarse avanzaban danzando por la vía sagrada hasta Eleusis, acompañados por el ritmo frenético de los címbalos y los panderos, mientras hombres enmascarados se acercaban a ellos para maldecirlos e insultarlos, y otros les golpeaban con palos. A la cabeza de la procesión iba la estatua de Dioniso, que los animaba a seguir adelante. Después del baño ritual en el mar, desnudos, y de otras ceremonias de purificación, la multitud llegaba ante las grandes puertas del Telesterion, un enorme templo construido especialmente para la iniciación. Sólo podían entrar en él los pocos elegidos que ya habían*

sido iniciados en los misterios secretos o estaban pre- parados para serlo» (The Jesus Mysteries, II, 1999).

Para ser más exactos, la cruz era un símbolo sagrado pagano que representaba la muerte espiritual, es decir, la soberanía del mal. Sus cuatro brazos representaban los cuatro elementos que, según los filósofos griegos, constituían el mundo: fuego, tierra, aire y agua; el quinto elemento, el espíritu o alma, estaba ligado a la materia por estos cuatro elementos. Por lo tanto, la figura de un hombre clavado a una cruz representa el trance del alma ligado a un cuerpo físico; de ahí la sentencia bíblica: «*Maldito todo el que cuelga de un madero*» (Ga 3,13). Platón (*Fedón*, 83d) se refería a «los deseos del cuerpo» como «clavos que sujetan el alma al cuerpo». Según Platón (*Fedón*, 78b-84b) la transmigración tiene un término: el que alcanza el alma cuando recobra su pureza original. Una expresión común en los misterios, supuestamente de origen órfico, era «*soma sema*», que partía de la idea del «cuerpo» como «sepulcro» del alma. En *Vidas y Opiniones de los Filósofos* (c. 235 d.C.), Diógenes Laercio expone que Pitágoras explicaba que «*El alma que gira en torno al círculo de la necesidad se transforma y limita en momentos diferentes en cuerpos diferentes*». La cruz, repudiada por los primeros cristianos, no empezó a ser el

símbolo representativo de *Cristo* hasta entrado el siglo VII:

– «Los cristianos primitivos incluso repudiaban la cruz debido a su origen pagano. [...] Ninguna de las imágenes más antiguas de Jesús le representa en una cruz, sino como un “dios pastor” a la usanza de Osiris o Hermes, portando un cordero» (Barbara Walker: *The Woman's Encyclopedia of Myths and Secrets*, 1993).

Epifanio (315-403), obispo de Salamis (en Grecia), menciona una imagen del dios Eón tallada en madera y con «el signo de la cruz en las manos, las rodillas y la cabeza». Arnobio (c. 260-c. 327), convertido al cristianismo ortodoxo (c. 296), se escandaliza al ver que en los misterios dionisiacos los iniciados se pasaban una cruz santa unos a otros (*Adversus Gentes*, II, 344). A todo esto, existe un sarcófago romano de mármol del siglo II o III d.C. en el que vemos a la izquierda a un anciano barbudo, de semblante enfadado, portando con las dos manos una gran cruz y dirigiéndose hacia donde está el niño Dioniso, el cual aparece en brazos de una mujer de la que no se quiere separar. Según Carl Kerényi (1897-1973), uno de los mejores estudiosos de mitología griega del siglo XX:

– «Trae al niño la misteriosa estructura cruciforme que se llevaba de un lado a otro en Atenas durante la fiesta de las Antesterias, insinuación de la inminente estancia de Dioniso en los infiernos» (*Dionysos*, p. 378, 1976).

Para los egipcios el siete era el número de la eternidad, porque consideraban que cerraba un ciclo y abría otro nuevo; curiosamente, en el *Apocalipsis* es la cifra de la totalidad. Los pitagóricos llamaban al siete, al que estimaban siempre puro, «la virgen». El *Génesis* dice que Dios creó el mundo en seis días y que al séptimo día descansó; y *Epístola a los Hebreos*, que Dios nos ofrece entrar en su descanso. ¿Significa esto que la formación del mundo tiene lugar a través de seis esferas mentales, siendo la séptima esfera el cielo? ¿Que Jesús resucite de entre los muertos al tercer día significa que estamos en el tercer mundo? Según la cábala, el infierno está situado en el sexto mundo. A todo esto Orígenes, sin explicar por qué, se limita a decir: «*criticamos a los que, siguiendo una interpretación superficial, van afirmando que para la creación del mundo pasó un espacio de seis días*» (*Contra Celso*, VI, 60).

Sea éste o no el tercer mundo, debes saber que el mundo que conoces –y cuando digo «mundo» digo «universo»– es la única esfera donde hay la densidad de la estructura atómica que experimentas. Con esto quiero

decirte que suponiendo que tu próxima vida fuese en una esfera superior a ésta, la acción vibrato- ria de «tu estructura atómica» (el universo entero) aumentaría desvistiendo y liberando la actividad e- lectrónica que está oculta en el átomo, convirtiéndote en un ser más luminoso y etéreo. Sabido esto te diré que «el Cuerpo de Cristo», el que tendrás en la sép- tima esfera, es un cuerpo desnudo, sin velos, donde lo de dentro es igual a lo de afuera, donde el exterior y el interior se unen formando un todo: EL TODO. De ahí que al preguntarle uno cuándo vendría el reino, Jesús respondiese: *«Cuando los dos sean uno, el exterior como el interior, el varón con la hembra, ni varón ni hem- bra»* (Pseudo- Clemente Romano: *Segunda Epístola a los Corintios*, XII, 2).

LA LEY

En el pasaje que muestro a continuación, Pablo explica que la Ley, sirviéndose del precepto, lo hizo consciente del pecado, y que hecho consciente del pecado, no pudo evitar caer en él:

– *«En un tiempo, al no haber ley, todo era vida para mí; pero en cuanto sobrevino el precepto, revivió en mí la fuerza del pecado, y yo quedé muerto. Y así me encontré con que un precepto hecho para dar vida, resultó para mí instrumento de muerte. [...] De acuerdo,*

pues, en que la ley es espiritual. Pero yo soy un hombre acosado por apetitos desordenados y vendido al poder del pecado. Realmente, mi proceder no lo comprendo, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco. Pero si hago lo que aborrezco, estoy reconociendo que la ley es buena, y que no soy yo quien lo hace, sino la fuerza del pecado que actúa en mí. Pues bien sé yo que no hay en mí –es decir, en lo que respecta a mis apetitos desordenados– cosa buena. En efecto, el querer el bien está a mi alcance, pero el hacerlo no. [...] Descubro, pues, esta ley: aunque quiera hacer el bien, se me impone el mal. [...] ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo, que es portador de muerte?» (Rm 7,9-24).

En *Epístola a los Romanos* el argumento de San Pablo reza que «el papel de la ley era hacernos conscientes del pecado» (3,20), «pues sin ley el pecado estaba muerto» (7,8), «porque la ley produce la ira; por el contrario, donde no hay ley, no hay transgresión» (4,15). Esto podría llevarnos al equívoco de pensar que la ley es mala, pero nada más lejos de la realidad, «pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Ga 5,14). Así pues, te recuerdo que «la ley es espiritual» (Rm 7,14), «la ley es santa» (Rm 7, 12), «la ley es buena, si se hace de ella un recto uso» (1 Tm 1,8), aunque podamos advertir claramente en ésta

un lado perverso: «A aquel que tenga, se le dará, y, a aquel que no tenga, hasta lo poco que tenga le será quitado» (E- vangelio de Tomás, 41).

El Apóstol dice: «Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley» (Ga 5,18), porque «la ley no está hecha para el hombre de conducta intachable, sino para los malvados» (1 Tm 1,9). Dicho esto, aprovecho para decirte que Dios es el único que desconoce la existencia del pecado, pues, cómo iba a conocerla si es el único que nace de sí mismo, es decir, bajo la gracia del espíritu y no bajo la ley. Con razón Jesús le dijo a un hombre rico que lo llamó «maestro bueno»: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino sólo Dios» (Mc 10,18; Lc 18,19). En las esferas más próximas a Dios se encuentran los ángeles, después le sigue el mundo presente, y así sucesivamente hasta las regiones más alejadas de la influencia del espíritu, habitadas por los demonios: los únicos que conocen el pecado en todas sus formas, viéndose constantemente arrastrados a cometer toda clase de vilezas, pues son los únicos que nacen bajo todo el peso de la ley. Recuerda: «El aguijón de la muerte es el pecado, y el pecado ha desplegado toda su fuerza con ocasión de la ley» (1 Co 15,56).

Dada su concepción de la materia como mala, además de negar la resurrección de los cuerpos y afirmar que el mundo sería aniquilado, los gnósticos situaban el pecado

original en el seno de la divinidad, para luego afirmar que el mundo había surgido del pecado original. En la *Hipóstasis de los Arcontes (Exis- tencia de las Potestades del Cosmos)*, tratado anónimo que nos muestra una interpretación esotérica del Gé- nesis, el pecado original es el ego:

– *«Su jefe está ciego; debido a su poder y a su igno- rancia se volvió arrogante, diciendo con su poder: “Yo soy quien es Dios; no hay ningún otro aparte de mí”. Al decir esto, pecó contra EL TODO, y una voz surgió de la Inco- rruptibilidad, diciendo: “Yerras, Samael”, lo cual significa «dios de los ciegos». Sus pensamientos se volvieron cie- gos..., comenzando desde el mundo invisible el mundo vi- sible».*

En la literatura gnóstica el Creador es a menudo reprendido por su arrogancia y soberbia. Así, por e- jemplo, en otro texto del mismo códice, *Sobre el Ori- gen del Mundo*, se narra una variante de la misma his- toria:

– *«El arconte veía su propia grandeza; en realidad se veía únicamente a sí mismo y a ninguna otra cosa, fuera del agua y de la oscuridad. Entonces pensó que él era el único existente. [...] Cuando el cielo se consolidó junto con sus potencias y todo su gobierno, el gran arconte se ensoberbeció, y recibió honor por parte de todo el ejército de los ángeles... y*

se vanagloriaba sin cesar, diciendo: "Yo soy Dios y ningún otro existe antes de mí". Cuando la Fe vio la impiedad del gobernante principal se irritó. No se la podía ver. Y dijo: "Yerras, Samael (esto es, «dios ciego»). Hay un hombre inmortal, un hombre de luz que está de- lante de ti; éste es el que se manifiesta en vuestra creación (plasma). Él te derribará como estas vasijas de cerámica se rompen. Y junto con los tuyos descenderás hasta tu madre, el abismo. Pues en la consumación de vuestras obras será destruida toda la deficiencia que se ha manifestado desde la verdad, y será destruida como aquello que nunca ha exis- tido"».

Según Rm 5,18-21, «como por el delito de uno solo la condenación alcanzó a todos, así también la fidelidad de uno solo es para todos fuente de salvación y de vida. Y co- mo por la desobediencia de uno solo, todos fueron hechos pecadores, así también, por la obediencia de uno solo, todos alcanzarán la salvación. En cuanto a la ley, su presencia sirvió para que se multiplicara el delito. Pero cuanto más se multiplicó el pecado, más brotó la gracia; de modo que si el pecado trajo el reinado de la muerte, también la gracia reinará y nos salvará, por medio de Cristo nuestro Señor». Una de las enseñanzas atribuidas a Hermes sostiene la tesis de que todo lo que sube tiende a bajar, así como todo lo que baja tiende a subir, debido a la e-

xistencia de una ley de compensación que hace que la oscilación en una dirección determine otra oscilación en sentido contrario, y así se equilibran mutuamente, cumpliéndose el dicho: «*Hay virtud en el malvado y maldad en el virtuoso*». No es de extrañar, pues, que los herméticos considerasen la cadena de vidas como continua, como simples partes de una sola vida. La vida es, por lo tanto, tanto descenso desde la propia fuente (el Ser) como regreso a ella. Recuerda: la eterna lucha entre el bien y el mal se libra únicamente en tu interior.

Tengamos siempre presente los dos polos de la verdad: lo absoluto y lo relativo. El punto de vista absoluto muestra únicamente un solo lado de la verdad, siendo el otro lado el aspecto relativo de la misma. La verdad absoluta ha sido definida como las cosas tal como las conoce y las ve el espíritu, mientras que la verdad relativa es patrimonio del mundo que conoces. Desde el punto de vista absoluto, el universo y cuanto éste contiene es una ilusión, un sueño, una fantasmagoría, si se compara con EL TODO en sí mismo. Desde el punto de vista absoluto nada «es» realmente excepto EL TODO. Si EL TODO hubiera imaginado un universo real sería desastroso para Éste, porque entonces no podría ascender lo inferior a lo superior, condenándose a permanecer fuera de la verdad eternamente. Mientras que para tus mortales facultades el universo es ciertamente

real, para el iluminado el universo es ilusorio e irreal, un simple sueño pasajero. Cuanto más elevado estés, tanto más cerca te encontrarás de la mente de EL TODO y tanto más evidente se hará la naturaleza ilusoria y efímera del mundo que te rodea, pero hasta que EL TODO te reabsorba finalmente dentro de sí mismo no se desvanecerá la visión.

Muchas de las explicaciones del Apóstol son un mensaje imperecedero y no deben interpretarse como hecho histórico, como por ejemplo cuando dice:

– *«Cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas excitadas por la ley actuaban en nuestros miembros, a fin de que produjéramos frutos de muerte. Mas, al presente, hemos quedado emancipados de la ley, muertos a aquello que nos tenía aprisionados» (Rm 7,5-6).*

– *«Cristo resucitó de entre los muertos como anticipo de quienes duermen el sueño de la muerte. Porque, habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos» (1 Co 15,20-21).*

– *«Cristo nos rescató de la maldición de la ley» (Ga 3,13).*

– *«Antes de que llegara la fe, estábamos encerrados bajo la vigilancia de la ley, en espera de que la fe se manifestara. De manera que la ley fue nuestro pedagogo hasta Cristo, para ser justificados por la fe. Mas, una*

vez llegada la fe, ya no estamos bajo el pedagogo» (Ga 3,23-25).

Inequívocamente, a la vista está que nada de lo que San Pablo dice ha ocurrido; sin embargo, sus palabras no dejan de ser sorprendentemente reveladoras respecto a la confusión que se da cuando se quiere convertir el mito místico pagano en una crónica histórica. Hasta la fecha, este mito no ha sido más que eso: un mito. Ahora bien, ¿hasta cuándo?

«... y la verdad –dice Jesús– os hará libres» (Jn 8,32). Así pues, entra en la verdad y abrázala, te elevará fuera de toda limitación y forma aparente, y fundiéndote con ella en un inmenso resplandor hallarás el poder y la sabiduría de Dios: el amor, único camino para llegar hasta Él. Entonces se cumplirá lo que está escrito: «La muerte ha sido devorada por la victoria» (1 Co 15,54). Pero, como mente que eres, siempre guardarás en tu interior la semilla de la discordia (el ego), y una vez más como tantas caerás volviendo al sendero de la vida terrenal (el mundo), y con todo el peligro que ello conlleva (la ley). Ya lo dijo Shakespeare: «No hay nada bueno ni malo, el pensar lo hace así». Sucede lo que dice un antiguo refrán: «El error se precipita por un plano inclinado, mientras que la verdad tiene que ir penosamente cuesta arriba». Y hay otro dicho sobradamente conocido que dice: «Lo más difícil no es llegar, sino mantenerse».

CONCLUSIÓN

El *Evangelio de la Verdad* (texto surgido de la gno- sis valentiniana, tachado de blasfemia por Ireneo en su abultada obra *Adversus Haereses*) cuenta:

– «La ignorancia del Padre produjo angustia y temor. La angustia se espesó como una bruma, de tal forma que nadie podía ver; es porque el Error se afirmó. El Error elaboró su propia materia en el Vacío, sin conocer la Verdad. [...] El Olvido no existía en el Padre, aunque su primer origen estuvo en Él. Por el contrario, lo que se produjo en Él es la Gnosis, que se manifestó para que el Olvido fuese abolido y el Padre fuese conocido. Es porque el Olvido ha tenido lugar por lo que el Padre no ha sido conocido; entonces, si se conoce al Padre, el Olvido ya no se producirá. Éste es el evangelio de Aquel que se busca a sí mismo, que se ha revelado al perfecto por la misericordia del Padre, misterio oculto por el cual Cristo ha iluminado a los que se encuentran en la obscuridad a causa del

Olvido. Él los ha iluminado, les ha mostrado un camino; ahora bien, es la Verdad la que les ha enseñado el camino» (2-5).

El *Evangelio de Felipe* señala que «los nombres pueden ser muy engañosos y crear mucha confusión, porque desvían nuestros pensamientos de lo que es exacto hacia lo que es inexacto. Así pues, aquel que oiga la palabra “Dios” no percibe lo que es exacto, sino que percibe lo que es inexacto. Lo mismo ocurre con “Padre”, “Hijo” y “Espíritu Santo” o “Vida”, “Luz”, “Resurrección”, “Iglesia” y todo lo demás: la gente no percibe lo que es exacto, sino que percibe lo que es inexacto» (10). Concluiré diciéndote que Dios y el Demonio son dos caras de una misma moneda; y respondiendo a la pregunta que formulé al principio del libro: ¿quién soy yo?, te diré que esa moneda eres tú, la Presencia “YO SOY”.

Como diría el título de un poema gnóstico recogido en uno de los textos de Nag Hammadi: *¡Truena, Mente Perfecta!*, «Porque yo soy el principio y el fin. Soy la honrada y la escarnecida. Soy la puta y la santa. Soy la esposa y la virgen... Soy conocimiento e ignorancia... Soy fuerza y soy temor... Soy necia y soy sabia... Soy la pronunciación de mi nombre».

-- YO SOY --

«La verdad es dual; toda verdad no es sino media ver- dad; toda verdad es medio falsa; todo tiene dos polos: idén- ticos en naturaleza, pero difiriendo sólo en grado; los opues- tos pueden conciliarse, los extremos se tocan; los opuestos son en realidad los dos extremos de la misma y sola cosa»

(Hermes Trismegisto:
Kybalion).

ÍNDICE

I. LA HISTORIA DEJA HUELLAS DIFÍCILES DE BORRAR . . .	5
II. AQUEL QUE BUSCA LA VERDAD, ES TAMBIÉN QUIEN LA REVELA	63
III. EL TODO ES MENTE; EL UNIVERSO, MENTAL	105
IV. LO MÁS ALTO VIENE DE LO MÁS BAJO, Y LO MÁS BAJO DE LO MÁS ALTO	133
CONCLUSIÓN.	157

